

LA MUJER

JUZGADA

POR LOS GRANDES ESCRITORES DE AMBOS SEXOS.

6

la **MUJER** ante **DIOS**, ante la **NATURALEZA**, ante la **LEY** y ante la **SOCIEDAD**,

RICO Y PRECIOSO MOSAICO

De todas las opiniones emitidas acerca de la mujer desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, por los filósofos, moralistas, padres de la Iglesia, concilios, políticos, jurisconsultos, historiadores, poetas, economistas, críticos, etc.; y en el que se encuentra: La definicion de la mujer.—Su carácter.—Sus costumbres.—Sus hábitos.—Sus cualidades.—Sus buenos y malos instintos.—Sus inclinaciones.—Sus faltas.—Sus vicios.—Sus pasiones.—Su influencia.—En una palabra, su pasado, su presente y su porvenir.

OBRA ENTERAMENTE NUEVA,

QUE CONSTITUYE EL MAS COMPLETO Y VARIADO CONJUNTO SOBRE LA MUJER,

Por **M. M. Beschereller mayor y L. J. Larcher.**

TRADUCCION LIBRE.



MEJICO.

NAVARRO Y CAGIGAS, IMPRESORES Y EDITORES.

1853.



UNA PALABRA.



¡CUÁN diversamente han sido juzgadas hasta ahora las MUJERES, esas criaturas tan extrañas y tan misteriosas, tan débiles, y sin embargo, tan poderosas, tan brillantes y delicadas, tan radiantes de adornos, de gracia, de alegría y con todo tan desventuradas! Si entre los escritores, y sobre todo entre los poetas, los hay que hayan quemado algun incienso sobre el altar de la belleza, ¡cuántos otros no se han encontrado que al contrario, han agotado contra ellas todo lo que tiene la sátira de mas mordaz y acerado! Escuchad á este y os dirá que *la mujer es una criatura humana que se viste, que charla y se desnuda*. ¡Lindo juego de palabras si tuviese á su favor algo mas que la riqueza de la rima! Hablad á ese otro que es sin embargo, un hombre grave, todo un canciller del parlamento (1); habladle de la aptitud de las MUJERES para ciertas cosas, para la política, por ejemplo, y os responderá que estas materias les están vedadas por su sexo, su educacion y sus órganos; que en una palabra, *no entienden respecto á eso mas que los gansos*. La palabra no es cortés; ¿pero acaso está obligado un canciller á ser civil con el bello sexo, aun cuando este sexo á quien insulta tenga suficiente ingenio para recordarle que los gansos salvaron el Capitolio? ¿No profesaba el mismo desprecio hácia las MUJERES aquel duque de Wurtemberg que respondió á la suya, en el momento en que queria dirigirle algunas reflexiones acerca de la guerra que iba á sostener contra la Suavia: *Señora hemos tomado á usted para tener hijos y no para dar consejos*? Este duque hallaría un digno ejemplo en Juan V de Bretaña, que decia que una mujer era bastante sabia *cuando acertaba á distinguir los pantalones de la camisa de su marido* (2).

Pero ¿qué es todo esto en comparacion de lo que pasó en el concilio de Macon? ¡Veis allí reunidos en un salon inmenso y refulgente de claridad, dos ó trescientos

(1) El canciller Maupeou.

(2) Pensamiento del cual ha sabido sacar partido Moliere en las MUJERES sabias:

Nos péres, sur ce point, étaient gens bien sensés,
Qui disaient qu' une FEMME en sait toujours assez
Quand la capacité de son esprit se hausse
A connaître un pourpoint d' avec un haut-de-chausse.

En este punto eran bien sensatos nuestros padres, pues decian que sabia bastante una MUJER cuando se elevaba su capacidad á diferenciar un jubon de unos calzones.

obispos y abades? Pues discuten, y es fácil de comprender por el calor de la discusión que se trata de un objeto importante. Pero ¿cuál es? ¿Está en cuestión la traslación de la Sede pontificia ó se halla comprometida ó amenazada la salud de la Iglesia? No: se proponen sencillamente saber si puede ó debe calificarse de criaturas humanas á las MUJERES. Muchas sesiones se emplearon en la discusión de este punto, y la cuestión parecía retroceder en vez de avanzar en medio del fuego graneado de los debates. Los pareceres se equilibraban; mas no obstante, al fin triunfaron los partidarios del bello sexo, y sin duda por galantería (1), tuvieron á bien decidir los señores obispos que la compañera del hombre forma parte del género humano. ¡Y en verdad que las señoras deben estar grandemente agradecidas á los prelados franceses por haber tenido la condescendencia de no contarlas entre las bestias!

A pesar de esta solemne decisión, no son mejor tratadas en la sociedad. Un escritor alemán, el mas original quizá de los escritores modernos, Juan Pablo Federico Richter, que ha estudiado profundamente el carácter y el destino de las MUJERES, decia con afectuosa sensibilidad: "Aun cuando veais sonreír á una *mujer*, no os fieis de su sonrisa, pues os engaña, y es seguro que ha llorado toda la noche. Frecuentemente estas tiernas criaturas languidecen mudas, se marchitan divirtiéndose. Los ojos resplandecen de alegría, la boca pronuncia palabras oportunas, y ellas huyen á algun rincón en donde pueden, en fin, solas, abrir paso á las lágrimas que las ahogan. ¡Oh días de locura pagados por noches de sollozos, de la misma manera que se ven suceder torrentes de lluvia á un día de una serenidad sin igual, presagio cierto de la borrasca que se formaba!"

El mismo sentimiento de conmiseración hácia las MUJERES respira en un trozo mas afectuoso todavía. El autor acompaña á una jóven desposada que va á reunirse con la familia de su marido:

"Partimos al instante, y yo me senté á su lado. A nuestra espalda se alzaban las verdosas montañas de los hijos de Israel, y ante nosotros la querida tierra de Bayrouth y de sus dos llanuras. El sol y yo mirábamos á la jóven y proyectábamos sobre ella rayos del mismo calor. Aquella figura jóven me causaba tristes emociones, ¿por qué? Porque reflexionaba sobre esa lotería matrimonial; en que las jóvenes eligen amo durante una época en que su corazón tiene mas sentimiento que luz su espíritu. En el vacío de su alma arde una llama sin objeto, como en el templo de las vestales ardía la llama del sacrificio sin imagen de la Divinidad. El ídolo hacia un signo, se acercaban en el acto al altar, y el sacrificio se consumaba. Pensaba que como sus hermanas sería oprimida, arrancada, marchitada por la dura mano de los hombres, como esos débiles granos que estriega uno rudamente entre sus dedos. Consideraba que serian pocos los días buenos y las flores que hallaría en la primavera de su vida femenina. La comparaba, así como á la mayor parte de las novias, á esos niños que el Garofalo (2) gustó de colocar en sus cuadros. Se hallan dormidos, y sobre sus cabezas suspende un ángel una corona de espinas. La corona de espinas es el matrimonio; desde que aquellas se despiertan, deja caer el ángel la corona, y su frente se desgarrar. Tenia yo todos estos pensamientos y no eran los que causaban mi enternecimiento. Siempre que se fijaban mis miradas en aquella figura blanca y rosada, tan dulce, tan graciosa, tan amable, me sentía tentado interiormente á exclamar: ¡Oh! no estes tan alegre, desgraciada víctima! Ese tierno corazón que encierra tu seno tiene necesidad (y

(1) Nosotros creemos que por convicción.

(2) Benvenuto Tisi, llamado el Garofalo por haber nacido en este pueblo de Italia. Fué contemporáneo de Rafael é imitó su estilo.

tú lo ignoras) de goces delicados y puros, le son mas preciosos que la sangre; y esa cabeza encantadora reclama mas graciosos y felices sueños que los que nacen bajo la almohada doméstica.

"Tú ignoras, amable niña, que la flór de tu odorífica juventud va á convertirse en el grosero cáliz adonde irá á saciarse el hombre. En breve no te pedirá ni una alma sensible, ni una cabeza fuerte y lucida; no estimará en tí sino el trabajo de tus dedos, el sudor de tu frente y la actividad de tus pasos, y si tu lengua paralizada lo deja en reposo, bendecirá su suerte. Esa inmensa y eterna bóveda, esa elocuente arca del empíreo, ese sublime universo se reducirán á tus ojos, y no serán sino una pobre casa, una económica habitación. Tú no hallarás en ella sino leña para el fuego, pedazos de tocino, tornos ó ruelas para hilar, y alguna vez, en los dias grandes, una sala para recibir visitas. Para tí el sol no será ya sino una enorme bola suspendida sobre tu cabeza á modo de hornillo para calentar al mundo. La luna se trasformará en uno de esos globos de cristal de que el zapatero se sirve por la noche, y que llevan las nubes como un candelero. El soberbio Rhin no te ofrecerá como pintoresca imágen sino algunos sitios vedeables á donde irás á lavar tu ropa blanca. ¡Buen Dios! ¡Trasformado el Rhin en una caldea de lejía! ¡Ah! el mismo Océano no se presentará á tu pensamiento sino como un depósito de arenques. En la inmensa multitud de los escritores germánicos, te contentorás con una sola obra: *el almanaque para el presente año*, y gracias á la posicion que ocupas en la escala de los seres, el periódico apenas te proporcionará un solo objeto de curiosidad, excepto quizá la lista de los extranjeros que han venido, provistos de pasaportes, á establecerse en la vecina posada. En fin, si alguna vez piensas en el genio universal que rige el mundo, te lo representará, sin duda, como un poco mas sabio que tu señor marido, y nada mas. Así lo quiere tu estado de MUJER, como dicen los filósofos cosmológicos.

"Para algo mejor habias nacido; pero ¿cómo podrias obtenerlo? Tu pobre marido no está en situacion de darte otra suerte, ni la sociedad le permite tratarte de otra manera. ¡La muerte vendrá á sorprenderte cuando los años hayan destruido tu sensibilidad, hoja á hoja! y los gérmenes que habia colocado en tí la naturaleza, no se habrán desenvuelto cuando seas trasportada en fin bajo un cielo mas favorable.

"¿Os admirareis de mi tristeza? ¿No se ven con frecuencia todos los dias sacrificadas las almas desde que vienen á habitar un cuerpo femenino?"

Se formaria una vasta biblioteca de todos los libros consagrados al bello sexo. Y sin embargo de cuanto se ha dicho y escrito sobre tan fértil é inagotable tema, ¿quién pudiera lisonjearse de conocer bien á la MUJER? ¿Conocer á la MUJER! Para ello seria preciso que se detuviese Dios en su obra, y que hubiese hecho la última, porque ¡interin haya una sobre la tierra, ¡no habrá siempre alguna cosa que decir respecto á ella! ¡La MUJER es el fuego, el aire, el agua, el gas; el cielo; es.... el misterio de los misterios, y mas de un escritor, espantado, ha retrocedido ante este! ¿Dónde está, en efecto, el Edipo capaz de descubrirnos las profundidades de ese arcano vivo que tan bien se oculta bajo los flotantes pliegues de un vestido de gasa, como bajo el sencillo corpiño de la humilde aldeana? No se ha encontrado ni se encontrará nunca tal hombre, porque ¿quién es el que puede verlo, oirlo, saberlo y adivinarlo todo? Criatura múltiple y vaporosa, la MUJER se escapa al pincel del pintor, al lápiz del artista y al escalpelo del filósofo, quienes se esforzarian vanamente para alzar el velo que la cubre, no siendo dado á ninguno de ellos circunscribirla al estrecho círculo de un microscopio. Se puede apercibir bien algun roncito, descubrir alguna arruga, sorprender cierta sonrisa; pero mientras se mira aquí, ¿se sabe lo que pasa mas allá? Y aun cuando se consiguiese poseer todos los detalles de esta mezcla de misterio, de pudor y de amor, ¿conoceria uno

mejor por esto el conjunto? Ciertamente no: sucedería como con la tela de Penélope, que habría de principiar de nuevo. Para adquirir una idea aproximada de la MUJER, sería necesario seguirla á la iglesia, al baile, en la ciudad, en el campos en el hogar doméstico, en los conventos, en los hospitales, en los dorados salones, en la buhardilla, en las chozas y hasta en su retrete. Sería menester verla cuando se despierta, cuando se acuesta en el torbellino de sus placeres, en el seno del dolor, á la cabecera del enfermo, en la cuna de su hijo, en su lecho de muerte; en fin, sería preciso vivir su misma vida y respirar su aliento.

Lo que hacemos no es, pues, un libro. . . . Un libro, suponiendo que hubiésemos tenido tiempo para emprenderlo y el talento necesario para conducirlo á buen fin, no habría sido otra cosa que un tejido, hecho con mas ó menos arte, y con nuestras propias opiniones, entre las que se habrían deslizado las de muchos otros. ¿Pero dónde estaba la necesidad de tal publicacion, y qué atractivo podía ofrecer á la curiosidad pública? Para escribir sobre la MUJER, por lo demás, sería menester ante todo servirse de su corazón y de esa delicadeza de sentimientos que les hacen tan divinas; arrancar luego una pluma á las alas del amor; mojarla en el cáliz de las mas hermosas flores; tener la mano tan ligera como la mariposa, papel aéreo, y saber lo que agrada á Dios. Se presenta la MUJER, por lo demás bajo tan diferentes aspectos, son tan numerosos los elementos de que se componen estos diversos aspectos, que un libro completo sobre tal asunto es una obra imposible. La naturaleza y el arte, combinados á la par, han hecho de la MUJER un enigma siempre inexplicable.

Recoger todas las opiniones emitidas hasta el dia, *sobre en pró ó en contra* de la MUJER por todos los que la filosofía, la literatura y la poesía consideran como eminentes escritores de ambos sexos; coordinarlas y someterlas á un órden metódico á fin de facilitar las investigaciones, tal es el fin que nos hemos propuesto.

Estamos seguros de que este libro agradará á aquellos que solo leen para entretenerse, lo mismo que á los que procuren instruirse entreteniéndose. Mejor que otro alguno os dirá este libro lo que es la MUJER, porque para obtener la última palabra respecto á ella, no hemos retrocedido ante ninguna pena ni ante fatiga alguna. Desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias; desde los padres de la Iglesia hasta el mas humilde satírico; desde el mas ínfimo libraco de los tiempos pasados hasta el mas espléndido volumen de nuestra época de ilustracion; desde la Biblia y el Alcoran hasta los pensadores mas modernos; desde el hebreo hasta el dialecto mas vulgar y desdeñado, hemos leído casi todo lo que se ha dicho de la mas hermosa mitad del género humano. De tantos millares de páginas confusas é incoherentes, cuya mayor parte reclaman con razon las circunstancias y el olvido, hemos entresacado las mas notables, las mas bellas é interesantes, á fin de componer de lo selecto de estas flores un solo canastillo, un rico cofrecito, en una palabra, un volumen único y digno de su objeto.

Si fuésemos bastante dichosos para contribuir á la rehabilitacion de la MUJER en todos los pueblos, nos felicitariamos por nuestra empresa, y no lamentariamos de ninguna manera el tiempo que hemos consagrado á ojear el pasado y explorar el presente, para saber lo que los hombres y aun las mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares han dicho de esta obra de Dios, que los unos, insensatos, maldicen, y sobre los pasos de la cual querrian elevar otros un puente de seda, de perlas y de oro.



LA MUJER

JUZGADA

POR LOS GRANDES ESCRITORES DE AMBOS SEXOS.

I.

De la palabra mujer en todos los pueblos y en todos los idiomas.

Nos ha parecido que antes de entrar en materia, sería de interés, no ya únicamente investigar la etimología de la palabra *mujer*, sino presentar también las diferentes maneras con que se ha expresado y se expresa esta palabra en todas las lenguas. Confesemos que nos ha movido á abordar este punto, enteramente nuevo, aun bajo este aspecto, la mera curiosidad gramatical, pues era nuestra intencion asegurarnos de si la *mujer* y el *hombre* marchaban, hablando en términos gramaticales, en la misma línea, es decir, si la palabra *mujer* no era una sencilla variación ortográfica de la palabra *hombre*.

Y ciertamente, si se lograra probar que la palabra MUJER no es otra cosa que la de *hombre* más ó menos variada, no sería menester más acaso para refutar la opinion de los que pretenden que aquella es de distinta naturaleza que éste. Pero desde luego, ¿quién ha dado nombre á los seres de la creación? ¿Dios ó el hombre? Los pareceres son diversos, y he aquí la prueba.

“Sabemos, dice Corneille Agrippa, que el Supremo artífice de las cosas y de los nombres, ha conocido á los seres antes de nombrarlos; y como es

más infalible que nuestro santísimo padre el Papa, cuando puso Dios los nombres fueron los más propios de la naturaleza, de las cualidades y del uso de las cosas.”

La opinion que atribuye á Dios el nombre de las cosas, no es solo del escritor citado, pues que tambien la emiten la mayor parte de los que han escrito sobre los idiomas y sobre su formación principalmente.

Un padre de la Iglesia profesa, no obstante, una opinion diametralmente opuesta.

“San Gregorio de Niza, dignísimo hermano de san Basilio, según el juicio de la antigua Iglesia, y aquel de sus grandes doctores probablemente cuyas decisiones han sido menos contestadas; san Gregorio habla con una piedad irónica y burlona de las buenas gentes que creen que Dios ha sido el primero y modesto autor de la lengua de Adán, opinion que expresamente califica de tontería y ridícula vanidad, digna solo de la estravagante persecucion de los judíos, como si Dios, añade, se hubiese reducido al oficio de un maestro de gramática para enseñar á sus criaturas el nombre, el adjetivo y el verbo, el alfabeto y la sintaxis. Dios ha formado las cosas y no los nombres, y ha reservado al hombre, por una gracia de su bondad, la imposición de nombres expresivos y verdaderos á todo lo criado. A la razonable naturaleza de la espe-

cie, que ha inventado todas las lenguas, era inherente esta función. No era la del Señor, que habiendo producido el cielo, la tierra y el hombre sin darles nombres humanos, permitió á este nombrar á su manera el cielo, la tierra y todos los seres que contienen, confiriéndole á este efecto las facultades intelectuales y orgánicas de que tenía necesidad. En este sentido reconoce el Cratylo de Platon que Dios es el autor de las lenguas por medio de los agentes que le ha convenido emplear, como el arquitecto es el autor del edificio cuyo plano ha trazado y distribuido los materiales. Lucrecio, que habla muy razonablemente de la naturaleza de las cosas, cuando no extravia la mala física de Epicuro, expresa mi pensamiento entero en este pasaje: "La naturaleza misma enseña al hombre los diversos sonidos del lenguaje y la necesidad á designar con nombres cuanto existe." La filosofía está de acuerdo en este punto con la fe. (Ch. Nodier.)

Como no es dado á nadie saber lo que pasó en el origen de las cosas, esta cuestión, tan delicada cuanto importante, se halla lejos de quedar resuelta. Si el mas profundo misterio nos oculta quién sea el verdadero autor de las lenguas, la etimología de las palabras, y de la palabra *mujer* sobre todo, es otro punto tan embarazoso y acerca del cual no tenemos todavía sino datos inciertos y contradictorios.

"La palabra *mujer*, dice un escrito, se deriva del griego *phéo*, *phénó*, en latin *feo*, *fendo*, *findo*, y respecto al particular se lee en los Orígenes de Isidoro: *Femina a partibus femorum dicta, ubi sexus species á viro distinguitur.*" (Enciclopedia de las gentes del mundo).

Otros etimologistas la derivan del latin *fetus*, formado de *fero*, producir, ó del griego *poitan*, aparearse.

Segun otro lingüista, la etimología, si no la mas cierta, al menos la que mas naturalmente se asigna á la palabra *MUJER*, es la que la hace derivar del latin *familia*, familia, de la cual es á la vez aquella la fuente, el fin y el lazo.

Todas las etimologías caen ante este hecho. La palabra *mujer* procede inmediatamente del latin *femina*, y esta palabra, que los latinos pronunciaban *hemina*, no es otra, como se ve, que la palabra *homo* puesta en femenino. Idéntica modificación se verifica en otras muchas lenguas: en el he-

breo se llama al *hombre isch* y á la *mujer ischa*, y en español se llama *hombre* al varón y á la *mujer* hembra. Hay mas, pues en algunas lenguas la misma palabra designa á la vez al hombre y á la *mujer*, y tales son las voces *anthropos* y *aner* en griego.

Lo mismo sucede con la palabra *man*, comun á gran número de lenguas setentrionales y que se halla en los mas antiguas del Oriente. En los antiguos pueblos del Norte ha significado *man* *hombre*, sin distinción de sexo, y sábase que el latin *homo* comprendia igualmente en su significado hombre y *mujer*. *Paucis post annis ei moriendum fuit, quoniam homo nata fuerat.* (Cicer., Famil. lib. IV, epíst. V.)

Con frecuencia han empleado los poetas la palabra *man* en el sentido de *mujer*. *Imirkhe vid man spialla*, hablar con una vírgen en la oscuridad. (Havamal. str. 77.)

Cuando no se emplea la palabra *man* en el sentido genérico de criatura humana, se le aplica mas particularmente á los individuos del sexo masculino.

Para distinguir un sexo del otro, designaban al hombre los antiguos pueblos del Norte por la palabra *WEAPEN-MAN*, *homo armatus* (*membro scilicet virili*), y á la *mujer* por de la *WOMBE-MAN* contracción *WOMMAN*, *homo hutorina*, raíz anglosajona, *wombe*, matriz.

La significación de hombre en todos los idiomas se ha tomado como valeroso, fuerte, bravo, valiente y generoso. *Man* expresa fuerza, poder, acción, espíritu y pensamiento, de modo que en su sentido original es el ser que piensa. En razón de su figura humana se ha llamado á la luna *mene* en griego; *mon mond* en alemán; *mane* en flamenco; *moon* en inglés, *maen* en el antiguo sajón y *manna* en lapon, derivaciones todas de la palabra *man*, hombre.

Los griegos tienen muchas voces para designar á la mujer: *giné*, *téleia*, *aikós*, etc. La primera significa quien produce, y tiene su raíz en la palabra *ge*, la tierra, á la que se parece la *mujer*, siendo fecunda por el varón como lo es la otra por el sol.

La segunda *théleia*, procede de una palabra que quiere decir germinar, y la tercera, *aikós*, que tiene un sentido moral, significa vergonzosa, tímida y que se oculta.

Hay aun otra; *akoitis*, esposa ó concubina.

Los latinos dicen *mulier*, fl. ja, débil;

— *femina*, productora;

— *uxor*, unida, conjunta;

— *virgo*, destinada para el hombre.

Habria que hacer una multitud de observaciones sobre esta materia; mas como tales desarrollos nos llevarian demasiado lejos, abandonamos á los sabios este estudio tan nuevo como fértil.

ETIMOLOGIA DE LA PALABRA EVA.

Los rabinos pretenden que *Eva* se deriva de una palabra que significa *charlár*, y que fué denominada así la primera *mujer* porque á poco de haber sido creado el mundo cayeron del cielo doce canastas llenas de palabras, de las cuales recogió nueve, al paso que su marido tomaba las tres restantes.

El Veidam de los antiguos Brachmanes enseña que el primer hombre fué *Adimo* y la primera mujer *Procriti*. En su idioma, *Adimo* significaba *señor* y *Procriti* la vida, como *Eva* entre los fenicios y hasta entre los hebreos, sus imitadores, la *vida* tambien ó la *serpiente*. Tal conformidad merece gran atencion. (Voltaire.)

Mujer es un nombre incomparablemente de mas excelencia que el de hombre, y he aquí una prueba decisiva. Dios, que fué al mismo tiempo padre y padrino de los dos primeros individuos de la especie humana, ¿cómo los llamó? ¿No es cierto que llamó *Adan* al hombre y *Eva* á la *mujer*? Pues quien quiera que sea el que tiene el honor de leerme, tened mucho cuidado con esto: la palabra *Adan* significa *tierra*, y *Eva* es un término que quiere decir vida. Sobre esta revelacion científicamente etimológica, edifico este razonamiento poderoso. La vida es de mucho mayor precio que la tierra; luego la *mujer* avenja al hombre, siéndole tan preferible cuanto es mas preciosa la vida que la tierra.... (Corneille Agrippa.)

Habiendo referido las diversas opiniones emitidas hasta aquí sobre la etimología de las palabras *mujer* y *Eva*, creemos que el término mejor de esta introduccion puramente científica será presentar el cuadro, tan completo como hemos podido formarle, de las diferentes maneras con que han expresado las voces *mujer* y *hombre*, los diversos pueblos tanto antiguos como modernos, así los civilizados como salvajes: dejamos á nuestras ama-

bles y graciosas lectoras el cuidado de inducir cuanto tal paralelo puede sugerirles.

LENGUAS.	MUJER.	HOMBRE.
<i>Aleman.</i>	Weib.	Mann.
<i>Aleman ant.</i>	Wamma	Man.
<i>Aleman (H).</i>	Wib.	Man.
<i>Anglo-sajon.</i>	Wif.	Man.
<i>Arabe.</i>	Imra'a.	Radjoul.
<i>Armenio</i>	Gin.	Manoug.
<i>Vascongado</i>	Emaztea.	
<i>Batta</i>	Borou-borou.	Djalma.
<i>Bornes</i>	Bainou.	Ourang.
<i>Botokudy.</i>	Jókounang.	Ouoaha.
<i>Bugni</i>	Makourai.	Ouruni.
<i>Breton</i>	Cena.	
<i>Céltico</i>	Manouës.	Gwas, wr, man.
<i>Chamorro</i>	Palaouan.	Nanan.
<i>Chino.</i>	Niú.	Jin.
<i>Cofto.</i>	Shime, hime.	Rómi.
<i>Dálmata.</i>	Xena.	
<i>Danés.</i>	Quinde.	Mand.
<i>Esclavon.</i>	Shena.	
<i>Español.</i>	Mujer.	Hombre.
<i>Etiope.</i>	Anest.	
<i>Flamenco.</i>	Vrouw.	Man.
<i>Francés</i>	Femme.	Homme.
<i>Galo.</i>		Den, gwr.
<i>Gascon.</i>	Fenna, henna.	Homé, uomé.
<i>Georgiano.</i>	Dedavatsi, vali.	
<i>Gótico.</i>	Quino.	Wair.
<i>Gouap.</i>	Vouhin.	Nanan.
<i>Gulai.</i>	Tabout.	Mamoan.
<i>Griego antiguo.</i> . . .	Gyné.	Anthropos, aner.
<i>Griego moderno.</i> . .	Ghinéka.	Anthropos.
<i>Hawai.</i>	Wahiné.	Tangata.
<i>Hebreo.</i>	Ischa.	Isch.
<i>Holandés.</i>	Frau, Wyf.	Mensch.
<i>Inglés.</i>	Woman.	Man.
<i>Isla de los amigos.</i>	Vefaine.	Tongata.
<i>Irlandés.</i>	Vif.	Madr. man.
<i>Iolof.</i>	Digin.	Goourgue.
<i>Italiano.</i>	Femmina.	Uomo.
<i>Javanés.</i>	Oudañ.	Lanang.
<i>Latino.</i>	Femina, mulier.	Homo, vir.
<i>Lituaniense.</i>	Ganna.	

<i>Lusacio</i>	Schona.	Idpin.
<i>Machacali</i>	Atitiom, etiatoun.	Man, Manna.
<i>Maso-gótico</i>	Wamba.	Orang.
<i>Malayo</i>	Paran pouan.	Orang.
<i>Malakkayo</i>	Paran pouan.	Oulou.
<i>Malekkason</i>	Badi.	Tanata.
<i>Mawi</i>	Wahiné.	Mand.
<i>Noruego</i>	Quinde.	Ait.
<i>Nuevo caledonio</i>	Tama.	Chengan.
<i>Oonalaskka</i>	Anaojognah.	Sounouman.
<i>Papaoua</i>	Bihouné.	Mardum, merd.
<i>Persa</i>	Zenn.	Kóbieta.
<i>Polaco</i>	Kóbieta.	Mulher.
<i>Portugués</i>	Mulher.	Ganna.
<i>Prusiano</i>	Ganna.	Jena jenka.
<i>Ruso</i>	Jena jenka.	Nri, manudjah, manuschah.
<i>Sanscrito</i>	Manuschi.	Wif.
<i>Sajon antiguo</i>	Wif.	Vif.
<i>Sueco</i>	Vif.	Qvvinna.
<i>Sueco antiguo</i>	Qvvinna.	Athho.
<i>Sirio</i>	Athho.	Wahiné.
<i>Taiti</i>	Wahiné.	Tahata.
<i>Tasmanio</i>	Loubra.	Loudouen.
<i>Teutónico</i>	Kuena, chena.	Mon, man.
<i>Turco</i>	Qari.	Adem.

II.

De la creacion de la mujer.

No solo la religion judaica y la cristiana, sino tambien las demás, incluidas las de los salvajes, tenían que establecerse subiendo al origen de todas las cosas y principalmente al de la *mujer*, á ese misterioso fenómeno que se presenta á nuestra inteligencia tan pronto como principiamos á meditar sobre nosotros mismos y sobre cuanto nos rodea. Si no siempre han sido felices esas investigaciones, tampoco han sido enteramente inútiles, resultando algunas verdades saludables, de que la experiencia se aprovecha con ventaja.

Leemos en el Libro de los Libros, la Biblia: "Y dijo Dios: Hagamos al *hombre* á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces de la mar y sobre las aves del cielo, y sobre las bes-

tias, y sobre toda la tierra, y todo reptil que se mueve en la tierra (1)."

Tal es la traduccion vulgar; pero el texto dice: "Y dijo Dios: Hagamos á *Adan* á nuestra imagen y semejanza, á fin de que presidan á los peces del mar, á los pájaros del cielo y á los animales de la tierra. Y creó Dios á *Ha-Adam*, y lo creó á su imagen, y *los* creó macho y hembra." En este pasaje, la palabra *Adam*, *Ha-Adam*, no es un nombre propio, personal y únicamente limitado al primer padre del género humano; es, por el contrario, un nombre comun á ambos sexos, y que en el hebreo, como en la voz *homo* en el latin, y *homme* en el francés, comprende al hombre y á la *mujer*. El sentido no es, pues, que Dios crió al padre del género humano varon y hombre, sino que crió los dos individuos llamados *hombres*, *Ha-Adam*, á su imagen, y que crió al uno varon y á la otra hembra. (Genoude.)

Habiendo criado Dios al hombre el sexto día de la semana que consagrara á la fabricacion del universo, dijo: "No es bueno que esté el hombre solo, hagámosle ayuda semejante á él (2)." Y "por tanto, el Señor Dios hizo caer en *Adan* un profundo sueño, y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas é hinchó carne en su lugar." "Y formó el Señor Dios la costilla que habia tomado de *Adan* en *mujer*, y llevóla á *Adan* (3)." Al recibirla de este modo de las manos del Criador, dijo *Adan*: "Esto ahora, hueso de mis huesos, y carne de mi carne," y la llamó *Ischa*, que quiere decir *humana*. Esta última obra de Dios, la *mujer* sacada del hombre, y que de tal modo completa su existencia, que dicen las sagradas letras: *serán una misma carne*, se hizo partícipe de su gloria, de sus esperanzas, necesidades y deseos, y se le igualó en todo; como que ambos habian sido producto de un solo y mismo acto, segun lo significan bien claramente estas palabras del Génesis: "Crió Dios al hombre á su imagen y *los* crió macho y hembra." Mas no podia convenir union tan íntima á la criatura predilecta de Dios; el ser cuya naturaleza habia sido en un principio una, personal é indivisible, quedó separado y distinto luego; y por eso vemos que en la Escritura dice, no que

(1) Gén. cap. 1. vers. 20.

(2) Gén. cap. 2, ver. 18.

(3) Id. id. ver. 21 y 22.

Dios crió á la mujer, sino que la formó. ¡Ah! ¡Una sola criatura forma la base del linaje humano; pero esa unidad se fracciona para llenar las profundas miras de la Providencia, sin que por ello se complique ni falsee el sublime plan que á todas las grandezas y detalles de la creacion presidia; quedan separados los sexos, mas no destruida la unidad humana, porque las dos entidades hombre y mujer, se confunden en una! ¡Admirable fuente de fraternidad y de amor para la especie, que justifica los sentimientos de la humanidad, que hace inviolables las emociones del alma humana, y forma el lazo íntimo que une y somete lo material á los fueros del espíritu; pero que obliga á su vez al espíritu á no declarar una guerra injusta y temeraria á las prerogativas de la materia con que se viste; inteligencia y materia, he aquí los elementos de ese ser que llamamos hombre, combinados maravillosamente en el conjunto, como lo fueron ambos sexos desde el primer instante de su vida!... Todos los afectos del corazon proceden de ese primer pensamiento del Eterno, y no se conocieran los de esposo, padre, hijo y hermano, sino en virtud de esa suprema ley que nos muestra por do quier el sello perdurable de la bondad del divino legislador. Pero los dos seres que habian nacido para cumplir un mismo destino, debian alcanzarlo por caminos diferentes. Maravillosa unidad de la creacion, se habia dividido, sin embargo, la naturaleza humana para personificarse doblemente en el hombre y la mujer, simbolizándose de este modo la fuerza y la gracia, el valor y la prudencia, la justicia y la misericordia, y ofreciendo á cada paso por esos mismos contrastes los mejores y mas bellos resultados. Siempre iguales ante Dios, aunque nunca semejantes por su constitucion, por sus funciones y sus medios, una misma ley fué dictada á ambos: en aquel lugar de delicias en que la divina munificencia les habia colocado, debian abstenerse, bajo la mas rigurosa de las penas, de la fruta del árbol que encerraba la ciencia del bien y del mal. La *mujer*, sin embargo, escuchó al ángel caído, que tomando la figura de serpiente, le dijo: "No morirás, y te pertenecerá, como á Dios, la ciencia del bien y del mal." La *mujer* no supo resistir á la tentacion; comió la fruta prohibida, agradable al mismo tiempo que á la vista al paladar, é hizo que la comie-

se tambien Adan. Uno y otro comprendieron al instante la imposibilidad en que se colocaran de practicar el bien, y los males inmensos á que su criminal transgresion los dejaba expuestos. El aspecto de su propio cuerpo, órgano ya de una voluntad que habia perdido su inocencia primitiva, les llenó de vergüenza: velaron su desnudez, y cuando excitado el primer padre de todos los humanos contra aquella accion que ponía de manifiesto su rebeldía á los preceptos del Supremo Hacedor; cuando Adan reaccionándose contra su propia falta acusara de ella á la *mujer*, que procuraba sincerarse con las infernales sugerencias de la serpiente la compañera el hombre oyó de la boca misma del Altísimo esta sentencia terrible: "Multiplicaré tus dolores y tus preñeces: con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad de tu marido; y él tendrá dominio sobre tí (1)." Semejante castigo, que la era tan personal, no libertó á Eva de que participase además del que se fulminó particularmente contra su marido. Identificada con él en todo, fué reducida, en primer lugar, á las penosas condiciones del trabajo; como él quedó tambien sujeta á la desordenada influencia de las pasiones, á la accion perniciosa de las enfermedades, y por último, á la muerte. Vestida de pieles, últimos dones de su Señor irritado, lanzada del delicioso asilo que en un principio se le preparara para vivir en él cómoda y feliz, siguió fatalmente á su triste marido por una tierra maldecida, á causa de su loca desobediencia, conservando en el seno de su alma como único resto de consuelo y esperanza, la memoria de aquella solemne promesa de Dios, segun la cual habia de nacer de su propia raza el que tendria la virtud y fuerza bastante para quebrantar un dia la cabeza del monstruo del pecado..... Adan la llamó entonces Eva, porque debia ser la madre de todos los hombres. A poco tiempo de haber abandonado el paraíso terrenal, Eva concibió á Cain, y luego que le hubo dado á luz, dijo: "He adquirido un hombre por la gracia de Dios." Fué su segundo hijo Abel, á quien Cain quitó la vida por envidia; el pecado, pues, hizo su entrada en el mundo, cubriéndose de sangre y de infamia, por la falta de la primera *mujer*. Empero, habiendo parido des-

(1) Gén. cap. 3, ver. 16.

pués á Seth, exclamó: "Dios me ha dado otra simiente en lugar de Abel, á quien mató Cain." Tal es el relato del Génesis. Ahora el espíritu no puede menos de quedar absorto ante las sagradas páginas de esa historia de que no se da razon, pero que lo explican todo: que explican la vaguedad de nuestro pensamiento mientras busca alternativamente á Jehovah en lo mas encumbrado del empireo, ó á Satan en las profundas cavidades del abismo; que explican nuestra perenne vacilacion entre las sublimidades de la inteligencia y lo abyecto y deleznable de la materia; y ese combate que se reproduce sin tregua entre la razon y las pasiones, y esa insuficiencia del universo en medio de tantas grandezas como lo exornan, y ese anhelo constante, imperecedero hácia lo porvenir, y esa plaga de ciencias incoherentes por lo mal constituidas, que abruma al hombre desde sus mas tiernos años, y la rebelion obstinada de la carne contra el espíritu, del hombre contra el Altísimo, y lo que todo lo absorbe y lo reasume todo, tantos cuidados y afanes consagrados al tiempo, cuando la eternidad se presenta delante de nosotros.... Buscad la historia del hombre en otra parte, en otros libros que en el Génesis, y serán vanos vuestros esfuerzos por hallarla; del mismo modo que sin admitir la desobediencia de Eva, buscaríais inútilmente la causa de los males que afligen á la *mujer*. Después que reveló Dios estas cosas á Moisés, vinieron los comentarios de los hombres, que no contentándose con la fe, quisieron comprender sus misterios y cayeron en lo absurdo. Unos negaron á Eva el origen que las sagradas letras le dan, y para no ver al primer hombre privado de su costilla, tuvieron la ridícula ocurrencia de adornarle con una cola, que luego le arrancó el Señor para formar con ella á la *mujer*. Otros sustituyen una cola de perro á la de Adán y de ella hicieron que procediese la madre de todos los humanos. De la persona de Eva, por lo que respecta á su origen y formacion, se pasó luego á sus actor. ¿Qué fué lo que realmente comió? ¿una manzana ó una naranja? ¿y es ante todo cierto que comiera para delinquir? ¿provino del orgullo su desobediencia ó la motivó la curiosidad? ¿No podíamos atribuirle á la glotonería ó á la lujuria, mas bien que á esas otras causas? Para tentar á Adán ¿se sirvió de las legítimas armas de la persuasion ó le impelió por la

fuerza? ¿guardó las leyes de la continencia antes de ser arrojada del paraíso terrenal? ¿Cometió adulterio con la serpiente ó con el demonio Samael? ¿Fué ella quien creó el culto de Vesta? En fin, para que nada falte á las miserias de la madre del género humano, ¿se debió á ella el infame libro publicado con el título del *Evangelio de Eva*? ¿Acaso fué plagiaria, vendiendo como suyas las profecías compuestas por el ángel Raciel?... Sobre todo esto han discutido los rabinos judíos, agregándoseles en esta tarea los maniqueos, priscilianistas (1) y otros herejes, sin contar los brahmas, y muchos otros sabios que de buena ó mala fe se han creído obligados á ilustrar el texto de la Biblia, y que en realidad no han hecho otra cosa que confundir una simple exposicion de hechos con las dificultades inseparables de la doctrina, no dudando asegurar que el Criador no tuvo necesidad de revelarla á sus criaturas para ser entendido y conocido de ellas. La opinion mas comun es que Eva habiendo tenido muchos hijos, de que la Escritura no hace mencion, murió en el mismo año que Adán, á los 930 de haber sido creados; que sufrió con resignacion, aceptándolos como prueba expiatoria de su desobediencia, los dolores que Dios la enviara, y últimamente, que su sincero arrepentimiento llegó á hacerla digna de los dones de la divina misericordia. Diferentes poetas han hecho célebre la trasgresion de Eva; y el que entre todos ellos se ha penetrado mejor de la majestad de las Escrituras, Milton, en su *Paraíso perdido*, ha sabido pintar con los mas sublimes rasgos la pureza é inocencia tan arrebatadoras de los encantos y del amor de la primera *mujer*. Su magnífico poema demuestra bien claramente que las verdades eternas serán siempre el manantial fecundo de donde la fantasía misma habrá de tomar sus mas delicadas bellezas. (Condesa de Bradi.)

El hombre que se obstina en no someter su razon á la revelacion, único guia del sabio, pretende escudriñar los secretos del Ser Supremo, quiere profundizarlo todo, y esas investigaciones y ese exámen terminan por precipitarlo en el error casi siempre. Los ateos, los naturalistas, que quieren

(1) Partidarios de Prisciliano, que creian que el alma se componia de una sustancia divina.

con sus débiles luces conocer los misterios de la creacion y de la revelacion, nos suministran tantas pruebas de esto mismo. Se han formulado entre ellos sobre este punto casi tantos sistemas como personas; y ajenos desde entonces á toda idea religiosa, los vemos someterse ciegamente á los impulsos de su corazon, no admitiendo otro dictámen que las sugerencias de su exaltado orgullo.

“Leed á Moisés, decia un naturalista que habia alcanzado en el mundo reputacion de sabio; leed y encontrareis en sus libros que Dios formó á Eva ó á la primera *mujer* de una costilla de Adán, mientras este dormia; de manera que el autor del universo, segun el Génesis, descende á hacer el papel de alfarero, que valiéndose de los moldes contruidos de antemano, da formas al barro de que se componen sus obras. Y además, ¿tendria necesidad un Dios Todopoderoso de extraer al hombre una costilla para formar á su compañera? Sin duda cuando mandó á la tierra que produjese todos los animales, se olvidó de colocar en el caos el gérmen de la primera *mujer*; ó tal vez habia perecido en él; pero de todas suertes la imprevision de Dios se revela con harta claridad. Porque ó Adán fué dotado de una costilla superflua, lo cual probaria una deformidad en él, ó se separó aquella de entre las que constituian la perfeccion de su cuerpo, y siempre se produciria, de la misma manera, un argumento grave contra la buena constitucion del primer hombre; suposicion de que es preciso y racional que nos abstengamos. Moisés era, pues, nada mas que un soñador, un fanático.”

“En qué absurdos se abisma la razon del hombre siempre que quiere discurrir acerca de los misterios de la creacion, de la revelacion, y examinarlos con los ojos de la desconfianza! ¿Puede darse mayor injusticia ni calumnia mas atroz que la de atribuirse á Moisés el haber considerado al autor de cuanto existe como á un simple alfarero, cuando nos dice, por el contrario, que Dios hizo el mundo de la nada? *La simple voluntad del Eterno bastó para que todo fuese criado.* Y en efecto, para el ser esencial que existe por sí mismo y que es dueño de un poder infinito, la *voluntad* es mas, infinitamente mas que la accion, puesto que esta exige movimiento y nunca se ejecuta sin dilaciones. Pero el ente necesario quiere, y todo se cum-

ple con arreglo á su voluntad. Cuando Moisés dice: *Quiso criar al hombre en el mismo dia*, da á entender que el Ser Supremo quiso que el hombre fuese criado en el mismo dia. *Hagamos el hombre*, dice en otro lugar, *y hagámoslo á nuestra semejanza*. Por todas partes nos enseñan las palabras de Moisés que el autor soberano de todo lo criado quiso que el hombre fuese hecho. Y se nota en este pasaje desde luego una gran diferencia entre la creacion del hombre y la de los brutos. Estos salieron de la tierra, y el Todopoderoso crió en seguida al hombre, no diciéndonos Moisés que el gérmen del hombre estuviese en la tierra: fué, sí, formado del *limo de la tierra*, y Dios le inspiró la vida con su aliento omnipotente. El hombre, pues, fué criado por un acto del poder de Dios, y siempre será peligroso y absurdo tratar de penetrar lo profundo de este misterio con solo el auxilio de nuestra débil razon. La primera *mujer* fué formada de una costilla de Adán, y tal vez esta costilla no fué otra cosa que una parte del barro dispuesto para la creacion de ambos. Pero ¿para qué obstinarnos en profundizar lo que de suyo es impenetrable? Depositemos en el seno de la tierra un grano de trigo; de ese grano brota una espiga que produce muchos granos.... ¿tenemos en nuestra inteligencia medios bastantes para explicar con claridad y perfeccion semejante fenómeno? Tal vez se dirá que en el primitivo grano estaban contenidos todos los gérmenes de los que posteriormente se habian de desarrollar en su fruto; pero ¿quién podrá asegurarlo? ¿No vemos, por el contrario, á aquel Dios de quien recibieran el maná en el desierto los israelitas, continuar socorriendo á los hombres por un efecto incomprensible de su infinita providencia? Delante de él solo nos es dado poner en ejercicio la fe; el sabio tiene que someter su razon al soberano poder del Altísimo y rendirle sin exámen y sin vacilar el humilde tributo de su sincera adoracion. Todo es prodigioso y grande en el universo, por mas que la costumbre de presenciarlo á todas horas haga tan ligeros los esfuerzos de nuestra atencion. Plinio, mucho mas prudente que esos pretendidos sabios, que todos esos razonadores insustanciales decia con razon: *Los secretos de la naturaleza y los misterios de la fe, son abismos insondables para el espíritu del hombre.* (Baillot de Sain-Martin.)

EL CONCILIO DE MACON ESTA DE

ACUERDO CON EL TEXTO DE LA BIBLIA.

Llega en tanto el día de asamblea (año 585), y conforme á las disposiciones de Gontran, se reunieron los obispos convocados en la ciudad de Macon.... Uno de los congregados profesaba la opinion de que la *mujer* no podia estar comprendida en la denominacion de *hombre*; pero vióse al fin obligado á ceder ante las poderosas razones que los demás obispos le opusieron. El sagrado texto del antiguo Testamento, le dijeron estos, dice que cuando Dios crió al hombre, *los crió varon y hembra, y dióles el nombre de Adan*, que significa hombre de tierra; pero comprendiendo bajo la palabra *hombre* á los individuos de ambos sexos, como se colige de aquellas palabras, sin violentarlas en lo mas mínimo. Del mismo modo nuestro Señor Jesucristo es llamado hijo del hombre, para indicar que nació de una vírgen, es decir, de una *mujer*, á la cual dijo cuando en las bodas de Canaan convirtió el agua en vino: *Mujer*, ¿qué hay de comun entre nosotros? Estos testimonios y otros muchos que se le presentaron, convencieron plenamente al prelado, que en un principio manifestara tan extraño juicio acerca de esa preciosa mitad del género humano. (Gregorio de Tours.)

Leon hebreo, escritor judío del siglo XVI, pretende que Dios crió al primer hombre varon y hembra á la vez, y que después que esta criatura hubo inspeccionado todos los animales terrestres y las aves, sin haber ninguno cuya compañía y auxilios pudieran serle agradables y suficientes, quedó abismado en un profundo sueño, para que dividido en dos, mientras dormía, saliese de aquel aislamiento, en que Dios no queria dejarle por mas tiempo. Luego que esta separacion tuvo lugar, la *mujer*, que antes careciera de nombre particular, se llamó Eva.

Fernandez de Mera, autor español del siglo XVII, dice: que solamente la *mujer* fué criada de una esencia superior, divina, y dotada de un poder mágico; que su primera mirada, clavada en el cielo, produjo el sol y las estrellas, y que habiendo bajado luego la vista al suelo, vió al hombre abrumado bajo el peso de una tristeza insoportable. Delicada y sensible, Eva no pudo menos de com-

padecerse de él, y elevando nuevamente sus ojos al cielo, hizo que el sol se ocultara para reemplazarle con la luna, cuya pálida luz la permitió otorgar consuelos al hombre, que su pudor en otro caso se habria resistido á conceder. Por esta razon dice sencillamente el autor citado, ha sido la luna desde aquel tiempo la protectora de todos los amores acendrados.

La mujer, segun John Schulze, fué colocada sola en el paraíso terrestre, donde debia vivir con toda su descendencia femenina, gozando de una felicidad verdadera y perfecta, en medio de flores y de los mas alegres cantos de los pajarillos. Allí no debia penetrar el hombre sino para desempeñar las funciones de la generacion; pero la *mujer*, por su índole naturalmente buena y compasiva, quiso compartir los trabajos de aquel á quien Dios habia criado con el destino de servirla. Abandonó, pues, este lugar de delicias, para consagrarse á la felicidad de su compañero y ser su servidora. Tal rasgo de abnegacion enterneció de tal modo al Ser Supremo, que para recompensar á la criatura, que lo diera, tuvo á bien concederle el arte de gobernar á su nuevo señor sin que este pudiera apercibirse de ello.

Y cuando todo lo criado vagaba en las mas densas tinieblas, cuando la noche mas sombría velaba al universo, abrió Dios los párpados de la *mujer* y se produjo la luz. (John Schulze.)

Quiso Dios hacer el retrato de sí mismo, un retrato vivo y que se le pareciese, no precisamente como se parecian dos gotas de agua, y crió al hombre en dos actos y en dos porciones; al varon en primer término, y á la hembra en el segundo; y luego que terminara esta parte divina de su obra, el Criador dió fin á la construccion de los cielos, de la tierra y de todos sus ornamentos, para entrar en seguida en un reposo inalterable, eterno, porque habiendo dotado á la especie humana de tan excelentes disposiciones, pensó que cuando menos, era ya oportuno convertir su papel de autor en el de simple director del universo.

El Todopoderoso concluyó, pues, su trabajo de seis dias con la obra mas primorosa de cuantas adornan la creacion; desde que el soberano artífice de todos los mundos contempló la hermosura de Eva, nuestra primera madre, se detuvo; descansó en ella, *quievit in illa*, y la razon nos dice que

no era posible hacer cosa mejor ni mas digna de admiracion y de respeto. Dios habia casi agotado sus fuerzas haciendo á la *mujer*; se habia concentrado y absorbido de tal modo la sabiduría y el poder del Criador al formar esta criatura de belleza y de encantos, que después de formada creyó que nada faltaba á su grande obra; y con efecto, nada hay comparable á la *mujer*, ni es posible concebir cosa mejor concluida.

....Dios ha hecho de la *mujer* el mas delicioso manjar; y si criándola en último término quiso elevarla á la categoría de reina del universo, no se descuidó, antes de su formacion, de edificar para ella el soberbio palacio que habia de alojar tan soberana grandeza. Dios colocó, pues, á la *mujer* en el mundo, y la corte que la destinara, cubierta de riquezas y embellecimiento, correspondía dignamente á la magnificencia de tal monarca. Sí; cuando la *mujer* ha verificado su aparicion en la escena del universo, el mundo, que solo habia sido hecho para ella, estaba dispuesto á recibirla; y por eso encontró en su morada, construida, amueblada y embellecida por la mano del Todopoderoso, cuanto correspondia á la majestad de su persona y podia contribuir á su placer.

Ese amor que todas las criaturas profesan á la *mujer*, esa veneracion que la prodigan, esos servicios que por simpatía la dispensan, no son sino muy naturales y muy justos: todo vive sometido con razon á su influencia, y se obedece ciegamente á sus mas ligeras insinuaciones, porque es una obligacion, un deber indispensable, puesto que la *mujer* es la reina, el fin, la perfeccion, la gloria completa y acabada de todos los seres criados, rendir en su obsequio todos esos homenajes de que generalmente es objeto. He aquí por lo que el sabio, hablando de ella, dice: "Glorifica la generosidad de la *mujer*, porque tiene de su parte la asistencia y el cariño del autor de todas las cosas."

Por otra parte, los oráculos sagrados nos hacen comprender hasta la evidencia, que el lugar en que la *mujer* fué criada, debió imprimirle una nobleza infinitamente superior á la del hombre. Aquella, segun el testimonio infalible de las Escrituras, fué formada con los ángeles en el paraíso terrenal, jardín delicioso que Dios habia plantado con sus propias manos. Adán, por el contrario, fué criado en medio de un campo, apartado de aquel lugar de

placer y bienandanza, *in agro rurali*; en el mismo sitio, en fin, que el Supremo Hacedor destinara para habitacion de las bestias. Es verdad que el primer hombre, luego que el soplo de Dios animó el barro de que fué formado, recibió orden de pasar al jardín encantado; pero como dice el proverbio, no fué *su bella cara* ni por consideracion á sus méritos, sino porque debiendo ser la hembra criada en el paraíso, se necesitaba del varon, ó de una de sus costillas, cuando menos, para llevar á cabo aquella obra eminentísima....

....Criando Dios el universo á manera de un círculo completo y de una regularidad exacta, fué necesario que el último punto de él se uniese con el primero por el lazo mas íntimo y estrecho que es dado á la imaginacion concebir. Así pues, cuando en la historia de la creacion, digna de nuestra fe, y realmente admitida, por mas que no alcance la razon humana explicaciones bastantes para darse cuenta de lo mismo que cree, vemos que el Supremo Hacedor de todo lo que es, guarda á la *mujer* para que sirva de último testimonio; y como complemento de todos los primores que habian ya salido de su omnipotente diestra; es indudable, decimos, que la *mujer*, ese punto destinado á cerrar el gran círculo del universo, inmoró en la mente divina constituyendo la primera parte de su complicado plan, y que la Providencia la reservaba para desempeñar el sublime sacerdocio de la autoridad, para la dignidad y la excelencia, como lo mejor y mas perfecto de cuanto su obra contiene: en fin, como aquella entre las criaturas de Dios que mejores condiciones ofreciera para redondear, concluir y perfeccionar la forma circular del gran todo.

La *mujer* lleva tambien ventajas al hombre por la materia de que fué formada. Este, que tan altivo se muestra y que gobierna con autoridad tan despótica á su compañera, ¿de qué sustancia fué hecho? De un poco de barro vil é inanimado; ¿y la *mujer*? ¡Oh! El origen de esta es bien diferente! Su autor se valió de una materia pura, vivificada y animada; y así como nuestra alma es una emanacion de la esencia divina, la *mujer* puede vanagloriarse de haber salido casi de la divinidad misma. Añadamos otra circunstancia: el hombre, mediante Dios y por el coneurso de una influencia celestial, fué hecho de la tierra, de la cual salieron tambien todas las especies de animales, como conformes

que son con su naturaleza. Mas para la creacion de la *mujer*, ha trabajado Dios solo: ni el cielo, ni la tierra, ninguna influencia, ningun poder, ninguna virtud criada tomó parte en la formacion de aquella; porque obra tan maravillosa no podia partir sino de las manos del Omnipotente. (Cornelio Agrippa.)

Dios, suma bondad, grandeza infinita, autor de todas las cosas y padre soberanamente fecundo en beneficios para los individuos de ambos sexos; Dios, digo, haciendo el hombre á su imágen y semejanza, los crió varon y hembra. Estos dos sexos se diferencian solo por algunas propiedades del cuerpo; y el ejercicio de la reproduccion, que solo consiste en una prolongacion y solucion de continuidad, hacia indispensables estas diferencias de sexo á sexo. Pero el Criador infundió en ellos una alma igual, de la misma naturaleza; de modo que en esta parte ninguna cualidad especial distingue al varon de la hembra. Dotados del mismo espíritu, de una inteligencia que solo puede variar en los accidentes, ambos son, por idénticas razones de justicia, responsables de los abusos que en la aplicacion de estas facultades cometan; y si de aquí pasamos al inestimable don de la palabra, no podrá decirse que el bello sexo fué tenido en menos que el hombre al otorgar la divina Providencia tan rico presente á su criatura predilecta. Por último, el uno y el otro marchan juntos en el camino del paraíso, así cuando les inspira la gracia como cuando se dejan arrastrar por las sugerencias del pecado. Y segun el oráculo del Evangelio, en el reino de los cielos quedará del todo abolida esa diversidad que ahora nos ofrecen los sexos; porque si bien es cierto que en el día de la resurreccion final cada uno encontrará de nuevo aquel que le distinguiera en su vida terrestre anterior, la diferencia que de aquí resulte solo podrá terminar siendo completamente vana fuera de esto, en el placer casto y espiritual de mirarse mutuamente los individuos que como por adorno y nada mas, conservarán sus diferencias sexuales. Las funciones de la propagacion no pueden subsistir allí, donde lejos de las afecciones de la carne, solo puede desarrollarse el amor puro y casto que pone en comunicacion con Dios á los ángeles y á los bienaventurados. Ninguna diferencia existe, pues, entre el alma de la *mujer* y la del hombre, ninguna preeminencia fué concedida al

uno sobre la otra; antes reciben al nacer la misma nobleza y dignidad por esa sustancia espiritual y libre que da movimiento á la máquina orgánica. (Id.)

Una *mujer* de gran mérito, Mma. de Malgenestre, que pasó toda su vida en el retiro, sin ver mas que algunos mendigos que imploraban su caridad; *mujer* que se redujera á la vida mas frugal, privándose del vino y manjares succulentos, para vivir, como decia ella misma, en conformidad con las leyes de la naturaleza, consideraba de este modo la creacion:

"La creacion es un misterio que su autor no ha tenido á bien poner al alcance de la razon del hombre. Y por otra parte, ¿no está en mas armonía con la razon creer que la especie humana existe desde la eternidad?... Pero el hombre se empeña en explicarlo todo, aun aquello que no puede descifrar su pobre y débil entendimiento. Nada le detiene.... El ha sido criado superior á la *mujer*, es el rey de la tierra, y aquella ha recibido por toda mision la de distraerle de las pesadumbres que le aquejan, y preparar sus vestidos y alimentos. ¡Dios le ha hecho á su imágen y semejanza, semejanza é imágen dignas por cierto de ese príncipe del universo!.... Mi madre, que poseía un talento claro y despejado y que procuraba buscar siempre al aspecto mas natural de las cosas, nos decia á propósito de la creacion, que la *mujer* y el hombre habian sido criados al mismo tiempo, pero no en el mismo lugar, y que en el intervalo que corrió hasta que fué permitido á la primera encontrarse con su compañero, el hombre experimentó un fastidio fatal; que bien pronto llegó á notarlo el Señor, y á fin de sacarla lo antes posible de aquel estado melancólico y abatido que habia sorprendido en el rostro angelical del mas bello adorno de la naturaleza, se apresuró á complacerla, poniendo ante su vista al hombre, á pesar de lo muy imperfecto que se hallaba todavía. Luego que Dios acabara esta tarea de puro obsequio y benevolencia, desapareció dejando á la *mujer* y al hombre uno en presencia del otro, armados de su propia conciencia para conducirse por los caminos de la vida, y con el corazon lleno de magníficas disposiciones para amarse y cumplir la ley que les ordenaba propagar la especie.

"La *mujer* de Dios, bella, resplandeciente de

celestial divinidad, bella en un grado que nuestra degenerada imaginacion no puede representarse, llegó á impresionar con su presencia de tal modo al hombre, que este quedó sumergido en el mas embarazoso y profundo estupor; sus ojos se fijaron en la tierra, su lengua balbuceó algunas palabras inteligibles, y sus brazos permanecieron inmóviles; pareció, en fin, como clavado al suelo, á gran distancia de aquel ser á quien hubiera debido estrechar contra su corazon y cubrirle con sus besos.... La hija de Dios, que esperaba mas solicitud, así como mas consuelos de parte del hombre, experimentó una decepcion amarguísima al verle en aquella actitud y de sus angélicos párpados brotaron algunas lágrimas, que fueron á secarse en sus mejillas, sin que se estimulase siquiera á enjugarlas el que estaba destinado á ser su compañero y mas seguro apoyo. ¿Y qué se deduce de todo eso? la dijo uno de sus amigos.—Creo que lo habreis adivinado, replicó ella; dedúcese que la madre del género humano vió defraudadas sus esperanzas en aquel primer encuentro, y que no mas afortunadas sus hijas, esperan todavía al hombre que ha de apreciarlas como se merecen. (Mma. de Malgenestre.)

Filosofando, ó mejor dicho, desvariando los egipcios sobre el origen de las *mujeres*, decian que habiéndose desbordado el Nilo y regado con sus aguas los terrenos comarcanos, muchos pedazos de tierra glutinosa permanecieron unidos, y que calentados luego por los rayos del sol, produjeron toda clase de animales, figurando á la cabeza de ellos la primera *mujer*, siendo esta la razon de que las *mujeres* no atesoren la prudencia y discrecion que caracteriza á los hombres. Pero en esto solo debemos ver una fábula oriental; porque las Escrituras santas nos enseñan, que Dios crió á la *mujer* de una costilla del hombre, no para que fuese su sierva, sino su amable compañera, y que la crió, en lo que hace á la parte espiritual, tan susceptible de la razon como al hombre. No obstante, si las *mujeres* dan rienda suelta á sus pasiones, las subyugan de tal modo los apetitos sensuales, que Platon no acierta á decidir si se las deba separar del predicamento de las bestias ó del rango de las criaturas capaces de discrecion. (Jacobo Olivier.)

Los rabinos de los antiguos judíos dicen, que Dios crió á Adán con una larga cola; pero que

después de haberlo considerado mas atentamente, le pareció que quedaria mas graciosa la figura del hombre sin aquella superabundancia. No queriendo, sin embargo, desperdiciar los materiales de su primera obra, cortó Dios la cola que puso al hombre, y confeccionó con ella á la *mujer*. Los rabinos se afanan por explicar con este cuento ridículo una buena parte de las inclinaciones que en el corazon de aquella se desenvuelven. Otros con no menos ridiculez, afirman que el hombre fué hecho, desde luego, hermafrodita; pero que perfeccionando Dios mas tarde su primitivo plan, separó al varon de la hembra ó hizo dos seres distintos del que antes simbolizaba las propiedades y funciones de ambos sexos. Y esta es la razon, segun ellos, de que sea tan irresistible la inclinacion que mutuamente se profesan los individuos de uno y otro género, y de que busquen con afan las ocasiones mas propicias á su consorcio. Se refiere además en una historia muy antigua, que impaciente Eva por no haber logrado inducir á Adán á que comiese del fruto vedado, se apoderó frenéticamente de la rama de un árbol, y manejándola á guisa de látigo, se hizo obedecer por la fuerza, ya que la persuasion habia sido completamente inútil.

A pesar de tanta grosería como contiene esta última version, la han sobrepujado otras muchas en el mismo sentido, sin duda para demostrarnos hasta dónde pueden llegar los extravíos de la imaginacion cuando se obstina en explicar lo que por sí no está sujeto al juicio y explicaciones del hombre. Pero á fuer de historiadores imparciales, debemos reproducir el pro y el contra, lo bueno y lo malo que sobre el particular se ha dicho, aunque poniendo gran cuidado en descartar todo aquello que pueda ofender la delicadeza del sexo para el que principalmente escribimos.... El Solitario de *Balagny-sur-Aunette* explicaba la creacion de la *mujer* en la siguiente forma:

“Después de haber criado al hombre contempló Dios su obra, y disponiéndose ya á dar luz á sus ojos y ponerle de pié, conoció que dejándole solo se moriria de fastidio, lo cual no convenia de manera ninguna al objeto que se propusiera al formarle. El grande arquitecto del universo le arrancó, pues, con suma destreza una costilla, que colocó con esmero sobre un florido césped. Esta primera operacion se terminó con la mayor rapi-

dez; mas como resultase alguna dificultad para cerrar la herida abierta por la extraccion de aquel hueso, un oso terrible tuvo tiempo, atraído por el olor de la carne fresca, para apoderarse de la costilla y huir rápidamente de aquel sitio antes de que su hurto pudiera ser notado. ¡Oh fatalidad! ¡Aquella costilla debia servir para la formacion de la compañera del hombre! El oso iba, pues, á desaparecer entre la espesura de un vecino bosque, cuando Dios, arrojándose sobre él con la velocidad del rayo, le asió tan fuertemente de la cola y dióle tan terrible sacudida, que la separó del cuerpo del infeliz animal, el cual sin embargo se internó en la maleza, llevando consigo esta maldicion: "Vivirás en los bosques, y tu vida estará siempre rodeada de peligros; toda tu raza se verá privada de cola. . . ." (Y otras muchas cosas que seria inútil referir aquí.) El grande autor de todas las creaciones permaneció estupefacto, viéndose reducido á fabricar la reina del mundo con tan escasos materiales; pero bien pronto un rayo de luz fulguró sobre su frente: la dificultad le irritó, y en proporcion de los obstáculos que se le oponian, dice el Solitario, se aumentó la maestría del Altísimo, hasta producir ese primor incomparable de la naturaleza, cuya gracia divina iguala á su encantadora hermosura, y á quien se ha conocido y se conoce todavía con el nombre de Eva, madre del género humano (1)." (El Solitario de Balagny-sur-Aunette.)

César, no se sabe cuál, preguntó á Gamaliel, doctor judío, por qué quitó Dios á Adán una costilla. La hija del doctor responde á su padre que los ladrones habian penetrado en su casa la noche anterior, y que habian dejado un vaso de oro por otro de tierra que se llevaron, y que por lo mismo no se quejaba de aquel suceso. La aplicacion de semejante respuesta era fácil: Dios habia dado una compañera al hombre en compensacion de la costilla, y no es posible desconocer las ventajas que del cambio resultaron á su favor. César aprobó, pues, la contestacion; mas no por eso dejó de censurar á Dios de haberlo hecho á hurtadillas y mientras que Adán dormia. La hija del judío,

hábil é ingeniosa como siempre, hizo traer un pedazo de carne asada entre ceniza, y lo presenta al emperador, el cual se niega á comerla diciendo: "Excita mi repugnancia la vianda que me ofreéis." Y bien, replicó la jóven, Eva habria causado la misma repugnancia al primer hombre si se la hubiesen presentado groseramente y sin artificio, después de haberla formado ante su vista, (Noel.)

Pretenden los rabinos que Dios no quiso en un principio criar á la *mujer* porque previó que no tardaria mucho el hombre en recibir motivos de queja contra su compañera. Aguardó, pues, á que Adán la pidiese, quien se apresuró á verificarlo luego que observó que todos los animales que pasaban por delante de su vista iban apareados. En vano tomó Dios las mayores precauciones para hacerla buena. No quiso sacarla de la cabeza, por miedo de que fuese fácil y propensa al orgullo y á la presuncion; pero la desgracia no fué menor por eso, y el profeta se lamentaba, hace ya mucho tiempo, de que las hijas de Israel llevaban la cabeza erguida y desnudo el cuello. No quiso Dios sacarla de los ojos temiendo dar á sus pupilas un encanto peligroso; pero Isaías deplora que las mujeres de su tiempo tenian fijos los ojos en los vanos tributos de la galantería. Tampoco tuvo á bien sacarla de la boca, por temor de que fuese excesivamente habladora; ningun poder, sin embargo, ha sido bastante hasta ahora para poner un freno á su lengua, ó un dique al torrente de su palabra. No la tomó de la oreja, previendo que podia ser demasiado inclinada á ejercitar el oido para satisfacer una impertinente curiosidad; y no obstante, se dice de Sara que se ponía á escuchar á las puertas del tabernáculo, con el fin de sorprender el secreto de los ángeles. Ni quiso formarla del corazon, para evitar que fuese celosa; pero no por eso ha dejado de ser tan eficaz en ella la influencia de los celos y de la envidia, y bien pudiera decirse que la intensidad y exageracion de estos sentimientos es la causa que mas fuertemente atormenta el corazon de las *mujeres* desde sus primeros años. Se opuso de la misma manera á utilizar los piés y las manos para consumir esta parte de su plan, presintiendo los peligros á que la expondria de abandonarse resuelta á los extravíos de la disolucion, no menos que á los de la rapiña;

(1) Hace observar el Solitario, entre otras cosas, que la *mujer* es deudora de esa larga cabellera ondulante y sedosa, que hace el mas bello de sus adornos, á los largos pelos de la cola del oso, que eran por cierto de una maravillosa belleza.

pero todo ese cuidado no fué suficiente á impedir que Dina se desatase en aquellos excesos, ni para que Raquel antes que ella, robase los dioses á su padre. Se hizo, pues, cuanto habia que hacer por elegir la parte mas honesta y pura del hombre, á fin de que la *mujer* saliese sin defecto alguno de las manos del Hacedor, y no obstante, en su persona se reñen todos los que con tal eficacia se quisieron evitar. (Id)

En el principio, dice Simónides, crió Dios las almas de las mujeres independientemente de sus cuerpos, y se valió de diferentes materias para crearlas.

Fueron formadas unas de las sustancias que entran en la composicion del cerdo. Una *mujer* de esta clase no puede menos de ser sucia en su casa y propensa á la glotonería; tiene poco aseo en sus vestidos y en toda su persona, y la habitacion que ocupa presenta todo el aire de los lugares mas inmundos.

La segunda especie de almas femeninas fué extraída de los materiales que constituyen la organizacion de la zorra. La *mujer* que debe su ser á la combinacion de tales elementos, se halla dotada de ingenio y discernimiento, conoce el bien y el mal y nada escapa á su penetracion. En este segundo órden, tiene sus adeptos la virtud, pero no carece de partidarios el vicio.

La tercera clase fué compuesta de partículas caninas, y las mujeres que reciben una alma de tal condicion, se distinguen comunmente con el nombre de regañonas; es decir, que tienen la propiedad de imitar á los animales de cuyas sustancias han sido formadas, que ladran sin cesar, refunfuñan á todo el que se acerca á ellos, y viven en una continua chillariza.

La cuarta clase de almas salió de la tierra. Estas animan á las personas que viven en la ignorancia y la inaccion, que no saben apartarse de la chimenea durante el invierno y que solo revelan animacion cuando se ponen á la mesa.

La quinta fué sacada de las aguas del mar. Ella produce esos temperamentos desiguales que pasan de un estado á otro, de la mas terrible borrasca á la calma mas profunda, y de los dias mas nebulosos y sombríos á los mas despejados y brillantes del mundo. Un desconocido que viese á una de esas mujeres en los bellos momentos de su

buen humor, la tendria por un prodigio, por una maravilla de la naturaleza; pero si espera un instante, verá mudarse sus miradas y sus palabras con una rapidez inexplicable; ya no respira sino rabia y furor, ya se ha convertido la blanda brisa en un huracan desencadenado.

Es la sexta el resultado de una combinacion de las mismas materias que sirven para formar el asno ú otra bestia de carga. Estas mujeres son naturalmente perezosas é inactivas; pero como sus maridos acierten á desplegar á tiempo la autoridad de que están investidos, se contentan con vivir en la mas estricta economía y hace nc cuanto está de su parte por complacerlos.

El gato suministra los elementos de que la sétima clase se compone. Las que pertenecen á ella son de un natural melancólico, caprichoso, triste y siempre están dispuestas á arañar á sus esposos. Además, esta especie de *mujer* es inclinada á cometer pequeños hurtos y bellaquerías.

La yegua, con su flotante crin, que jamás ha vivido sujeta al yugo, se presta á la composicion del octavo órden. Las comprendidas en él, muy poco amantes de sus maridos, pasan el tiempo en engalanarse, rizar sus cabellos y adornarlos con flores. Una de estas mujeres puede agradar y de hecho agrada mucho á los extraños; pero no cabe ser mas gravosa y perjudicial para el que las posee, á menos que sea un rey ó algun príncipe capaz de encapricharse con semejantes muñecas.

La novena clase se deriva del mono. Estas son feas y maliciosas á la vez. Como carecen de belleza, procuran oscurecer y ridiculizar la que ven en las demás.

Por último, la décima especie ha sido tomada de la abeja, y ¡feliz el hombre que logra poseer alguna de las de este origen! No están manchadas con ningun vicio; su familia está destinada á prosperar y florecer por la economía que saben desarrollar; aman á sus esposos, de los que merecen una justa y grata correspondencia; inculcan los preceptos mas sanos de la virtud y de la moral á sus hijos, con una solicitud verdaderamente material; se distinguen de las demás de su sexo; se rodean de gracias; nunca entablan relaciones con mujeres de una vida impura y desarreglada, y no malgastan el tiempo en vanas habladurías; sus adornos son la virtud y la prudencia; en una pala-

bra, una *mujer* de esta calidad es la mejor que Júpiter puede dispensar al hombre (Simónides.)

Todo cuanto haya podido decirse acerca de la creación de la *mujer* debe interesarnos; y por eso nosotros no hemos vacilado en extraer los siguientes trozos de un opúsculo publicado, hacía la mitad del siglo pasado, por Dionisio Caron, aficionado á las ciencias médicas, filósofo por naturaleza, escritor por circunstancias, y á quien los habitantes de Plessis-Chamant habian dado el sobrenombre de Amigo del género humano. Hijo de un pastor de Brasseause, habia aprendido, dice él mismo en el corto prefacio de su pequeña obra, á leer por casualidad y á meditar por instinto. Este librito, titulado el *Testamento de mi alma*, merece sin duda salir del olvido, como nuestras lectoras podrán conocer por las muestras que les ofrecemos á continuación:

"Dios y la mujer han ocupado por largos siglos á los pensadores mas profundos y les ocuparán mucho mas tiempo todavía, sin que al término de sus tareas podamos ver esclarecido el objeto de sus meditaciones, porque la misma voluntad de Dios se opone á ello....

"....Quiso el Todopoderoso colocar á la *mujer* en nuestro planeta, asignándole el destino de continuar la obra del Criador....

"....Mi débil inteligencia me dice, que el mundo es eterno: no sé me alcanza cómo empezó á existir, no comprendo lo que vendrá á ser con el tiempo; solo sé que existe. Pero puesto que en los delirios humanos ha cabido la absurda pretension de explicarnos lo que es humanamente incomprendible, créo, hijos míos, que os debo decir lo que siento sobre el particular. Si algo es capaz de guiarnos, una vez engolfados en los misterios de la creación, sin duda ese papel correspondería á la naturaleza.

"....Se ha pretendido desde muy antiguo hasta nuestros dias, que Dios crió desde luego al hombre, y que tomando una de sus costillas, fabricó con ella á la *mujer*. Pero ¿quién se ha expresado de ese modo? los hombres. La invencion es digna de sus autores. Y sin embargo, esta fábula absurda y contraria á la ley natural, no ha dejado de echar raíces profundas en la creencia comun, á consecuencia tal vez de su misma absurdidad; pero mas principalmente porque lisonjea el orgullo del hom-

bre, que aspira á que se le considere como superior á todos los seres criados.... Pero ¿no dice el buen sentido mas vulgar, que Dios ha debido criar la tierra antes que el grano que habia de ser fecundado por ella?.... ¿Se hubiera pensado siquiera en construir las vasijas antes de producir el vino ó otro licor que en ellas debia de conservarse?.... Por lo demás, aun siendo cierto que la *mujer* fuese criada en último lugar, es indudable tambien que en los planes del Criador ocupaba el primer puesto, Semejante á la clave de la bóveda de un templo, todo es imperfecto sin ella, todo con ella es perfecto y acabado....

"....El error del hombre consiste en mirarlo todo por el prisma y desde el punto de vista en que se halla colocado, sin tomar en cuenta las modificaciones que han experimentado las cosas después de la creación, si todavía puede concebirse la *creación*.... Las ideas recibidas son los enemigos más funestos de la verdad; y ¿cómo encontrarla si se parte de un supuesto falso?....

"....Si no fueron criados á la vez el hombre y la *mujer*, está en el orden de la naturaleza que la segunda viese primero la luz; porque contribuyendo mas que el hombre á la renovacion de la especie, es muy natural que el grande Artífice comenzase por ella, y mas que todo que la dotase de una perfeccion superior, á fin de que las generaciones que de ella habian de nacer, conservasen toda la bondad posible de su origen....

"....En todo lo que concierne á la reproducción de la raza humana, el hombre es á la *mujer* lo que el cantero al escultor. Es justo y lógico, pues, creer que Dios principió por lo mas importante dándole la mas sobresaliente perfeccion.

"....Generalmente reconocemos que la belleza es la verdad, que la belleza es la imagen de Dios y hemos, no obstante, tenido hasta aquí la necia vanidad de creer que Dios, antes de criar á la *mujer*, quiso ensayarse fabricando al hombre, como si el Altísimo no fuera el sabio por excelencia.... ¡Cuánta presuncion, cuánta necedad! ¡qué sacrilegios y qué absurdos!.... ¡Atreverse á reducir á Ser Supremo á un trabajo meramente mecánico?... ¡Oh locura, vanidad, mil veces vanidad!....

"....Plugo al hombre crear leyes convencionales para hacerse superior á su compañera. Trabajando en su auxilio las sutilezas del lenguaje filo-

sófico, llegó á erigir en principio que las cualidades artificiales eran de mas valor que las naturales, y una vez en esta via, nada fué bastante á detener los desbordamientos de su imaginacion vagabunda..

"...Mirando Platon á una *mujer* hermosa, creía estar contemplando al mismo Dios, que se refleja, dice, vivamente en su obra mas adorable. Y así como nuestra alma inmortal, emanada del seno de Dios, propende naturalmente á subir á su celeste origen, el filósofo sentía que se impacientaba la suya por abandonarle y volar al seno de la bella Agathona...."

¿FUE EVA CRIADA EN EL PARAISO?

La cuestion de si Eva fué criada en el paraíso ó fuera de él, ha sido objeto de grandes dudas y controversias entre los teólogos. En cuanto á Adan, se reconoce generalmente que tuvo lugar su creacion fuera del paraíso, y por esta causa pregunta con cierta exaltacion un comentador: ¿por qué la *mujer*, siendo menos noble que el hombre, habria sido criada dentro de aquel lugar de delicias? *¿Cur denique Evam, quæ Adam ignobilior erat, formavit intra paradisum?....* Otros, por el contrario, consideran esa distincion como un homenaje pagado á la pureza y hermosura, que brillan en la *mujer* con toda ventaja. Todavía llevan algunos su interés por el bello sexo hasta el punto de creer, que si el sitio donde la *mujer* fué formada no era ya el paraíso, adquirió las propiedades y el carácter de tal á consecuencia de tan fausto acontecimiento. Josefo es uno de los que piensan que Eva recibió la existencia en un lugar distinto del paraíso. Esta es tambien la opinion de Tertuliano entre los padres de la Iglesia, y la de Ruperto entre los teólogos, quien á la verdad jamás deja escapar la ocasion de manifestar sus malas disposiciones y escasa benevolencia hácia el sexo bello. Pereira, no obstante, cuyo dictámen parece el mas ortodoxo, afirma que para ponerse de acuerdo con la relacion del Génesis, así como con la opinion de san Basilio y otros padres, será preciso concluir que Eva fué criada en el paraíso. (Th. Moore.)

EVA Y EL PECADO.

Uno de los puntos que mas ha ejercitado el genio analítico de los comentadores, ha sido la apreciacion de la gravedad comparativa entre la falta

de Eva y la de Adan. Todos han convenido generalmente, si se exceptúa á Ruperto, en que la participacion de Eva en el camino de la desobediencia, fué mucho menor que la de Adan, puesto que habiendo ordenado Dios la prohibicion antes de existir aquella, se concibe bien que la responsabilidad no fuera tan grave, como que se trataba de un precepto que no pudo oir ni conocer antes de pecar; lo que se demuestra, hasta cierto punto, por la forma incoherente é inexacta en que lo refirió á la serpiente. En apoyo de esta opinion, observa Pereira que Dios únicamente dirigió sus cargos al primer hombre por haber comido la fruta vedada; puesto que solo á él tambien habia sido hecha la prohibicion de tocar al árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero aparte de esto, la galantería de otro comentador, Hugo de Saint-Victor, llega al extremo de mirar estas palabras: "te enemistaré con la *mujer*," como una prueba de que el bello sexo fué consagrado desde este momento al servicio de Dios, viniendo á ser el principal enemigo y el mas grande obstáculo que el genio del mal tendria que combatir al verificar sus excursiones por el mundo. "*Si deinceps Eva inimica diabolo, ergo fuit grata et amica Deo.*" (Th. Moore.)

Adan puso el nombre de Eva á su compañera porque debia ser la madre de todos los hombres. Fué formada de una de sus costillas y puesta á su lado como su esposa y *mujer*. Dios les echó luego su bendicion, ordenándoles que se *multiplicasen y poblaran la tierra*; pero Adan no se acordó siquiera de sus deberes conyugales, hasta que en union con su *mujer*, hubo violado al mandato del Eterno. Eva fué la primera en la desobediencia, dejándose engañar por las mentiras y halagüeñas promesas de la serpiente y arrastrando en seguida á su marido á cometer la misma falta. (Bayle.)

¿Qué razon hay para decirnos que la *mujer* fué la primera que comió la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y que ella tambien excitó la primera los celos del Eterno?

Consiste en que la *mujer* es la última y más perfecta creacion de Dios, segun la profunda filosofía de Moisés, cuyos pensamientos, tan luminosos en sí mismos, reciben cada dia una confirmacion mas solemne de los descubrimientos y progresos que en el campo de la ciencia se realizan.

Consiste en que después de haber manifestado Dios su pensamiento en el hombre, ha pronunciado su última palabra de felicidad para el mundo revelando el amor y encarnándolo en la *mujer*.

Próxima la *mujer*, por decirlo así, al corazón de Dios, de donde había salido, se elevó hacia él á impulsos de una ambición gloriosa, y logró arrancar los secretos que solo podía conquistar un orgullo amoroso, los secretos de la libertad.

El hombre, en esos momentos supremos, se vió colocado entre Dios y la *mujer*: aquí Dios y la vida eterna; allí la *mujer* y la muerte. El hombre no vaciló; quiso morir. (El abate Constant.)

EL PRIMER BESO.

A la voz del Criador, surgió del seno del caos el paraíso terrenal, perfectamente cubierto de verdura y adornado de flores; el agua caía despeñada de las rocas; la copa de los árboles se mecía blandamente bajo los purísimos rayos del astro que la mano del Altísimo acababa de lanzar al espacio; todo respiraba una felicidad embriagadora; solo Adán languidecía en su aislamiento, y se preguntaba por qué los peces en el agua, las aves en el aire y todos los animales á la apacible sombra de los frondosos bosques, retozaban apareados prodigándose mil caricias; pues para él eran aun vagas y mal comprendidas aquellas palabras del divino texto: "*Creced y multiplicaos*."

¡Y Dios tuvo compasión de él!...

Y mientras dormía, sacó una de sus costillas y formó con ella una deliciosa criatura, que se llamó Eva.

Y despertó Adán.

Y cuando vió cerca de sí aquel ángel de consuelo,

De cabellos largos y flotantes sobre sus espaldas,

De brazos blancos y torneados, cruzados sobre su pecho palpitante,

De largos párpados inclinados hacia la tierra,

De rosadas mejillas,

De rojos labios,

De talle esbelto y elegante,

De voluptuosas caderas,

De pié ágil y delicado;

Cuando vió.... en fin, todas esas perfecciones

á cual mas arrebatadoras, pareció rasgarse un velo delante de sus ojos.

El firmamento resplandeció con todo su brillo.

Las flores ondularon mas perfumadas sobre sus tallos.

Las aguas se agitaron con una melodía mas penetrante.

Toda la superficie del globo se renovó; la naturaleza entera se precipitó en un abrazo universal, y los mundos suspendiendo su marcha, obedecieron al poderoso estremecimiento de una misma sacudida, en el instante en que los ecos del cielo repetían con estrépito el primer beso del primer hombre. (Ésteban de Neufville.)

EDAD DEL PRIMER HOMBRE Y DE LA

PRIMERA MUJER.

El hombre—rey vino al mundo de edad de treinta años, para ponerse en armonía por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio; así como su compañera contó diez y seis abriles para estar en relacion con las flores, los pájaros, la inocencia, los amores, y con toda la parte jóven y bella del universo. (Chateaubriand.)

Marianus Victor, Genebrard y Feuar-deut dicen que Eva vivió novecientos cuarenta años, diez mas que Adán; y todos los que han escrito sobre la creación, sostienen que el cuerpo de aquella era mucho mejor formado que el de este.

III.

Definición ó descripción física de la mujer.

Entre los diferentes medios que la naturaleza emplea para la reproducción de las especies, comprende á la humana que la suya sea por el concurso de dos individuos semejantes por los rasgos mas generales de su organización, pero destinados á cooperar en este sentido por medios particulares propios de cada uno. La diferencia de estos medios constituye los sexos, cuya esencia no se refleja precisamente en un solo órgano, sino que se extiende, por matices mas ó menos sensibles, á todo el organismo; de manera que la *mujer* no es pre-

cisamente tal bajo un punto de vista determinado, sino por todas las fases que nos ofrece cuando nos detenemos á considerarla.

Hay un tiempo, sin embargo, en que dichos matices son nulos ó imperceptibles. El hombre y la mujer en los primeros años de la vida, no parecen, á primera vista, diferir el uno del otro. Sus movimientos, la delicadeza de sus órganos, su modo de andar, el tono de su voz, todo esto se confunde en aquella edad de tal suerte, que las diferencias naturales de los sexos parece como que duermen en aquellos dias. Sometidos á las mismas funciones y á necesidades análogas, frecuentemente confundidos en los mismos juegos con que su infancia se entretiene, no excitan en el alma del observador, que los contempla con placer, ningun sentimiento particular que los distinga; y solo le parecen recomendables por esa tierna emoción que excita siempre en nosotros la vista de la inocencia unida á la debilidad. Indiferente y aislado, cada uno vive para sí propio; su existencia, puramente individual y absoluta, no deja percibir todavía ninguna de las relaciones que deben establecer después entre ellos una dependencia mutua.

Este estado equívoco no dura mucho tiempo, el hombre adquiere pronto las facciones y el carácter que anuncian su destino; sus miembros pierden esa suavidad y dulces formas que le eran comunes con la *mujer*; los músculos, que son los principales instrumentos de la fuerza animal, hacen desaparecer ó convierten en mas densa, por sus reiteradas contracciones, la membrana mucosa que antes llenaba sus intersticios y los enervaba; de este modo adquieren mayor corpulencia y vigor, propendiendo á proporcionar á cada órgano una forma mas determinada y robusta. En poco tiempo el individuo ha variado completamente; la tez morena de que se cubre su fisonomía, el tono grave y fuerte que ha tomado su voz, indican en él un aumento del vigor necesario al papel que va á desempeñar; la timidez de la infancia ha cedido su lugar á un instinto que le lleva á desafiar los peligros; no tiene entrada el miedo en su pecho, porque la sangre que hierve en sus venas, como si quisiera rebosar los diques que la contienen, le hace creer que su poder es irresistible. Su elevada talla, su altivo continente, sus movimientos rápidos y seguros, sus nuevos gustos, sus ideas nuevas, todo, en fin, retrata en él la imagen

de la fuerza y lleva el sello del sexo que debe servir y proteger al otro.

Avanzando la mujer hácia la juventud, parece que se aleja menos que el hombre de su constitucion primitiva. Delicada y tierna, siempre conserva algo del temperamento peculiar á los niños. La contextura de sus órganos nunca llega á perder toda su suavidad original. El desarrollo que produce la edad en todas las partes de su cuerpo no les da el primer grado de consistencia que el que adquieren en el hombre. Con todo, á medida que los rasgos de la *mujer* se fijan, se nota en su forma, en su estatura y en sus proporciones diferencias que no existian las unas y que no eran perceptibles las otras. Aunque parte del mismo punto que el hombre, se desenvuelve no obstante de una manera que le es propia; y por eso cuando toca cierta edad, se encuentra, con admiración quizá, provista de nuevos atributos y sujeta á un órden de funciones enteramente extrañas al hombre y desconocidas por ella misma hasta aquel momento; por último, se revela en ella una nueva cadena de relaciones físicas y morales, que constituye para el sexo un principio de interés que le atrae hácia ella, y para la misma *mujer* una fuente de necesidades desconocidas. Esas relaciones, en lo que respecta á lo físico, son en parte el resultado de sus modificaciones producidas en el tejido celular, que adquiere expansion en los órganos destinados á caracterizar especialmente el sexo, mientras que se deprime y constriñe en las demás partes; y uno de los efectos mas marcados de este cambio, consiste en hacer mas sensibles las proporciones naturales de las piezas que forman el armazon del cuerpo....

Las partes blandas que entran en la constitucion de la *mujer*, es decir, las arterias, venas y nervios; las fibras carnosas, tendinosas, ligamentosas, y el tejido celular que les sirve de lazo comun, están marcadas tambien por diferencias que dejan entrever las funciones á que está llamada la *mujer* y el estado pasivo á que la naturaleza la destina. Son mas delgadas, pequeñas, débiles y ligeras que las de que se compone el cuerpo del hombre, y por mas que se diga, para explicar esas diferencias, que la delicadeza observada en la constitucion de las mujeres es efecto de la educacion que se les da ó de su regimen especial de vida, estas causas pueden, sí, influir mucho, y el mismo Hipócrates lo reco

noce; pero examinándolo mas atentamente, se llega á descubrir, que entre el sexo masculino y femenino existe una diferencia radical, innata, que tiene lugar en todos los países y se observa en todos los pueblos. Si hay algunos en que las mujeres, ya por la naturaleza de sus ocupaciones, ya por la influencia del clima, poseen una constitucion fuerte y robusta, la de los hombres de esos mismos lugares les lleva todavía grandes ventajas. Es verosímil, pues, que la disposicion de las partes que componen el cuerpo de la *mujer*, ha sido determinada por la naturaleza misma, y que sirve de fundamento al carácter físico y moral que la distinguen.

Muy cierto es que el sexo femenino está sujeto á revoluciones que descompondrian toda su organizacion física si ofreciesen una violenta resistencia. Algunas partes de su cuerpo están expuestas á sufrir dilataciones, choques y compresiones considerables; y si una parte dilatada tuviese demasiada elasticidad, la accion del cuerpo que causa la tension, obraria contra algun órgano esencial y suspenderia la influencia de la vida. Cuando una parte se halla comprimida, los humores se alterarian pronto, no pudiendo continuar su curso ordinario si las partes inmediatas no les presentasen vasos flexibles, dispuestos siempre á recibirlos. Era, pues, necesario que los órganos de la *mujer* tuvieran una estrechura tal, que cediesen fácilmente al impulso de las causas que pueden obrar fuertemente sobre ellos, y se supliesen recíprocamente siempre que sus funciones respectivas se descompongan. La naturaleza del hombre supera todos los obstáculos que le estorban por la fuerza y la actividad; la de la *mujer* se sustrae á su accion por la dulzura de su carácter. Si la fuerza es esencial en el hombre, parece que cierta debilidad concurre á la perfeccion de la *mujer*; pero esto se realiza mas bien en lo moral que en lo físico: la resistencia irrita al primero; la otra, cediendo con amabilidad, añade la apariencia de una virtud al ascendiente natural de sus encantos, disponiendo de este modo de la superioridad que la fuerza concede al hombre.

Parece verosímil que los elementos que constituyen el cuerpo de la *mujer* tienen una organizacion particular, de la que dependen la elegancia de sus formas, la ligereza de sus movimientos y la

vehemencia de las sensaciones que caracterizan su sexo. Además de esta organizacion especial de las partes constitutivas de la *mujer*, natural es pensar que el tejido celular que las comprende todas y que existe en ella en mayor cantidad que en el hombre, absorbiendo continuamente el humor que fluctúa en todos sentidos estas células, debe tambien modificar su estructura y sensibilidad; él sin duda da á los miembros de la *mujer* esa tersura y uniformidad que admiramos, esa redondez y graciosos contornos que el hombre no puede ni debe tener. Masas de este tejido, diversamente distribuidas, llenan las cavidades que repugnarían á la vista, quitan á las articulaciones su aspereza y desigualdad, dulcifican el tránsito de un órgano á otro y forman el relieve que se nota en algunos lugares del cuerpo, como, por ejemplo, en la parte anterior del pecho. Muy bien pudiera decirse que la naturaleza habia concedido á la *mujer* todos los encantos y atractivos propios del goce y del placer, si no tuviese en cuenta que su destino es mas noble, que su objeto es mas esencial, que es la salud del individuo y la conservacion de la especie. Así es como en todas sus operaciones la belleza nace de un orden que propende al bien, y sin pensar mas que en lo útil, hace tambien todo lo que puede agradar. (Roussel.)

En lo que no pertenece al sexo, la *mujer* es hombre; tiene los mismos órganos, las mismas necesidades é iguales facultades; las máquinas están construidas del mismo modo, los resortes son idénticos, funcionan lo mismo la una que la otra, su forma es semejante, y bajo cualquier aspecto que se les considere, no difieren entre sí sino de lo mas á lo menos.

Por lo que respecta al sexo, hay puntos de distincion entre el hombre y la *mujer*; la dificultad de compararlos nace de lo difícil que es determinar en la constitucion de ambos lo que es del sexo de lo que no le pertenece. Por la anatomía comparada, y aun á la simple inspeccion, presentan entre sí diferencias generales que parecen no pertenecer al sexo, y que sin embargo, no tienen otro origen; pero por razones que no estamos en estado de percibir, ignoramos hasta qué punto pueden extenderse estas relaciones. Lo único que sabemos con certeza, es que todo lo que tienen de comun corresponde á la especie, y sus diferencias al sexo.

Bajo este punto de vista observamos entre ellos muchas conexiones y muchas contradicciones, y esto mismo puede considerarse como una de las maravillas de la naturaleza, que ha podido crear dos seres tan semejantes, constituyéndoles diferentemente.

Estas relaciones y diferencias deben influir grandemente en lo moral; consecuencia inevitable, conforme con la experiencia y que demuestra evidentemente la vanidad de las disputas sobre la preferencia ó igualdad de los sexos; como si cada uno de ellos, secundando los fines de la naturaleza segun su destino particular, no fuese mas perfecto obrando así, que asemejándose al otro. En lo que tienen de comun son iguales; en lo que se diferencian no son comparables. Un hombre y una mujer pueden ser perfectos y no parecerse en sus talentos, del mismo modo que hay diferencia en sus fisonomías; pero la perfeccion no es susceptible del mas ni del menos.

En la union de los sexos, cada uno, aunque de distinto modo, concurre igualmente al mismo objeto; diversidad que manifiesta la primera variedad, digna de notarse entre las relaciones morales de ambos. El uno debe ser activo y fuerte, la otra pasiva y débil: es necesario que el uno quiera y pueda; bástale á la otra resistir con dulzura.

Sentado este principio, se comprende perfectamente que la *mujer* ha sido formada con especialidad para agradar al hombre; si este debe complacerla á su vez, no tiene una necesidad tan directa; su mérito existe en su poder, y agrada por la sola razon de ser fuerte. No es esto lo que impone el amor, convengo en ello; pero es la expresion de la ley de la naturaleza, anterior al amor mismo.

Si la *mujer* fué creada para agradar y ser subyugada, debe emplear todos los medios imaginables para ser amada del hombre y no para irritarle; su fuerza nace de sus encantos, y en ellos puede encontrar medios de hacerle comprender su valor y que no abuse de él. Para reanimar esta fuerza, el arte mas seguro es hacerla necesaria por la resistencia; porque entonces el amor propio se une al deseo, y el uno triunfa de la victoria que el otro le proporciona. De aquí nacen el ataque y defensa, la audacia de un sexo y la timidez del otro; en fin, la modestia y el rubor, dones con

que la naturaleza armó al débil para sujetar al fuerte.

Ninguna pariedad existe entre los dos sexos; el varon se acuerda que lo es en ciertos momontos; la hembra es hembra toda su vida, ó al menos ínterin dura su juventud; todo la obliga á tener presente su sexo y para llenar sus funciones necesita una constitucion propia; le son además indispensables muchos cuidados y atenciones en su preñez, reposo en los partos, y una vida tranquila y sedentaria para aumentar á sus hijos; para educarlos, es preciso que tenga paciencia, dulzura, celo y un afecto que nada sea capaz de entibiar; por su mediacion consigue relacionar al padre con sus hijos, hace que los ame y que los llame suyos. ¡Cuánta ternura y cuidados tiene que emplear para mantener unida toda la familia! Y todo esto no pertenece tanto á las influencias de la virtud cuanto al poder de las inclinaciones, sin el cual la especie humana se extinguiría bien pronto. (J. J. Rousseau.)

La mas exacta anatomía ne ha podido todavía encontrar alguna diferencia entre la cabeza del hombre y la de la *mujer*; su cerebro es enteramente igual; ven y oyen por órganos que son exactamente lo mismo; las impresiones de los sentidos se reciben, se reunen y se conservan del mismo modo, las partes insensibles que se emplean en las operaciones de la inteligencia, se mueven idénticamente y por un mismo principio en ambos sexos; toda la diferencia que entre ellos existe se encuentra en los órganos necesarios á la reproduccion de la especie, lo que nada tiene de comun con el entendimiento. (Mma. de Coicy.)

Las mujeres no han sido formadas para correr, y cuando huyen lo hacen con tan poco esfuerzo, que se dejan alcanzar del que las persigue. La carrera no es la única cosa que hacen con mala maña; pero puede asegurarse que es la sola para la que tienen poquísima gracia. Cuando corren echan los codos hácia atrás y los pegan de tal modo á su cuerpo, que su actitud es risible, y apoyándose sobre los talones se parecen á las langostas, que quisieran correr sin saltar. (J. J. Rousseau.)

Las fibras de los cuerpos femeninos son mucho mas débiles y de un tejido mas flojo que las de los hombres; lo que las permite crecer con mas facili-

dad y que puedan hacer mas pronto uso de su razon; pero si llegan antes á la pubertad, antes tambien envejecen; porque siendo las fibras de los órganos mas flexibles y delicadas, producen impresiones conformes con su naturaleza. En este caso la intensidad del movimiento no constituye la diferencia, sino la calidad. Un ejemplo hará comprender mejor nuestro pensamiento: en la prima de un violin pueden ejecutarse las mismas notas que en la tercera, y la diferencia que resulta es de una octava; en la primera el sonido es mas agudo y mas gracioso, en la segunda mas grave, mas vigoroso, siendo sin embargo el mismo intrínseco considerado. Este ejemplo da una idea exacta de la diferencia de las fibras de ambos sexos. (Le Camus.)

A su primera constitucion orgánica deben las mujeres un genio mas dulce, mas alegre y jovial que el de los hombres; son mas vivas, mas festivas y mas inconstantes; su imaginacion es mas risueña y mas graciosa, pero su juicio menos sólido. Los hombres tienen por patrimonio la gravedad y la severidad, y solo con el trato de las mujeres y en sociedad pierden la aspereza de su carácter y adquieren cierta cortesanía y urbanidad que se manifiesta en todas sus acciones; del mismo modo que la *mujer* se aproxima insensiblemente al genio del hombre y olvida poco á poco la inclinacion que tenia á todo lo frívolo cuando frecuenta el trato de personas ilustradas. Este es uno de los principales lazos formados por la Providencia para ligar estrechamente los hombres con las mujeres. (Idem.)

Las mujeres alcanzan mas pronto la edad de la pubertad que los hombres, y su crecimiento, que generalmente es menor que el de estos, dura tambien menos tiempo; los músculos, la carne y las demás partes que componen su cuerpo son menos fuertes, menos compactas y sólidas que las de los hombres, y por consecuencia con mas prontitud adquiere su completo desarrollo, que es la perfeccion de la forma. El cuerpo de la *mujer* está tan completamente formado á los veinte años, como el del hombre á los treinta. (Buffon.)

La naturaleza ha concedido pocas veces á las mujeres un temperamento bien marcado, y casi siempre se compone de una combinacion de muchos temperamentos, que constituyen su ser mate-

rial. Quiso, sin duda, asociando felizmente elementos diversos, dar á su carácter una flexibilidad que sirve para preparar su éxito y asegurar su poder. Casi todas ellas tienen un temperamento combinado del mismo modo, aunque con algunas modificaciones que bastan para corregir su carácter. Siendo de grande importancia la tarea que les impuso la naturaleza y siempre una misma, ha tenido precision de darles una constitucion uniforme, que les sirviese de garantía y en la que encontrasen los medios de llenar sus miras, que son la propagacion de la especie humana. (De Beauchêne.)

La naturaleza ha distribuido la vida de las mujeres en dos períodos, y cada uno de ellos compone una existencia diferente.

En el primero nos extasiamos contemplándolas, y armadas con el encanto de las ilusiones, hacen su imperio absoluto, ínterin saben multiplicarle y prolongar su duracion.

Cuando llegan al segundo período de su vida, á su razon ilustrada por el sentimiento deben las mujeres todas las ventajas que las distinguen; y si sus triunfos son menos brillantes, son en cambio mas gloriosos y mas duraderos. (Idem.)

Aunque el hombre y la *mujer* difieren en lo moral y en lo físico, no se hace notable esta diferencia en los primeros diez años de la vida. Ambos manifiestan las mismas necesidades, participan de igual ardor por los juegos de su edad; ambos tienen la misma blandura de tejidos, igual flexibilidad en los miembros, el mismo modo de andar é igual timbre de voz. Observándoles empero con atencion, se ve al niño mas vivo, mas enredador, mas destructor y mas voluntarioso; la niña es mas dulce, mas tímida, pero mas coqueta. Instigado el primero en cierto modo por el instituto del combate, marcha con mas seguridad, blandiendo orgullosamente su sable ó tocando su tambor; la segunda como si experimentase un goce anticipado del amor maternal, preludio de las dulces funciones á que está destinada, se la encuentra vistiendo con arte su muñeca querida, objeto de sus mas tiernos cuidados. Podria decirse que desde esta edad, repartiéndose el imperio del mundo, el hombre se reserva la fuerza y la gloria y deja á la *mujer* la debilidad y el amor.

Llegada la época de la pubertad, que en la *mujer* es siempre mas precoz que en el hombre, este en

distingue por una estructura mas fuerte, unos músculos mas pronunciados y vigorosas, un cutis mas áspero y velludo, y una voz mas grave y fuerte. La *mujer* por el contrario, como ser delicado, conserva siempre algo de la constitucion de los niños; pierden poco sus miembros de la flexibilidad primitiva; su cutis continúa terso y trasparente, un abundante tejido celular redondea graciosamente sus formas; rica sangre circula con mas actividad por sus venas, sus nervios son mas gruesos aunque menos fuertes que los del hombre; su sistema locomotor está menos desarrollado, y su aparato digestivo es menos voluminoso é irritable. Esta diferencia de constitucion responde exactamente á la que existe en los atributos morales de ambos sexos; así que, generalmente hablando, el hombre resiste mejor la fatiga, la *mujer* soporta con mas resignacion el dolor.

¿No era, pues, muy justo que habiendo nacido la *mujer* para sufrir se acostumbrase mas fácilmente al sufrimiento? Por pequeños que sean los disgustos y las contrariedades, la irritan, es muy cierto; pero las penas profundas encuentran en ella una energía, un valor de que el hombre carece.

Las pasiones fuertes son mas delirantes en la *mujer* que en el hombre, porque este vive mas bajo la influencia del cerebro, y por consecuencia de su voluntad; aquella bajo la influencia del sistema nervioso ganglionario, esto es, bajo el predominio del sentimiento, que no raciocina.

Por otra parte, el hombre es intrépido, liberal y perseverante; la mujer tímida, económica y caprichosa. Confiando en su fuerza, el uno es franco, imperioso y violento; la otra artificiosa, porque conoce su debilidad; curiosa, porque teme siempre; coqueta, porque tiene necesidad de subyugar: en fin, se defiende con sus lágrimas y vence con sus encantos.

La pasion dominante en el hombre es la ambicion; en la *mujer* el amor: esa pasion nace en el primero de la necesidad de sus sentidos; en la segunda depende del sentimiento. Cuando los sentidos hablan en ella con demasiada fuerza, aman con furor, pero por esta misma razon su pasion dura poco: el amor maternal es el único inagotable, que no envejece jamás.

La *mujer* tiene menos necesidad de alimentar-

se que el hombre, porque la sensibilidad que predomina en su aparato digestivo, hace que le baste un alimento vegetal, mientras este prefiere un sustento mas fuerte, que le da mas robustez y energía. Las comidas de aquella son mas cortas y digiere con mas prontitud; por eso no perjudican á la actividad de su cuerpo ni á la de su espíritu. Si nuevos manjares se presentan á la vista del hombre, excitan su apetito satisfecho; no así la *mujer*, que concluye de comer antes de experimentar saciedad, y es un placer para ella no hartar completamente su apetito, para dejar que se sacie el de su marido y el de sus hijos.

Tambien siente el hombre mas necesidad de licores espirituosos, para reanimar sus fuerzas abatidas por la fatiga, que la *mujer*, pues por su constitucion y por la naturaleza de los trabajos á que se dedica, apetece menos estos estimulantes; se la ve, sin embargo, abusar por costumbre, pero entonces pierde con facilidad los caracteres de su sexo, como le sucede siempre que de él se separa. El hombre que se embriaga, presenta ciertamente un espectáculo muy repugnante; pero la *mujer* en estado de embriaguez es un objeto mucho mas horroroso, que inspira profunda aversion.

A su sistema nervioso, mas sensible que consistente, debe sin duda aquella un tacto mas delicado y una penetracion que la conduce rápidamente á la comprension de una infinidad de pequeñeces que pasan desapercibidas de aquel; pero esta percepcion exquisita se adhiere especialmente á las últimas sensaciones, olvida con facilidad las primeras y la impide apoderarse de la analogía que las une y del conjunto. En la senectud el carácter del hombre y el de la *mujer* se parecen como el del anciano y el del niño. A la que fué hermosa quédale todavíe algo de su antigua coquetería; pero generalmente pone su afecto en el Dios de amor y de misericordia que jamás la abandonará. (Descuret.)

DE LOS CAMBIOS Y ALTERACIONES

QUE EXPERIMENTA EL TEMPERAMENTO

DE LA MUJER.

Todo se deteriora, todo cambia, el universo es una escena que se mueve para presentar un encadenamiento continuo de mudanzas y vicisitudes.

Nacer, crecer, decrecer y morir, es la marcha común á todos los seres; y la naturaleza, variable en todo lo demás, sigue este orden con uniformidad.

Entre estos seres, los unos (y estos son poco numerosos) llegan á su fin por una gradacion insensible, por la continuacion de cambios sucesivos é imperceptibles que nos oculta esta tremenda perspectiva; los otros son lanzados por una pendiente mas ó menos rápida, por precipicios mas ó menos profundos, y los violentos choques que acompañan á tan ruda caída, los destruyen antes que por decirlo así; háyamos notado su existencia.

No es nuestro objeto considerar aquí los cambios de este último género respecto á la *mujer*; estos forman un tratado general de las enfermedades del sexo, que para otro lugar reservamos; el fin que nos proponemos es fijar un momento la atención en las variaciones que experimenta el temperamento de las mujeres durante su vida, sin que se altere notablemente su salud; debe, pues, comprenderse que estas variaciones son imperceptibles examinadas detalladamente, y que para ser notadas, deben considerarse en las épocas que se hacen sensibles por su número. La mas minuciosa observacion no puede seguir todas las modificaciones por las que pasa un árbol desde el momento en que el fecundo calor de la primavera viene á reanimarle y á devolverle á la vegetacion, hasta que los primeros rigores del invierno le despojan de los beneficios de la vivificante estacion, sumergiéndole de nuevo en la inercia y el abatimiento.

Es fácil percibir las circunstancias mas sensibles de su desarrollo; y tanto mayor es la sensacion que nos produce el instante en que brotan los árboles, mezclando su delicada verdura con el fondo oscuro y pardusco de las ramas, cuanto mayor fastidio nos causara el frio reposo en que yacia sepultada la naturaleza. Dan los botones la señal de su nueva vida y anuncian que todo va á reanimarse y á tomar una risueña y encantadora fisonomía; poco valen por sí mismos, pero ya interesan por las ventajas que prometen. Viéndolas se conmueve nuestro corazon, y parece que recibe un nuevo aumento de vida, participando del impulso que les hace nacer. Esta impresion agradable se prolonga, apartando nuestra vista de los progresos insensibles que todos los dias hacen, hasta el momento en que confundidas las hojas con las flores, hieren nuestros sentidos,

y extasían nuestra alma con el aspecto del singular concurso de tan arrebatadoras bellezas. Este estado se disipa tan pronto como las causas que le produjeran; las hojas adquieren al poco tiempo un color mas oscuro y toman un matiz menos delicado y tierno, las flores se marchitan y dejan su puesto á los frutos que deben sucederles, y consolarlos de su pérdida. Esta última época dispone nuestra alma á un nuevo género de sensaciones; la vivacidad de las primeras se debilita, pero la reemplaza una satisfaccion menos impetuosa aunque mas estable, acompañada de apacibles goces; se la saborea, en fin, con un placer mas puro que vivo, que llena el alma sin agitarla; desaparecen los frutos á su vez, y ese vacío anuncia que el árbol que nos encantaba algunos meses antes por su verdura y fecundidad, no será sino un estéril tronco. Aun cuando consideremos con amargura su próxima decrepitud, el recuerdo de los placeres que nos ha proporcionado dulcifica la pena presente y nos estimula á gozar de la poca sombra que todavía presta.

Tal es la verdadera imágen de la *mujer*. Aunque desde que nace hasta su último momento está siempre variando, no es posible detenerse sino en las principales épocas de su vida, notables por el carácter diferente en que se nos presentan y por las varias impresiones que en diversos tiempos nos producen.

La *mujer* empieza á indicar el rango que le pertenece, no en el momento mismo que se encuentra en estado de pagar tributo á la especie secundando las miras de la naturaleza, sino que fácilmente puede distinguírsela mucho tiempo antes. Aunque las señales particulares que revelan su sexo no se manifiesten todavía, los rasgos generales que la caracterizan se dejan no obstante percibir de los menos observadores. En los primeros años de la adolescencia, continuacion de la época en que existe una identidad perfecta en las fisonomías, en el modo de andar y en las funciones, confundiendo al hombre con la mujer, es imposible no reconocer ya en esta algunas diferencias que ponen una línea divisoria entre ellos. Preciso es confesar que esas diferencias son simplemente ligeras modificaciones, mucho mas fáciles de conocer que de determinar; de modo que podria creerse que solo tiene la *mujer* sus órganos tiernos y delicados, porque los del hombre

han adquirido ya solidez y consistencia por los ejercicios á que le conduce el gusto natural de su sexo. Estas distinciones, sin embargo, son independientes de los diversos géneros de vida á que pueden estar sujetos ambos sexos, y esta última causa, no siendo general, no produciria un efecto tan constante como el que nos ocupa. Como quiera que sea, en la primera época sus órganos no parecen diferir sino por el grado de consistencia; porque la sustancia mucosa, que da á los de la *mujer* los relieves y marcas características que los distinguen, no está todavía desarrollada, siendo mas fácil distinguir un jóven de una jóven por la naturaleza de sus inclinaciones y por los primeros destellos que salen de su alma. Las observaciones de un filósofo moderno son muy exactas. Según él, trata el hombre de hacer uso de su fuerza y de aumentarla, mientras que un instinto enteramente diverso excita en la *mujer* el deseo constante de adquirir encantos. Una jóven da mucho valor á los atavíos y sabe que tal gesto y tal actitud son á propósito para agradar, antes que conozca la causa que á ello le mueve. El mismo filósofo nota, con mucha verdad, que la imaginacion de estas es mucho mas delicada que la de los jóvenes. No es efecto esta diferencia de la ligereza y disipacion ordinarias en los últimos, ó de una presuncion que les haga desdeñar una ventaja propia para servir de recurso y complemento á la *mujer*; es una consecuencia necesaria de esa misma debilidad. La delicadeza es inherente á la constitucion de ella, y en vano el hombre querria disputarle esta preferencia. Semejante pretension denota poco conocimiento en el que pueda tenerla; pero demostrarla á las interesadas seria el mayor de los disparates.

La *mujer* llega casi en este estado, sin sufrir otro cambio sensible que el aumento de estatura, á la época brillante de su triunfo, á la pubertad: sabido es que esta edad es mas precoz en la *mujer* que en el hombre. Algunos autores han encontrado la razon de esta diferencia en la pequeñez de los órganos de la *mujer*; diciendo que se dispone antes á la generacion por ser mas pequeños, formados con rapidez, y porque las moléculas orgánicas ó nutritivas que servian á su formacion y desarrollo, constituyen un excedente destinado á su reproduccion. La circunstancia de la pequeñez de sus órganos es en verdad favorable á esta opinion,

y es bastante razonable creer que la naturaleza no se ocupa de la especie sino después de haber perfeccionado el individuo. Pero esto no es constante; este orden se encuentra invertido casi todos los dias. Con frecuencia se ven jóvenes núbiles que no han crecido todo lo que han de crecer, y estas excepciones se repiten bastante para invalidar un sistema que no debe presentar ningun caso excepcional. Toda hipótesis relativa á la economía animal que se apoye en una serie de acciones y movimientos mecánicos que necesariamente se suceden, se encontrará siempre defectuosa cuando se trate de juzgar por ella todos los hechos que la relacionan; porque en estos sistemas se olvida continuamente el resorte principal que debe servir de base al edificio. En los sistemas que tienen por objeto los cuerpos organizados, la parte moral es ese resorte, que no se puede jamás perder de vista sin extrañarse; y todos los pasos que sin este guía se dan, son otras tantas caidas. Un célebre naturalista de este siglo conviene en que todos los raciocinios deducidos de la mecánica ordinaria, son insuficientes para explicar los hechos que presenta la organizacion. De este modo se ve obligado á admitir *fuerzas interiores* que la presiden. Sin embargo, deja siempre esas fuerzas inactivas, y las olvida en los casos en que mas necesarias le serian para sacar partido de ellas, sustituyéndolas con raciocinios fisicos. Las *fuerzas interiores*, que nosotros llamamos *naturaleza*, son el verdadero principio de todas las operaciones animales; la naturaleza las ejecuta en general en tiempos marcados; pero puede muy bien ser estimulada ó extraviada por diversas causas, y entonces adelanta ó atrasa la época de sus operaciones. Esto tiene relacion con la pubertad; porque es indudable que causas morales pueden hacerla precoz ó tardía, y á estas solo debe atribuirse la diferencia que se observa entre las jóvenes que habitan en el campo y las de las ciudades. Este hecho solo prueba que la mayor ó menor cantidad de moléculas orgánicas tiene una influencia secundaria.

En esa segunda época, que es cuando trabaja la naturaleza para poner á la *mujer* en estado de reproducirse y para dar á los órganos que deben servir á tan importante obra el grado de perfeccion que exige, experimenta su cuerpo una sacudida general, que con un fuerza particular hiere esas dos

partes opuestas por su colocacion y diferentes por sus funciones, de las cuales la una es el órgano inmediato de la generacion, y la otra que la nutre, aumenta y fortifica: entonces toda la masa celular se estremece tambien y se modifica; se coloca en derredor de esas dos partes como si fueran dos centros, y desde allí distribuye sus producciones á los diversos órganos que le están sometidos. Los productos que parten del centro superior, después que han redondeado el cuello y armonizado las facciones de la cara, desaparecen graciosamente hácia los hombros, prolongándose por los brazos para darles esos contornos finos, delicados y suaves que continúan hasta las manos; los que salen del otro centro, modifican casi del mismo modo las demás partes inferiores. El principio activo ó la fuerza interior que opera este desarrollo, imprime al mismo tiempo á los humores un movimiento de rarefaccion que presta á todas las partes consistencia, calor y colorido. Entonces se anima en la *mujer*; sus ojos, mudos antes, adquieren viveza y expresion, y brilla en su persona todo lo que las gracias suaves y sencillas tienen de picante y toda la frescura y lozanía de la juventud. Este nuevo estado le proporciona una abundancia de vida que desea esparcirse y comunicarse. Advertida de esta necesidad por tiernas y vehementes inquietudes, que son la dulce y tiránica voz de la voluptuosidad, pretenden interesar poderosamente á toda la naturaleza en su situacion, y llama al placer en su ayuda; todo entonces se apresura, todo se humilla ante la belleza para servirla y solicitar la dicha de recibir sus cadenas.

Cuando el voto de la naturaleza está satisfecho, parece descuidar los medios que ha empleado para conseguir su objeto. Poco á poco pierde la *mujer* su esplendor; esa flor de temperamento delicado desaparece como el rocío de la mañana; la fuerza expansiva, de donde tomaban los órganos su colorido y su forma seductora, disminuye y se debilita; y una flaccidez desagradable sucedería á la flexibilidad y firmeza elástica de que estaban dotados, si la robustez que va generalmente unida á la edad adulta, no los sostuviera, prestando á sus formas cierta frescura. Si esta nueva modificacion es incompatible con la delicadeza de las facciones y ese talle flexible que son el patrimonio de la pubertad, no deja de tener gracias majestuosas y encantos

que si no son tan interesantes, sirven muchas veces de lazo al amor. La naturaleza procura sin embargo sacar partido de ellas y utilizarlas en provecho de la especie; reanima de vez en cuando la hermosura de la *mujer*, y hace que nazcan algunas flores donde pone su huella, para recoger nuevos frutos. No pudiendo por último defenderla de las destructoras impresiones del tiempo, y después de haber pagado el tributo debido á la especie, abandona á su individualidad el uso de los últimos momentos que le quedan.

La vejez, que es siempre mas precoz en la *mujer* que en el hombre, no sucede inmediatamente á la época en que cesa de engendrar: tiene un cierto tiempo, aunque corto sin duda, que interesa por el resto de sus atractivos, recordando aquellos que ya no tiene. Redobra sus esfuerzos por conservar ese inútil y precioso resto, y reúne en derredor suyo todos los resortes imaginables para detener los estragos del tiempo, que la despoja todos los días de algunos de sus encantos; pero si lleva sus cuidados mas allá de lo que exige el legítimo deseo de retirarse honrosamente; si escucha demasiado ese instinto que no la permite pensar en otro bien que en la dicha de agradar, de temer es que la vejez, dispuesta á lanzarse sobre ella, venga á poner de manifiesto el desventajoso contraste de sus pretensiones y su impotencia.

Cuando ha llegado en fin esa edad, que un autor llama el *infierno de las mujeres*, debe limitarse á gozar de los respetables derechos adquiridos en las interesantes funciones que ha desempeñado: ya no puede esperar nada de los objetos á que debió la principal consideracion; todo está marchito, todo está destruido: el impulso vital que animaba todos sus órganos, se concentra en el interior, y apenas se hace sentir de las partes externas; las robustas carnes que les servian de apoyo, han desaparecido para dejarlas en el abandono de sus escatimadas fuerzas, de donde resulta el abatimiento que desfigura á la *mujer* con aquello mismo que en otro tiempo la embellecía. Entre los restos que la rodean, los cabellos, que el hombre pierde anticipadamente, se muestran todavía en ella, y hacen ver que sus órganos no pierden completamente la flexibilidad que constituía su carácter, y que después de haber diferido del hombre, declina todavía y envejece á su modo. (Roussel.)

Se dice que las mujeres deben á su sensibilidad la irritabilidad de sus nervios, palabra antigua que se reemplaza hoy con la de *impresionabilidad*, inventada para desesperar á los poetas y prosistas. Me parece que de ella se sirven maliciosamente para comparar á las mujeres con los niños, y que ya sea un elogio ó un desfavor, la creo muchas veces injusta, al menos para las que son dignas de estimacion. ¿No comprenden mejor que nosotros el arte de dominar y disimular sus mas fuertes impresiones y sobre todo su ternura? A ello las obliga el deber, la opinion de su sexo y del nuestro, y una voz secreta que les dice que es el medio mas seguro de merecer y conservar nuestro amor y su misterioso imperio. ¿No es acaso muy natural que se indemnicen de esa violencia con mas vivacidad que exactitud, con una pasion aparente, y algunas veces con atrevimiento, las impresiones fugitivas que ellas mismas se exageran? Si lo hacen por coquetería, el cálculo no es exacto: una movilidad extrema es mas cansada que agradable, revela afectacion, y lo mas que puede obtener, aun poseyendo talento y gracias, es deslumbrar sin agradar, ó agradar sin que el corazon tome parte en esas afecciones pasajeras que puede inspirar. Mucho menos interesa la ligereza de las impresiones que una reserva delicada, y cuanto mas ardientes y profundos son los sentimientos, tanto mas necesitan del misterio y de un inocente artificio para dejarse entrever. Una de las principales ocupaciones de los hombres es adivinar á las mujeres, lo que afortunadamente casi nunca se consigue, y este encantador enigma puede ejercitar su sagacidad mucho tiempo. No hay culto sin misterio, y el pudor es el mas poderoso de todos. Si la naturaleza no se le hubiera concedido, habria sido para ellas una madrastra. La *mujer* que le pierde abdica esa especie de divinidad que le presta el sentimiento. El que dice conozco á las mujeres, es un tonto, y será engañado como tal, ó puede decirse de él lo que santa Teresa decia, con su femenil caridad, del ángel de las tinieblas: ¡desgraciado que no puede amar! (Lacretelle.)

DEL OVARIO DE LA PRIMERA MUJER.

¿Preexiste el germen en el ovario de los animales, ó es el resultado de la fecundacion? Si es el producto de la fecundacion, ¿proviene del macho ó de

la hembra, ó de ambos á la vez? La opinion mas probable y la mas generalmente admitida es que el germen preexiste y que la fecundacion tiene por objeto determinar su desarrollo. Adoptando este sistema, resulta una consecuencia bastante embarazosa á primera vista: si el ovario de la hembra contiene los gérmenes de todos los seres que deben nacer de ella, preciso es que estos encierran el germen de otros varios que á su vez encierran otros tambien, continuando de este modo hasta lo infinito. Resulta además que la primera hembra de cada especie contenia los gérmenes de todos los individuos que han existido y existirán hasta la extincion de su especie, lo que se ha llamado el sistema de la union de los gérmenes. Semejante resultado abrumba la imaginacion; no hay sin embargo nada de mas extraordinario que una multitud de otros fenómenos naturales que no se pueden poner en duda y que están en armonía con la sencillez y unidad de medios que caracterizan las obras de la naturaleza. El Criador de los mundos habria producido de esta manera un germen por cada especie, que se desarrolla en el espacio y en el tiempo y el universo animado seria el resultado de esa causa primera siempre en actividad. Por otra parte, ¿hay algo imposible para el que dispone de lo infinito y de la eternidad? (Anquetin.)

IV.

Definicion moral de la mujer.

Se nos ha dicho que éramos inferiores al hombre, hásenos dicho después que éramos sus iguales, y si no se han atrevido á decir todavía que teniamos sobre él superioridad ostensible, en silencio lo pensaron. Nuestra naturaleza, que detenidamente examinamos, nos afirma que no existe superioridad ni inferioridad, sino diferencia.

Somos diferentes á los hombres; poseemos lo que les perfecciona en todos sentidos. Las mismas proporciones, la misma diversidad que notamos en la organizacion física de los hombres y de las mujeres, observamos tambien en su organizacion moral. La belleza física de la *mujer* no es menos perfecta por carecer de los caracteres energicos que constituyen la del hombre; la belleza

moral existe en el alma de aquella, aunque no posee los rasgos vigorosos que caracterizan la de este. Cada una es tipo en su género, cada una tiene su ideal, y el ideal absoluto se compone de esos dos ideales compuestos. Se han obstinado constantemente en comparar á ambos sexos por lo que tienen de comun; y todos están conformes en que no puede haber paridad. Las facultades que en ambos tienen las mismas raíces, difieren esencialmente por sus desarrollos; sin que esto provenga solo de la educacion, sino de las tendencias y predisposiciones innatas á la esencia de las individualidades. De este modo, el mismo principio de ánimo, de razon y de sensibilidad se traduce con expresiones distintas, segun obra en el corazon del hombre ó de la *mujer*, siendo necesario un estudio profundo para encontrar la unidad primitiva. Estas manifestaciones reunidas han hecho que se tome el carácter masculino por modelo, señalando como inferioridad lo que no es sino el resultado de la diferencia.* Esta diversidad tan perfectamente armoniosa forma la base de la union; sin ella, las dos individualidades, semejantes á las superficies duras y tersas, se rechazarían mutuamente: revestidas con esas desigualdades regulares, llenas de prevision, se parecen á los ángulos entrantes y salientes de las obras de carpintería, que acoplándose exactamente, aseguran la perfeccion con la solidez.

Ciertamente, en energía brillante, en fuerza de concepto, en atrevimiento, en raciocinio, la *mujer* es inferior al hombre; pero su valor dulce y lleno de firmeza, su fácil comprension, la lógica de su buen sentido y la claridad de sus aplicaciones, tienen tambien un mérito propio, que hace resaltar con ventaja el contraste. Medir esas dos naturalezas, que si bien tienen necesidad la una de la otra, no por eso están calcadas, es falsear el punto de vista bajo el cual se necesita considerarlas. No, la *mujer* no es la contraprueba del hombre; tiene su originalidad, su mision y sus virtudes especiales, y esto es un hecho indudable.... (Mma. Gasparin.)

Las mujeres son, si me atrevo á decirlo, la segunda alma de nuestro ser, que con otra forma exterior, corresponde íntimamente á todos nuestros pensamientos, que sin cesar estimula á todos nuestros deseos, que comparte siendo su origen, á

nuestras debilidades, de las que se conduce sin participar de ellas. Si se encuentra el hombre desgraciado, entonces busca en su alma una fuerza indispensable para resistir á los padecimientos físicos, á los dolores morales, mucho mas difíciles de soportar. Pero como esos socorros nacen de él, toman parte necesariamente en el abatimiento que se apodera de todo su ser. Si invoca su segunda alma, entonces vuelve á hallar á esas mujeres tan dignas de ser adoradas, á esas mujeres que bajo mil encantadoras formas, le proporcionan una inesperada calma; le hacen sentir en todos los momentos de su existencia, que si bien parecen diferentes, son idénticas. Continuamente encuentra á su lado á esos ángeles de la tierra, cuyo consuelo se presiente antes que le ofrezcan, en quienes se tiene fe de antemano, y se presentan como un asilo de la desgracia.

Siendo la fuerza nuestro patrimonio, nacieron las mujeres esclavas ó sumisas. Dependientes de nuestras pasiones y caprichos, guardan las leyes que les dictan la forma de los gobiernos, la religion, la moral y las preocupaciones: deificadas aquí, allí amables compañeras, en otra parte siervas ó despreciadas, conservan siempre en esas diferentes situaciones sus cualidades distintivas, su inagotable paciencia, su valor inconcebible, sin que sus defectos se aumenten en la desgracia y en la humillacion. (De Ségur.)

Respecto al carácter y á la inteligencia, menos diferencia se nota de mujer á mujer que de hombre á hombre: ellas se conservan mas próximas á su naturaleza que nosotros á la nuestra, y la civilizacion fortifica sus inclinaciones, mientras propende á disminuir las nuestras. Y en efecto, ínterin buscamos la independencia, ellas desean imponer y sufrir alternativamente una dulce esclavitud. El hombre quiere reinar por la autoridad y la fuerza; la *mujer* nos encadena con mil lazos y vínculos afectuosos; queremos generalizar nuestra existencia, ella desea particularizarla; aspiramos á la gloria; ella solo busca la felicidad doméstica. El hombre, en fin, se semeja á la altanera Injuria, que segun Homero, marcha sobre las cabezas de los mortales, y la *mujer* á los dulces ruegos que la siguen humillándose para reparar sus ultrajes. (Viroy.)

Nos quejamos muchas veces del carácter de las mujeres; pero ¿quién no percibe que es preciso tal

como es para que sirva de apoyo y alivio á la infancia, y que su mision no ha sido nunca dividir con el hombre el imperio del universo? El destino natural del bello sexo es la reproduccion. Observad si la debilidad, la muelle delicadeza de sus órganos es susceptible de penosos trabajos. ¿Podria su tierna y suave mano sostener una pesada espada, como la de la fabulosa Bradamante? ¿Profundizará su vida y superficial imaginacion las tinieblas de la ciencia? ¿Desenredará el dédalo de la política y de la metafísica? (Id.)

Como la *mujer* es relativamente menos robusta que el hombre, la parte moral debe diferir tanto como la física; de suerte que su imaginacion es inconstante, tímida y superficial; pero sensible, dulce y apasionada. El hombre, en cambio, tiene una alma mas constante, mas firme, mas valerosa en fin, mas razonable que sensible, mas austera que delicada. (Id.)

Muchas relaciones de analogía existen entre el sexo femenino y la infancia; tienen puntos idénticos de sensibilidad y enfermedades parecidas. La contextura de sus órganos es blanda y húmeda, y redondas sus formas. Siendo esencialmente las mujeres niños grandecitos por la complexion y aun por la volubilidad de su carácter, deben vivir mucho mas tiempo. Como conservan, aun en la vejez, una constitucion juvenil, su existencia es mas larga que la de los hombres, segun los cálculos probables de longevidad. (Id.)

La *mujer* parece que fué creada para tender una mano caritativa al desgraciado; para calmar las penas del hombre, y no vivir, en fin, sino para amar, que es su primero y único destino; la sola ley que le ha sido impuesta. ¡Cuán culpable es cuando sale de la esfera que le fué marcada, cuando viola esos santos deberes de la naturaleza! (Id.)

La *mujer* y el hombre fueron formados el uno para el otro; pero no es igual su mutua dependencia: los hombres dependen de las mujeres por sus deseos; estas de aquellos por sus deseos y por sus necesidades; y mejor podriamos subsistir sin ellas, que ellas sin nosotros. Para que tengan lo necesario, para que ocupen el lugar que les corresponde, es indispensable que se lo concedamos, que queramos otorgárselo, que las juzguemos dignas de nuestra estimacion; dependen de nosotros por el precio que ponemos á su mérito, por el caso

que hacemos de sus gracias y de sus virtudes. La misma ley de la naturaleza condenó á las mujeres por sí y por sus hijos, á ser juzgadas por los hombres; no les basta ser dignas de estimacion, es preciso que sean apreciadas; no les basta ser hermosas, es necesario que agraden; no es suficiente que sean recatadas, es indispensable que por tales se las reconozca: la conducta que observan no constituye su honor; tienen que añadir á ella su reputacion, siendo imposible que sea honrada la que consienta en pasar por infame. El hombre que obra bien solo depende de sí, y puede desafiar la opinion pública; pero la *mujer* aunque cumpla con su deber, no ha concluido su tarea; lo que puedan pensar de ella, le importa tanto como su honradez.... La opinion es el sepulcro de la virtud entre los hombres y el trono para las mujeres. (J. J. Rousseau.)

Todas las facultades comunes á ambos sexos no están igualmente distribuidas; pero consideradas en conjunto, se compensan. La *mujer* vale mucho como *mujer* y poco como hombre: cuando sostiene sus derechos se la concede superioridad; cuando quiere usurpar los que nos corresponden, la pierden. El único modo de responder á esta verdad es presentando algunas excepciones, argumentos que emplean diariamente los galantes partidarios del bello sexo. (Idem.)

Lejos de sonrojarse las *mujeres* de su debilidad, se glorían de ella, y afectan no serles posible alzar el mas ligero peso. La razon de ello no es solo el deseo de parecer delicadas, sino el de precaverse oportunamente y adquirir, cuanto les convenga, el derecho de ser débiles.

Se tendrá una idea del carácter de la *mujer* si se examina cómo ansía todo lo que le pueda afectar; con qué deseo busca los mas tristes espectáculos, con qué atencion oye los relatos que pueden conmover su imaginacion, cómo le arrebatan con facilidad las escenas tumultuosas, las querellas, el juego y las pasiones; cuánto le gustan las novelas que expresan sentimientos exaltados y caballerescos, los hechos heróicos; cómo pasa repentinamente del llanto á la alegría; con qué curiosidad busca las novedades, el movimiento, los objetos bulliciosos que le agitan, que se presentan al sentimiento, y á ejercer su talento con su agradable conversacion; cómo sostiene los partidos, fomenta las in-

trigas, enreda los negocios, toma parte en las discusiones picantes, suscita querellas entre los enamorados sin mas objeto que gozar de la intimidad que ofrece la reconciliacion; cómo le agrada, en fin, crear, corregir, inspirar, tener una influencia grande en los variados pormenores de la familia. Excusado es decir que hablamos en general. (Virey.)

La constitucion moral del sexo femenino procede de la debilidad innata de sus órganos. Sentado este principio, se comprende que la naturaleza quiso que la *mujer* fuese inferior al hombre, y que se manifieste no solo por los atributos de su sexo, sino en todo lo que tiene relacion con ella, y hasta en los juegos de su infancia. Por eso la vemos con su muñeca dar á conocer sus verdaderos sentimientos, que no acabarán sino con su existencia. En efecto, si se considera la delicadeza de las fibras, la blandura del tejido celular y su desarrollo, las formas delicadas y graciosas de esa bella mitad del género humano, deben esperarse de ella todos los efectos humanitarios, compasivos, caritativos y conciliadores, que hacen subsistir la sociedad, que ligán los diversos miembros que la componen, que estrechan los lazos de la familia y forman el mas delicioso patrimonio de la maternidad. Conociéndose débil la *mujer*, siente una necesidad de unirse, de amar y de agradar; se dirige al corazon y á él se queja; nunca se vió que el niño implorase en vano su piedad: desprecia los sufrimientos, arrostra todos los peligros por su hijo; y cuando es necesario, se arroja para salvarle á las llamas ó á las olas sin el menor recelo. Consagrada á remediar al desvalido y al necesitado, participa de sus aficciones, se encarga gustosa de aliviar sus dolores, y para ejercitar su santa caridad, se la ve acompañando las víctimas al cadalso: henchido su corazon del placer que le resulta de tantos sacrificios, su mas dulce recompensa consiste en ser amada. (Idem.)

En verdad, en verdad os digo que no sabe todavía el mundo lo que es la *mujer*, porque desde su nacimiento hasta su muerte le cierra la sociedad la boca y el corazon, se la enseña á fingir y disimular lo que siente su alma, se deja cuanto es posible ocioso su entendimiento, y se la enerva para hacer de ella un instrumento de placer.

¡Oh! cuándo recibirá la *mujer* una educacion

franca y liberal! Ahora se desvirtúa su naturaleza y nos reimos y triunfamos en su debilidad. ¡Cuándo se dará ensanche á su inteligencia bajo la sola garantía de su corazon!

Entonces sabremos por qué ha sido el mundo desgraciado durante tanto tiempo.

Escuchadme, vosotros todos los que buscáis la solucion del problema social: el mal es el individualismo; el bien la unidad, á la que se sacrifica cada uno para gozar los frutos del sacrificio de todos.

Y ved aquí esa comunidad que soñamos y que asusta á los espíritus limitados ó á los hombres de mala fe.

¿Acaso deseamos nosotros la violencia ni el pillaje? ¿Invitamos á degollarse á hombres que son hermanos? ¿Ellos que deben sufrir los males de sus semejantes, desangrándose por sus heridas?

¡Oh! no, hermanos míos, no lo creais! Prevedmos ciertamente grandes males y terribles reacciones; pero lo deploramos, y de antemano velamos nuestra cabeza, llorando, porque el asesinato y la violencia son abominables ante Dios y los hombres.

Yo apelo al corazon de la *mujer*, que tanto horror tiene á la sangre, hallándose siempre pronta á volar en socorro de todos los dolores.

Por el amor se constituirá la asociacion en la unidad, porque no hay medio: es preciso que nos amemos los unos á los otros como hermanos ó que nos odiamos como enemigos.

No se trata de razonamientos para salvar el mundo, pues hace muchos siglos que se ratiocina, y la felicidad dista aun de la tierra, porque no nos amamos mas unos á otros.

El hombre que ratiocina es siempre mas ó menos ridículo, porque en nuestro concepto la verdad abstracta carece de base y de certidumbre. No conocemos la esencia de las cosas ni su posible extension, ni sus conexiones ocultas, porque la naturaleza es infinita y nosotros limitados.

Tenemos el sentimiento de lo infinito, pero no lo comprendemos.

Tenemos el de lo verdadero, pero no podemos discutir sus principios de una manera que lo presente incontestable.

Tenemos el sentimiento de lo bello, pero no podemos razonarlo sino segun sus relaciones con

otros sentimientos, porque los principios abstractos nos faltan, y porque la instrucción entre nosotros está menos en el entendimiento que en el corazón.

Luego el amor es el primero y mas fuerte poder de la humanidad.

Debe gobernar el mundo la *mujer*.

Y esto no es un sistema, como hemos dicho ya, es un hecho; solo que nosotros cortamos las alas á la paloma y la pisamos, obligándola á arrastrarse, para vengarnos de su poder, y la convertimos en serpiente.

Devolvámosle sus alas y su blancura y volverá á transformarse en paloma, esa paloma que los ritos cristianos colocan en nuestros altares y llaman el *Espíritu Santo*. (El abate Constant.)

Salomon, el mas sabio de los hombres, habia ensayado todos los placeres, experimentado todas las grandezas y sondeado todas las sabidurías.

Y después de haber escrito sobre la vanidad de todas estas cosas, se consoló cantando el cántico del amor.

No puede renacer el mundo sino del principio que lo ha criado, y el amor es el único principio creador.

Preguntaron un dia á Cristo cuándo se establecería su reino sobre la tierra, y respondió:

"Cuando dos solo formen uno; cuando lo que está dentro esté fuera, y cuando el hombre y la *mujer* inseparablemente unidos, no sean ya hombre ni *mujer*."

Cuando las dos mitades del género humano estén reunidas para siempre.

Cuando el amor haya pasado del corazón de los pueblos á sus costumbres.

Y cuando la igualdad haya devuelto á la *mujer* el rango que la usurpacion del hombre le habia disputado, se celebrará la gran boda humanitaria, cuyo magnífico epitalamio ha cantado anticipadamente el profeta Salomon.

Y de los abrazos del hombre-Dios y de la *mujer* regenerada nacerá la felicidad eterna. (Idem.)

Dios ha criado las mujeres para adorno de la especie humana, para su consuelo, para endulzar las miserias de su vida, para contento de los hombres y para ayudar á poblar el paraíso, al que nos conducen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amen. (J. Olivier.)

Mujer, inconstante objeto de idolatría y odio, compañera sensible é ilustrada del hombre, esposa, tierna mitad, ó mas bien el todo del ciudadano y de su familia: vuestro elogio y vuestra censura hacen el destino del mundo. Ya danzando juguetona ninfa, sobre los floridos céspedes del Tempé (1) ó las colinas del monte Olimpo; ya inconsolable viuda, precipitándose cerca del Ganges sobre la inflamada hoguera que devora á su esposo; ora desmelenada bacante en las fiestas de Adonis, ó seductora Circe embriagando á sus adoradores con néctar, ó cruel Medea en los furores de los celos; ruina, delicias del universo, fuente de la vida en sus amores y principio de la muerte en sus deleites; ser que crea y destruye el género humano, cuya súplica es orden y cuyo mando puede matar; conjunto de los mas sorprendentes contrastes, formado de elementos de discordia para establecer la concordia: ¡oh! qué peligrosos dones sirven al cumplimiento de este ser cuando sabe hacer uso de ellos! Mas seguro está el hombre de librarse de sus prestigios por la locura, que por su razon misma, que lucha vanamente contra el yugo fatal que le impuso la naturaleza en los dias de la juventud y en todo el curso de la vida. (Virey.)

Compañera del hombre y su igual, viviendo por él y para él; asociada á su felicidad, á sus placeres y al poder que ejercia sobre este vasto universo: tal era la suerte de la primera *mujer*; tal fué el lugar que le asignó el Criador al lado de su esposo, y tales fueron las numerosas y tiernas relaciones que se establecieron entre ambos sexos. Estas relaciones hicieron de dos seres uno, y no permitieron dos pensamientos sino para obtener una voluntad sola ó algunas veces dos, para que cada uno de ellos hiciese respectivamente un sacrificio, un cambio mutuo, de donde nacia esa inexplicable felicidad que no pueden pintar los humanos, porque solo Dios ha podido concebirla. No podian existir, en efecto, esta dulce intimidad y la tierna union de las almas sin una balanza, igual de derechos y de poder; y así como en los inmensos resortes del universo todo es armonía, todo se cor-

(1) Célebre valle de la Tesalia, entre la cadena del Olimpo y la del Ossa. Bañado por el Peneo, este valle, segun los poetas, era una mansion deliciosa que honraban frecuentemente con su presencia los dioses y las diosas.

(N. d. l. T.)

responde, se entiende y se une sin que ninguna de las partes mande á las otras, del mismo modo los dos primeros seres, para quienes parecian criadas tantas maravillas, vivian, amaban, gozaban de los bienes mas dulces, y adoraban juntos al Criador sin que uno de los dos pudiese tener idea de la menor dominacion sobre el otro. Igualmente se puede admirar la profunda sabiduría de los decretos eternos en la justa distribucion de los dones naturales entre el hombre y la *mujer*; tiene el uno el poder de la fuerza, y el otro el de la gracia y la belleza. En tanto que fueron inocentes, tuvieron la misma facultad, y cuando se rebelaron, tuvieron el mismo poder para luchar contra la desgracia, el uno por el valor mas enérgico acaso, y el otro por el precioso don de esa inalterable paciencia, que parece debia fatigar al infortunio mas bien que al alma que quiere abrumar. Cometido, en fin, el primer crimen, dijo Dios á la *mujer*:

“Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido; y él tendrá dominio sobre tí.” (De-légur.)

Las mujeres mezclan la jovialidad á los negocios mas serios, y si las pesadumbres las impresionan mas vivamente, su constitucion las hace poco duraderas; por la misma razon, sintiendo con tal fuerza, sienten poco tiempo. Sucédense en ellas con admirable rapidez los mas inconexos sentimientos, y no es raro verlas reir y llorar varias veces en una hora. Esta facilidad de llorar, que les es comun con los niños y con hombres en quienes causas accidentales han hecho degenerar la sensibilidad, como los hipocondríacos, tiene su origen en la poca consistencia de sus órganos.... (Roussel.)

Hasta la edad de treinta años es la cara de la *mujer* un libro escrito en idioma oscuro, que puede uno traducir todavía, á pesar de todas las dificultades; pero en pasando de los cuarenta, es la *mujer* un enigma indescifrable, no habiendo mas que una vieja que sea capaz de adivinar á otra de la propia edad. (De Balzac.)

Aquel que pondera á una *mujer* amable y el amor que le profesa, se me figura un frenético que me hace el elogio de una víbora, asegurándome que es encantadora y que felizmente le ha mordido. Mas si la víbora quita la vida, las mu-

jeres nos roban nuestra libertad, nuestra razon y nuestro reposo; nos roban á nosotros mismos y nos dejan vivir. Suelen verse hombres en aparente buen estado y que no son en realidad sino pobres locos, hombres turbados, ebrios de dolor y de alegría, convulsos siempre y esclavos de las mujeres. ¿Sabeis lo que es una *mujer*? Seria menester conocerla para definirla. Puede nuestro siglo principiar la definicion; pero sostengo que no se verá el resultado hasta el fin del mundo. (Marius.)

Pudiera creerse que con una constitucion que la hace blanco de todas las impresiones de los objetos exteriores y que da mas aptitud para sentir que medios para sustraerse á la accion de las causas sensibles, la *mujer* es poco susceptible de felicidad. Pero si se considera que las causas físicas de nuestros males son reducidísimas, y que su verdadera fuente se halla en los afectos de nuestra alma, que los perpetúa por el recuerdo ó los multiplica por el temor, se comprenderá que la *mujer*, en quien la misma variedad de las sensaciones se opone á su duracion salvándola de esa obstinacion de reflexiones que atormenta á tantos pensadores, está quizá mas cerca que el hombre de obtener la felicidad que permite la humana naturaleza.

A esa disposicion de sus órganos, que los hace mas activos que fuertes y les da mas sensibilidad que consistencia, debe la *mujer* esa finura de tacto y esa penetracion que consiste en apoderarse de la infinidad de matices, de detalles y de relaciones sutiles que se hallan en los objetos que mas rápidamente se le presentan, cosas todas que pasa desapercibidas el hombre mas ilustrado. Se pretende que la misma sensibilidad que le hace percibir gran número de objetos, le impide verlos bien, así como fijar bastante tiempo su imaginacion en una idea para conocer todas las demás que á ella se reunen; que la dificultad de sustraerse á la tiranía de las sensaciones, sujetándolas continuamente á las causas inmediatas que las producen, no le permite elevarse á conveniente altura para abarcarlas todas en una sola mirada; que por esa inconstancia, que por esa precipitacion que se lanza mas allá de la verdad, ó por esa inconstancia que se cansa al instante de perseguirla, dos defectos inseparables y propios de la complexion de la *mujer*, es menos susceptible que el hombre de las

elevadas concepciones de un talento que sabe llegar al nivel de la naturaleza y ascender al origen de los seres. Se dice tambien que su imaginacion, mas viva que sostenida, se presta poco á esas expresiones verdaderas y pintorescas que son lo sublime de las artes de imitacion, y que mas capaz de sentir que de crear, recibe mas fácilmente en su alma las imágenes de los objetos que no puede reproducir, y que en fin, esa propiedad de su espíritu que la hace conducirse casi siempre por ideas particulares, se opone en ella á las mas vastas miras de la política y á esos grandes principios de moral que se extienden á todos los hombres.

No es dudoso que esta debilidad, que segun hemos dicho caracteriza los órganos de la *mujer*, le imposibilita los esfuerzos de esa tension de espíritu que es necesaria para el estudio de las ciencias abstractas, hasta para extraviarse en él, y que su imaginacion, demasiado móvil y no capaz de persistencia, la hace poco propia para las artes que dependen de esa facultad del alma; pero no es menos cierto que de tal debilidad nacen esos dulces y afectuosos sentimientos que constituyen el principal carácter de la *mujer*, y que del de su importancia procede esa disposicion á identificarse con los desgraciados y esa piedad natural que es la base de las virtudes sociales. Por ello, las cualidades femeninas, sin tener el mismo brillo que los talentos superiores que se admiran en el hombre, cuyo mas sensible y frecuente efecto es inspirarle un orgullo salvaje y triste, tienen mejor uso en la sociedad. Todos convienen en que la *mujer* tiene una moral mas activa y en que la de los hombres es mas de especulacion. Las primeras hacen con frecuencia el bien que los últimos solo proyectan. Estos se ocupan de los males posibles ó que se hallan esparcidos sobre la superficie del globo, mientras que las otras consuelan los infortunios reales que las rodean. Si las virtudes de las mujeres son menos brillantes que las de los hombres, son acaso de mas inmediata y continua utilidad.

Lo mismo puede decirse de sus talentos. Los del hombre son los mas propios para darle una idea elevada de su especie, y los de la *mujer* mas bien contribuyen á la felicidad que lisonjean el orgullo. Se complace alguna vez recorrer con el primero las desiertas é inaccesibles regiones que habita el genio; la dificultad de sostener mucho tiempo un es-

tado poco á propósito para nuestra debilidad, nos hace volver con mas gusto á nuestra esfera natural, que embellece la *mujer* con cualidades que siempre ostenta, y hacen el encanto de todos los momentos.

Las pasiones en todos los seres animados corresponden á los medios naturales de satisfacerlas. Examínense todas las especies de animales, y se verá en ellas referirse constantemente lo moral ó lo físico, la cólera y la crueldad marchar siempre con la fuerza, y ser la timidez el patrimonio de la debilidad. ¿De qué serviría á la *mujer* una audacia que su impotencia desmentiría á cada instante? La temeridad sienta mal á quien tiene fuerza apenas necesaria para defenderse. Las pasiones dulces son mas familiares á la *mujer* porque son mas análogas á su constitucion física. El enternecimiento, la compasion, la benevolencia y el amor son los sentimientos que experimenta y excita frecuentemente, y cada uno comprende que una boca formada para sonreir, unos brazos mas lindos que terribles y un sonido de voz que no lleva al alma sino deliciosas impresiones, no se han hecho para aliarse con las pasiones rencorosas y violentas.

La dulzura es por lo general tan propia de las mujeres, que esta disposicion moral se halla tambien en las personas del otro sexo cuyos rasgos y conformacion exterior se aproximan mas á los del femenino. Se nota que los hombres de una constitucion débil y delicada tienen una gran parte de los gustos y del carácter de aquellas...

En lo que decimos aquí de las cualidades morales de la *mujer*, nos referimos á lo que parece derivarse inmediatamente de su organizacion material; porque no es dudoso que la educacion, las costumbres sociales y una infinidad de circunstancias, puedan alterar de mil maneras, y aun borrar casi el carácter primitivo que la naturaleza le ha dado. No es tampoco menos cierto que generalmente es y debe ser dulce y tímida: esto es lo natural.

Estas cualidades no las eximen, sin embargo, de los movimientos coléricos, que les son directamente opuestos, y que algunas veces sienten con bastante viveza, porque provienen de su sensibilidad física y de ese orgullo que los homenajes y continuas atenciones de los hombres deben alimentar necesariamente en ellas. Pero es fácil percibir por el visible contraste que forman los impetuosos ar-

ranques de esta pasión con la ordinaria debilidad de su sexo, con cuánta desventaja salen de su estado natural. Sus facciones, mas móviles que las de los hombres, se descomponen mas facilmente, y la alteracion que resulta en su fisonomía, haciéndolas deformes, no llega á imprimirles mas terrible continente. La misma debilidad, que hace que sea poco temible su cólera para las demás, es la causa que sea menos peligrosa para ellas mismas. Se ha observado que produce consecuencias mas funestas en los hombres que en las mujeres, y que en los primeros ha determinado frecuentemente los excesos de las enfermedades crónicas, producido ictericias é infartacion de las vísceras. Aun cuando no estén aquellas del todo exentas de estos accidentes, la flexibilidad de sus órganos parece que las pone mas á cubierto.

Ningun estado del alma cuadra mejor con esta flexibilidad de órganos que el capricho, que consiste en el paso brusco de un sentimiento á otro enteramente opuesto. Como la sensibilidad es una consecuencia natural de tal organizacion, entrega á las mujeres á las impresiones de mayor número de objetos, y debe producir necesariamente en su espíritu una multitud de determinaciones, que se destruyen á cada instante una por otra. Cuando no es repugnante por su exceso, quizá añade el capricho cierto estímulo á las restantes cualidades, que constituyen el mérito esencial del sexo, produciendo al menos una variedad de ideas que siempre agrada. Dice la Bruyère, *que el capricho se arrima tanto á la hermosura para ser su contra-veneno*. Acaso es el capricho el arma de que se sirven las mujeres para desconcertar algunas veces las presuntuosas esperanzas y el aire petulante del hombre, que en la ley del ataque y de la defensa, establecida por la naturaleza entre los dos sexos, era el medio mas seguro de fortalecer al mas débil, entreteniendo en el mas fuerte una ilusion que habria destruido enteramente una voluntad demasiado decidida de parte del primero. Era necesario reprimir los deseos para que fuesen mas vivos, pues se extinguirían si se les opusiese una resistencia cuyo fin no era posible prever. Merced al capricho, que no es otra cosa que una determinacion momentánea, no se aleja el objeto sino para ser mejor obtenido....

....La naturaleza, que parece no previó nues-

tros contratos civiles, se contentó haciendo á las mujeres amables y ligeras, porque esto bastaba á sus miras. El mismo interés que ha querido que hubiese una asociacion constante entre los dos sexos, ha exigido de ellos sentimientos mas estables que los que la naturaleza les habia dado. Sea como quiera, sobre esta base vacilante reposa todo el edificio de la sociedad, y no es dudoso que debe tenerseles en cuenta la virtud y la destreza con que la sostienen....

Se ha hecho comprender que la razon no es extraña á las mujeres, y debemos añadir que hasta sus primitivos afectos parece que concurren á facilitarles el ejercicio de los deberes que prescribe, porque de un lado el carácter sensible de que las ha dotado la naturaleza las impele al bien sin esfuerzo, y de otro la violencia y la reserva á que la misma las condena deben disponerlas á los penosos combates de la virtud. Mil hechos demuestran que no son incapaces de las acciones que exigen gran fuerza de alma, y el entusiasmo del honor las ha impulsado algunas veces á lo que frecuentemente no es en los hombres sino el efecto de un movimiento material. Tal sentimiento, á propósito para elevar el alma y darle una energía independiente del vigor del cuerpo, se armoniza perfectamente con su viva imaginacion y con su extrema sensibilidad. Nadie ignora que ha habido pueblos en donde eran las mujeres como los jueces naturales de todo lo que se referia al honor, y en los que tanto imponia el temor de su desprecio, que se le consideraba la mas formidable censura.

La mayor parte de las naciones antiguas creian que las mujeres tenían con la Divinidad una relacion mas íntima que los hombres, siendo ellas con mucha frecuencia intérpretes de sus decretos. Confesemos, no obstante, que la opinion que introdujo el uso de encomendar los oráculos á las mujeres, como entre los griegos, judíos, germanos y otros pueblos, podia provenir mas que del respeto hácia ese sexo, de las falsas conjeturas de la ignorancia, porque el carácter del hombre le hace sustituir siempre errores á las verdades que ignora. Entre los pueblos que creian que la Divinidad se dignaba comunicarse alguna vez á los humanos, era natural atribuir ciertos signos sensibles á la presencia del dios que debia hablar, y que debieron manifestarse en el estado de la persona inspirada. Se cre-

yó que encerrada la Divinidad en un cuerpo humano, tenia que producir extraordinarios movimientos é imprimirle una especie de violencia. En el momento que el sacerdote ó la sacerdotisa que debía servirle de órgano experimentaba sus primeras impresiones, la agitacion y el desórden se apoderaban de los sentidos subyugados por un poder irresistible: convulsivos movimientos, extraviadas miradas y entrecortadas palabras anunciaban que la Divinidad iba á explicarse por la boca de un mortal. Sorprendia la conformidad de sus facciones con los síntomas característicos de las enfermedades convulsivas. Y como el pueblo ignoraba la causa, así como la naturaleza de estos accidentes, supuso en ellos algo sobrenatural. A la epilepsia, que tiene el carácter eminentemente convulsivo, le llamó *enfermedad sagrada*. Hipócrates, filósofo apreciador de las opiniones vulgares, sirviéndose, sin embargo, de la denominacion comun, dice que esta enfermedad no tiene, como no tienen las demás, nada que sea sagrado, añadiendo en el mismo pasaje, que es mas propia de las personas de constitucion pituitosa. Uno de los puntos de su doctrina acerca de la constitucion de la *mujer*, es que dominan en ella los humores húmedos, como ya hemos dicho; y como uno de los efectos de esta disposicion es cierta tendencia á las afecciones espasmódicas, las mujeres han debido representar con frecuencia la imágen de las personas agitadas por el aliento divino, pareciendo para ello mas á propósito que los hombres para el papel de sibilas ó adivinas. La mayor parte de los panegiristas de las mujeres han abusado de este hecho histórico, que habrian mirado como indiferente á su objeto si hubiesen tenido mas ilustracion é imparcialidad.

La debilidad, y la sensibilidad que es su consecuencia, son las cualidades dominantes y distintivas de las mujeres, y en todo se le advierten, siendo no solo el origen de ciertas afecciones morbosas que les son particulares, sino dando á las que les son comunes con el hombre cierto aspecto que las diferencia. En cuanto á la moral, todo toma en ellas la fuerza del sentimiento, juzgando siempre por esta regla las cosas y las personas. Sus opiniones dependen menos del trabajo de su espíritu, que de la impresion que hicieron en ellas quienes se las sugirieron; y cuando ceden, no se debe tanto á los victoriosos ataques del razonamiento como á

una nueva impresion, destructora de la primera. Semejante organizacion era necesaria sin duda al sexo á quien debía confiar la naturaleza el depósito de la especie humana, débil aun é impotente, y por tanto habria perecido mil veces si hubiera estado reducida á los tardíos é inciertos socorros de la razon fria. Pero el sentimiento, tan rápido como el rayo, tan vivo y puro como el fuego de donde emana, arroja á una *mujer* á través de las llamas, hace que se lance en medio de las olas para salvar á su hijo, y mas todavía, la conduce á llenar las mas repugnantes y penosas funciones con una paciencia que no se admira bastante, y hasta con una especie de satisfaccion. ¿Seria cierto, como se ha dicho, que ese precioso instinto, por el que la naturaleza ha cuidado de unir á los hombres, se altere y debilite á medida que la razon se perfecciona? Tal es, en fin, el poder del sentimiento, tan enérgico en las mujeres, que tan débil como es en el hombre, es todavía el mas firme fundamento de la sociedad; porque las leyes no fueron nunca sino un lazo precario que los sofismas ó artificios del interés particular eluden casi siempre.... (Roussel.)

La *mujer* es un ser que unido al hombre, forma un todo completo capaz de reproducirse; es el sagrado depósito donde el hombre, principio generador, depona una nueva existencia, y en tal concepto que es el único verdadero, el hombre debe á la *mujer* defensa, subsistencia y ternura: la *mujer* de su parte, debe adhesion, sumision y dulzura para conciliarse mas y mas á su protector. La *mujer* es delicada, débil y tiene gracias encantadoras: hasta el sonido de su voz es interesante, y la situacion en que naturalmente debe hallarse cuando está unida á su marido, aumenta todavía su debilidad y la necesidad que tiene de socorros. He aquí los derechos mas seguros que le ha dadola naturaleza sobre el corazón del hombre, su jefe y señor. Es el patrimonio del hombre, pero frecuentemente mas querido y precioso que su propia existencia. El marido mas cobarde, el que recibe temblando las mas humillantes degradaciones, se inflama así que ve ultrajar á su esposa, y se convierte en un leon furioso, que se precipita, derriba y desgarras. (Retif de la Bretonne.)

Cuando formó la naturaleza á la *mujer*, quiso reunir en ella todo cuanto podia contribuir á nuestra ventura: le dió la hermosura porque nosotros tene-

mos la fuerza; y para disminuir el peso de su vida y servirla, debemos hacernos amar de ella. Le ha dado las gracias de la imaginación, porque teníamos de antemano el juicio y la memoria, que debían servirnos para sentir la dulzura de sus discursos y conservar sus recuerdos.

Del lenguaje de las mujeres es de donde las canciones amorosas, que son la única poesía de los pueblos felices y sencillos, toman sus acentos y sus encantos.

Han recibido de la naturaleza el arte de persuadirnos, porque nuestra razón debía convencerlas; y sin duda debemos los atractivos de la elocuencia á los esfuerzos de un amante, que habiendo escuchado bien á su amada y queriendo persuadirla á su vez, unió á su razón el dulce encadenamiento de las palabras que lo habían seducido.

Por ellas y uniendo nuestra aplicación á su habilidad, inventamos todas las artes, que perfeccionamos procurando agrafarlas.

REGENERACION DE LA MUJER

Evangelio quiere decir *buena nueva* anunciada á la *mujer* por un ángel. La nueva que le anunciaba el ángel era su emancipación por la inteligencia y el amor.

El misterio evangélico principia, pues, por una imagen graciosa:

Un hermoso y modesto joven, alado como el Amor de la fábula, pero revestido de la blanca túnica de la pureza, se inclina ante una joven doncella, que se hallaba orando, y la dice:

"Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo...."

"No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

"He aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús."

Entonces la joven, tranquila y con la vista inclinada, respondió:

"He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra (1)."

La joven doncella no permanecerá ya estéril y despreciada, y la *mujer* no será tampoco la esclava del hombre.

Porque todo hijo obedece á su madre, y la mu-

jer es madre de Dios. Por eso os digo, en verdad, que la *mujer* es la reina del mundo.

¿No habeis visto entre los símbolos cristianos gloriosa, coronada y sentada al lado de su hijo, á la madre de Salomón?

¿Y Jesús el nuevo Salomón, no se halla representado también colocando una diadema en la frente de su madre?

¿No comprendéis lo que significa el dulcísimo culto de María?...

Durante los primeros siglos del mundo sufría y lloraba Eva, porque había concebido del pecado un fruto que debía ser la salvación de las naciones.

El nacimiento de Cristo emancipó á la *mujer*; pero esclava todavía de un amor sacrificado, debió llorar amargamente aun, viendo morir á su Hijo sobre la cruz.

Ahora que ha resucitado Cristo, también ella debe alzarse al cielo en una ascensión gloriosa; y cuando descienda el Espíritu al cenáculo, vendrá á colocarse sobre la cabeza de María la primera lengua de fuego.

La misma posición ocupa la *mujer* en el mundo que en el serrallo de los príncipes de Oriente: no afianza la categoría de esposa hasta haber sido madre.

María, puesto que con tan hermoso nombre nos presentan á la *mujer* los misterios cristianos, María ha llegado á ser la esposa del Espíritu Santo al concebir un Dios en forma de hombre.

Y cuando uniéndonos también á la inteligencia y al amor, haya concebido la *mujer* un pueblo hecho Dios, no será ya la esclava del hombre, porque será su esposa.

¡Entonces, oh débiles y omnipotentes reinas de nuestros corazones, bellas y temibles criaturas, entonces solamente sereis amadas!

Porque ahora sois esclavas, en razón á que tampoco hasta ahora se os ha amado sino con un apetito impuro.

Pero cuando una llama desprendida de vuestro corazón y un rayo caído de vuestros ojos hayan herido á vuestro tirano, se arrojará á vuestros pies, dejareis en su frente vuestros besos, vuestro perdón y vuestras lágrimas, y la humanidad habrá recibido un bautismo nuevo, el dulce bautismo del amor.

La nueva Eva abrirá sus brazos á su hijo rege-

(1) San Lucas, cap. I, vers. 28 y sig.

nerado, y el hombre aprenderá y gustará la vida en el mismo seno de donde la ha recibido. (El abate Constant.)

EMANCIPACION INTELECTUAL

DE LA MUJER.

Leí hace algun tiempo, en una obra de fisiología, que el cerebro de las mujeres era una tercera parte mas pequeño que el nuestro; y como semejante desproporcion es mucho mayor que la que por punto general hay entre la estatura de ambos sexos, juzgad qué inducciones pudieran sacarse en favor de nuestra superioridad, y hasta de nuestra tiranía. He aquí bastante para concertar á todos los Spartacos (1) femeninos que pudieran meditar una rebelion, y á los apóstoles de Saint Simon que los llaman á una emancipacion general. Y sin embargo, ¿cómo sucede que á pesar de su inferioridad intelectual fisiológicamente demostrada, saben conquistar las mujeres una buena parte del imperio, sin hacer ruido ni recurrir á las armas, indemnizándose por el hecho de un derecho que afectan no disputar? Aquella esclavitud devota, mística y feudal á la vez, que supieron imponer á nuestros antepasados, hace suponer que entonces, al menos, eran muy superiores en entendimiento á los hombres cubiertos de hierro.

Y ahora que vemos extenderse la nueva civilización que ellas fundaron, en cierto modo, juntamente con los apóstoles de la Iglesia y con algunos hombres de genio á quienes inspiraron; ahora que nuestro espíritu positivo y nuestras costumbres semi-republicanas las dejan reinar menos en virtud del código de la galantería; ahora que el amor se debilita y resiente del ocaso de la fe, ¿no las vemos avanzar con rápidos pasos por todas las carreras abiertas al talento, no obstante las barreras que aun les oponen conveniencias frecuentemente tiránicas y celosas preocupaciones?

Para juzgar sus progresos, observemos si es to-

(1) Célebre gladiador de Tracia, vendido como esclavo á los romanos, que logró fugarse y organizar una insurreccion tremenda, reuniendo un ejército de diez mil hombres, esclavos casi todos, con el cual asoló la Campania. Fué por último vencido y muerto, después de haber consternado por un momento á Roma.

(N. d. l. T.)

do igual en la rivalidad literaria que tímidamente sostienen con nosotros. Muchas veces las importuna la gloria aun cuando no las distraiga de sus deberes; compromete su felicidad, y añade poco al efecto de sus encantos, si no es ya que la disminuye á los ojos celosos de la medianía. Parece que no se les permite mas que una gloria de reflejo, como la que reciben de sus hijos, esposos ó padres, porque no pueden gozar la de sus amantes sino en el secreto de su corazon.

Al menos hasta ahora las mujeres que se ilustran en la literatura, son mal secundadas por un sexo al que proporcionan nuevos títulos de honor. Su censura, y con frecuencia la nuestra, vigilan é interpretan malignamente su conducta. Si usan de represalias, es como si se arrojaran sin escudo bajo una lluvia de flechas. Si son verídicas en la expresion de sus sentimientos, se las acusa de hacer traicion á su sexo. Si muestran timidez, á la reconvencion de frialdad se añade la de hipocresía. Si se abandonan basta la energía y emplean un estilo ardiente, las mujeres afectan entonces un rubor oficial. La novela *La Delfina* puede parecer algo fria cerca de la *Nueva Eloisa*, y cuando apareció, mujeres apasionadísimas de Saint-Preux casi se escandalizaron, y aun hubo periodistas que fingieron ruborizarse.

Sé muy bien que tan extremado rigor se ha dulcificado ya. Madama de Stael por la elevacion de su genio, madama Cottin por un bellissimo talento que inspiraba la mas verdadera sensibilidad y al que acompañó siempre la mas interesante modestia, y madama de Souza por las exquisitas gracias de su estilo, de su trato y de su persona, han adquirido mas libertad literaria para su sexo. Añadid á madamas Tastu y Valmore, y sobre todas á madama de Girardin, que une el talento poético á toda la imaginacion que brilla en las conversaciones y en los escritos de su señora madre. Pero otra mujer ha extendido mas lejos, y algunas veces demasiado, los límites de la libertad conquistada por sus predecesoras. J. J. Rousseau cautivaba á las mujeres hablando mal de ellas. Jorge Sand (ya que es preciso llamar por este nombre á esa aventurera amazona) ha hablado malísimamente de los hombres, y nuestro sexo se ha guardado de mostrarse mas susceptible é irritado que el otro.

Citando desde luego estos nombres, hubiera podido evitarme la larga digresion emprendida en honor del cerebro de las mujeres. Es verdad que el de madama de Stael ha sido muy honrado por la anatomía, y que su diseccion ha causado casi entusiasmo. Henos, pues, bien y debidamente autorizados para admirar su genio, porque ahora no podrá ser este reconocido definitivamente sino después de la diseccion. Creo acordarme, sin embargo, de que el cerebro de la ilustre escritora, tan admirable y todo como era, pesaba una libra y tres onzas menos que el de un hombre ordinario. (Lacretelle.)

LA MUJER VERDADERAMENTE HIJA

DE DIOS.

La dulzura reside en los labios de la *mujer* como la miel en los pétalos de una flor.

Su aliento es un perfume que refresca las almas y su beso una corona para la inocencia, un perdon para el arrepentimiento.

¡Oh mujeres, hermanas mías, ángeles hermosos cuanto queridos! respetad vuestros labios y no los abraís para la mentira; no los profaneis con risas impuras; no los mancheis con el veneno de la calumnia.

En tanto que seáis esclavas y que paseis abrumadas por un mundo que no os hace justicia, que vuestros suspiros suban hácia el cielo emanados de vuestros labios, no empañados todavía, y que vuestras palabras descendan sobre la tierra como un rocío de amor para ablandar los corazones de los que os persiguen.

Y se comprenderá al cabo que se ha crucificado á Dios por segunda vez en vosotras, y se doblarán las rodillas ante vosotras, con los ojos humedecidos por las lágrimas, y bajo la impresion del beso de vuestros labios, exclamará el hombre convertido: "*La mujer* era verdaderamente hija de Dios!" (El abate Constant.)

LA MUJER ES DOS VECES NUESTRA

MADRE.

Me dirigiré á las almas adolescentes, é interrogaré á los que aman por primera vez.

Cuando la mirada de una *mujer* ha iluminado su vida con un esplendor aun desconocido; cuando un secreto y omnipotente encanto dilata y hace palpar su corazon; cuando Dios se ha revelado á ellos en una sonrisa; cuando han columbrado el cielo en el éxtasis del primer beso de amor; cuando la amada que se les apareciera ha permanecido ante su recuerdo como una vision siempre radiante, y cuando se preguntan temblando si tanta hermosura es una ilusion que va á desaparecer; cuando al pensamiento de su amada se empapan sus párpados de lágrimas y cuando se dicen suspirando: ¡Oh! quisiera morir por ella! yo les preguntaré:

—¿Qué es la *mujer*? ¿Creeis que sea el juguete de un instante que podemos tirar y romper?

¿Creeis que sea una forma sin pensamiento y sin amor, hecha para entretener nuestras miradas?

Y me responderán los amantes y las almas adolescentes que aman por primera vez; me dirán:

"La *mujer* es el mismo Dios, revelado en toda su gracia, risueño en toda su belleza, y hablando á nuestros corazones con todo su amor.

"Es la palabra de consuelo y de porvenir, visible para nosotros, á fin de que tengamos el valor de vivir.

"Es cierta cosa misteriosa situada entre el cielo y la tierra, para que la tierra no maldiga al cielo; y solo su forma suave y dulce ha hecho soñar á los hombres infortunados, buenos genios y ángeles consoladores.

"Un solo instante de su amor es el vínculo de una vida prolongada, pues por sus labios pasa el aliento de Dios."

Esto dirá quien ame, y yo os digo de veras, que quien ama no se engaña en las intenciones de su corazon.

Porque el amor eleva el alma humana mas allá de su esfera terrestre y la pone en comunicacion con un mundo superior.

Atended ahora, vosotros todos los que despreciais y oprimís á la *mujer*:—¡Vosotros no la amais!

Y como Dios no os ha dado otra cosa que amar, os hallais sin amor y sin vida; vegetais en el odio como plantas envenenadas.

Solo el amor puede dar al pensamiento huma-

no su sancion, siendo el corazon la piedra de toque de las ideas. No habéis, pues, hombre sin corazon, pues no amais.

Pero nosotros que amamos y vivimos, bendecimos á Dios y felicitamos á la *mujer* que nos ha dado la vida, porque ella es dos veces nuestra madre, puesto que al darnos el amor nos da una segunda vida, pero una vida divina.

Ella nos salva hiriéndonos, y nos cura de la languidez de la muerte haciéndonos sufrir los dulces tormentos del amor.

¡Tú has herido mi corazon, oh hermana mia, mi prometida! tú has herido mi corazon; desde entonces aspiro á tí como el siervo que lleva una flecha en su costado ansia el agua de una fuente. Sufro y te bendigo por mis dolores; lloro y veo el cielo á través de mis lágrimas.

¡Oh! ¿Es posible no amarte? ¿Cómo se puede vivir sin pensar en tí? ¿Cómo hay quien atormentamente tu corazon y procure hacerte desventurada? (El abate Constant.)

DEJAR A TODO EL MUNDO CONTENTO.

SISTEMA DE ALGUNAS MUJERES.

Se observa generalmente que las mujeres corren lo que el exceso de las pasiones pudiera hacer duro en el trato de los hombres, y que su delicado tacto dulcifica, por decirlo así, y facilita las relaciones sociales. Su política es una consecuencia de su carácter, y depende de su genio, de su finura y hasta de su interés. Para las mas virtuosas es la sociedad un lugar de conquistas.

Pocos hombres se han propuesto como sistema dejar á todo el mundo contento, y tanto peor para aquellos que lo sigan; pero muchas mujeres lo han proyectado y algunas lo han conseguido. Quanto mas se extiende su sociedad, mas se perfecciona este género de mérito, porque hay entonces mas intereses pequeños que conciliar y mas caracteres que reunir. Una máquina que se complica, exige mas superioridad para ajustar sus movimientos.

Pero asimismo esta política tan fina debe conducir algunas veces á la falsedad, por la razon de que se usa la expresion del sentimiento en vez del sentimiento mismo. De aquí la reconvenccion tan repetida contra las mujeres. Menester es conve-

nir en que su naturaleza las inclina á todos los géneros de disimulo. Que si la fuerza despliega todos sus movimientos con entera libertad, la debilidad y el arte deben observar y medir los suyos.

De esta suerte, las mujeres mas tímidas aprenden á ocultar los sentimientos que tienen y concluyen manifestando los que no tienen.

Puede ser el hombre franco sin virtud, porque frecuentemente lo es sin esfuerzo, y quizá obligado por una alma impetuosa y libre; pero la sinceridad en las mujeres, si es real, es un gran mérito.

Alguna vez, y por sistema, aparenta franqueza el hombre falso. Muy raramente usan las mujeres tal género de hipocresía, y si lo tienen por casualidad, concediendo su franqueza como una muestra de confianza y con el objeto de agradar mas, hacen con ello un sacrificio á la amistad.

Por tanto, el hombre es franco por orgullo, y la *mujer* por habilidad. El uno puede decir la verdad sin mas fin que decirla, al paso que en la boca de la otra la misma verdad lleva siempre una intencion.

La falsedad en el hombre es casi siempre interesada y egoista, mientras que la de la *mujer* casi siempre se propone complacer. De las dos falsedades, la una os quita la ilusion, la otra os seduce.

En fin, la lisonja es igualmente propia de ambos sexos; pero la del hombre es repugnante bastantes veces. La de la *mujer* es mas ligera, parece de sentimientos, y aun cuando sea exagerada, es divertida y nunca vil, salvándola del desprecio el motivo que la produce y la gracia que la acompaña. (Thomas)

ASI SON LAS MUJERES: ¿NO PUDIERAN

SER DE OTRO MODO?

El filósofo toma á las mujeres en el punto en que se hallan. Queremos creer que funda su sistema en hechos ciertos, pero que no procura modificar un solo instante. Así son afirma y principia sus preparativos de defensa, de ataque ó de tiranía. Pero si son así, ¿no pudieran ser de otro modo? Esto es lo que nunca se pregunta.

No se inquieta él por saber si ese corazon vanidoso, sagaz, vehemente, podria recibir una regla

que lo dulcificase, lo elevase y lo hiciese humilde. No interroga esa alma, cuya existencia no se presenta á su observacion sino por la debilidad de los conceptos, la incoherencia de las ideas y la temeridad de las preocupaciones, para descubrir en ella algun gérmen de esas facultades de buen sentido, de razonamiento y de fuerza interior que él siente vivir y obrar en sí. Ni estudia su genio fantástico, con lo que pudiera comprender si era la *mujer* susceptible tambien de mejorar; ni se pregunta si la posicion que le asigna y la que ocupa en la vida es la que Dios le asignó; ni si corresponde su mision á las necesidades morales del hombre; como tampoco si aprovecha todas las facultades de la *mujer*, si hay armonía entre el espíritu del Evangelio y el orden de cosas existente; ni por último, si hay para los seres sometidos á este orden, no ya una felicidad ideal que la tierra no permite, sino esa deliciosa serenidad que atrae la obediencia á ley divina. No examina si el hombre aislado en su superioridad pierde algo de su valor personal y otro tanto de su dicha; si en tal estado es menos completo y menos fuerte, ni si él mismo ha perfeccionado ó deteriorado la obra de Dios, dividiendo lo que este habia unido estrechamente. (Madama de Gasparin.)

Cuando los hombres han estudiado á las mujeres, las han juzgado incapaces de responder á las exigencias de íntimas relaciones espirituales.

Cuando las mujeres se han examinado á sí mismas, se han encontrado abundantemente dotadas para comprender que su individualidad no es un todo completo. No han querido considerarse como esa segunda mitad del hombre, sin la que este no podría ser perfecto, conociendo que tambien ellas serán defectuosas interin permanezcan aisladas..... (Id.)

LAS MUJERES SE HALLAN ALEJADAS

DE CUANTO PUEDE ILUSTRARLAS Y EDUCAR SU

ALMA.

Lo que ha colocado á las mujeres en una posicion excepcional, es la esclavitud y esa especie de envilecimiento á que las sometemos; los grillos que ponemos á su espíritu y á su alma; la jerga despreciable y humillante para ellas y para nosotros á que hemos reducido nuestro trato con ellas, como

si no tuviesen una razon que cultivar ó no fuesen dignas de ello; la educacion, en fin, funesta y casi homicida, pudiera decir, que les prescribimos, sin permitirles otra; educacion que únicamente las enseña á disimular sin cesar, á no tener un sentimiento que no ahoguen, una opinion que no oculten ni un pensamiento que no disfracen. Tratamos á la naturaleza respecto á ella como la tratamos en nuestros jardines: procuramos adornarla ahogándola. Si la mayor parte de las naciones ha obrado como nosotros, es porque en todas partes han sido los hombres los mas fuertes y porque en todas partes el mas fuerte es el opresor y el tirano del mas débil. No sé si me engaño; pero me parece que teniendo alejadas á las mujeres de cuanto puede ilustrarlas y educar su alma, mortificamos su vanidad y lisonjamos su amor propio. Pudiera decirse que comprendemos sus ventajas y que deseamos impedir que las aprovechen. No podemos ocultarnos que en las obras de gusto y de adorno obtendrian mejores éxitos que nosotros.

Por lo que hace á las obras de genio y de sagacidad, mil ejemplos nos prueban que la debilidad corporal no es obstáculo para los hombres. ¿Por qué no habia de poner al alcance de las mujeres los mismos resultados una educacion mas sólida y varonil? Descartes las juzgaba mas á propósito que nosotros para la filosofía, y una princesa desgraciada (1) fué su mas ilustre discípulo.

Ordinariamente se considera á las mujeres como muy sensibles y muy débiles, y yo las creo, por el contrario, menos sensibles y menos débiles que nosotros. Sin fuerzas corporales, sin talentos ni estudios que pueden distraerlas de sus penas y hacérselas olvidar algunos momentos, las soportan sin embargo, las devoran, y saben ocultarlas algunas veces mejor que nosotros. Tal firmeza supone, ó un alma poco susceptible de impresiones profundas, ó un valor de que no tenemos idea. ¿Cuántas situaciones crueles hay á las que no resiste el hombre sino por el torbellino de ocupaciones que lo arrebatan? ¿Pero serian menos penetrantes y menos vivos que los nuestros los pesares de las mujeres? No deberian serlo. Sus penas provienen ordinariamente del corazon; las nuestras no tienen por lo comun otro principio que la vanidad y la ambi-

(1) Cristina, reina de Suecia. (N. del T.)

cion; pero esos sentimientos extraños que la educación ha llevado á nuestra alma, que el hábito ha grabado en ella y que el ejemplo fortifica, llegan á ser, para vergüenza de la humanidad, mas poderosos para nosotros que los sentimientos naturales, y el dolor hace morir mas ministros derribados que amantes infelices.

No alabaré á las mujeres sosteniendo que les es natural el pudor, pues seria pretender que la naturaleza no les ha dado ni necesidades ni pasiones: la reflexion puede reprimir los deseos; pero el primer movimiento (que es de la naturaleza) impele siempre á satisfacerlos. (D'Alembert.)

ABNEGACION SIN LIMITE DE LA MUJER.

Cuando se quiere absorver lo moral en lo físico, me parece que es poco avisado citar á las mujeres como ejemplo: ¿quién soporta mejor que el sexo débil, los dolores agudos, punzantes y prolongados, además de aquellos que exclusivamente les ha dado la naturaleza en patrimonio? Comparad las fuerzas físicas de la *mujer* con las que les da el sentimiento cerca del lecho de dolor de sus hijos, de sus padres, de su esposo y de su hermano. ¿Qué hacen entonces de la exquisita delicadeza y de la susceptibilidad inquieta de sus sentidos? ¿Qué es de su irritabilidad nerviosa en presencia de aquellos tormentos que consuelan experimentándolos de rechazo en todo su ser? ¿Qué encanto en su consoladora voz! ¿Qué oportunidad y qué fertilidad en las distracciones que imaginan, en las esperanzas que sugieren ó hacen nacer, aun no participando de ellas! ¿Cuán angelicalmente engañosa es entonces su sonrisa! En tales circunstancias olvida cuidar su salud y hasta su belleza. ¿Hay una serie de noches, por larga que sea, que no las halle fieles en su puesto, que es el del dolor? ¿El vivac de la gloria no ofrece tantos tormentos como esas veladas de la ternura alarmada. Hasta en el sueño escuchan al querido enfermo: una palabra, un suspiro ó el aliento los advierte y vuelve á encontrarlas vigilantes en su ardiente solicitud. ¿Hay una impaciencia que no toleren con la serenidad en la frente y el amor en el corazón? ¿Hay un cuidado que les repugne ni una herida que no curen? Reciben del cielo la misión y el socorro. ¡Pues bien,

hay además mujeres jóvenes que se consagran por toda su vida semejantes cuidados en favor de hombres desconocidos, abrumados de males asquerosos, de una pobreza hereditaria, y con frecuencia de males mas repugnantes aun por ser resultados del vicio! (Lacretelle.)

LAS MUJERES TIENEN NECESIDAD DE

APOYO.

Semejantes á la vid, no podrian las mujeres mantenerse en pié ni subsistir por sí mismas. Tienen necesidad de un apoyo mayor para su alma que para su cuerpo, y á menudo lo arrastran y lo precipitan. Hay una galantería espiritual como tambien otra sensual; y si no se tiene precaucion, viene á prevalecer esta última en el trato con las mujeres. Al mismo tiempo que este trato aumenta la influencia de la pasión, domina á la de la razón; es decir, á aquella que se funda en el aprecio de la virtud de las personas que están á nuestro cargo. Las mujeres conocen sus defectos, comprenden sus susceptibilidades, satisfacciones é impaciencias, y su apremiante pasión las hace pasar por encima de todo sin pesar, ni quitándoles el sentimiento; pero si esta cesa, aquellos que estaban como cubiertos á su vista, se presentan en tropel y causan bastantes veces grandes estragos. (Nicole.)

ESCLAVA, MAQUINA, JOYA, DIVINIDAD.

La *mujer* es el ser mas indefinible del universo. Recorred todas las naciones que habitan el globo, y no encontrareis dos que tengan las mismas ideas. En Africa es la *mujer* una esclava destinada al yugo del amo. En las Indias es una máquina bastante picaresca, animada únicamente para los placeres de un mago. En Turquía es una joya lindísima, fácil de perder, y que por esta razón es preciso tener encerrada cuidadosamente, pudiendo traficar con ella además. En España ha sido considerada la *mujer* como una especie de enemigo peligroso á causa de sus atractivos, y que convenia guardar con esmero algunas veces; en Moscovia, una compañera infortunada, á quien golpean de tiempo en tiempo; en Inglaterra, una igual sumisa, á quien se estima y ama; en Polonia, una señora

que manda; en Francia, una divinidad á quien se adora. (Madama de Lambert.)

DE LA INCLINACION DE LAS MUJERES

EN FAVOR DE LOS HOMBRERES VALIENTES.

Aun cuando no sea el valor la virtud de las mujeres, es cierto, sin embargo, que la quieren, y que bastantes veces son injustas respecto á otras buenas cualidades, dando la preferencia, sobre aquellos que son muy virtuosos, á otros que no tienen en su favor otra cosa que su bravura. Las mujeres que no son valientes, aman á los que lo son; y sea que su natural debilidad les haga considerar el valor de los hombres como un apoyo necesario, sea que su vanidad se halle mas lisonjeada venciendo á los vencedores, ó bien que el brillo de la virtud heroica obligue á todo el mundo á admirarla, siempre es un hecho que las mujeres aman á los bravos y que los cobardes no les agradan. (Señorita de Scudéry.)

En todas las naciones, y particularmente en Francia, se engaña el hombre que crea agradar á las mujeres por su hermosa figura, por sus maneras y por su esmerada compostura. La misma naturaleza inclina á las mujeres á gustar preferentemente del hombre cuya figura, compostura y continente le anuncien como guerrero y defensor de la patria. Bayle atribuye esta predilección al violento amor que sienten hacia la gloria, y yo no aventuro nada atribuyéndole tambien al sentimiento interior de su amor hacia el bien y la gloria patria. (Madama de Coigny.)

DE LA PARCIALIDAD DE LAS

MUJERES.

Con dificultad son las mujeres como la ley, que pronuncia sin pasiones de amor ni de odio. La justicia de aquellas procura levantar siempre una punta del yelo, para ver, antes de absolver ó condenar, á los que son objeto de sus fallos. Abrid si no la historia, y de seguro os las presentará dominadas alternativamente, ó por una compasión intempestiva, ó por los mas temibles arrebatos de la venganza. No es propiedad de la *mujer*, no, esa fuerza tranquila que sabe reprimir cualquier movimiento desordenado de las pasiones, y antes por el contra-

rio, constituye un verdadero tormento para ella cuanto revela ó exige la asistencia de la moderación.

Madama de Graffigny, cuyo talento nadie se atrevería á poner en duda, ha dicho, con bastante razón, que los franceses debieron escaparse de las manos de la naturaleza cuando no habian entrado aun en juego, para su formación, otros elementos que el aire y el fuego. Y aunque hubiera podido decir esto mismo con mas oportunidad de su sexo, no quiso sin duda vender el secreto de sus frágiles compañeras (Thomas.)

La *mujer* es un ser extremado en todas sus afeciones, y lo mismo en las demás cualidades de su naturaleza: es muy raro encontrar una que conserve ese temperamento frio y espectante de que la razón del hombre sabe sacar tanto partido para dar firmeza á sus juicios, pesándolos en la justa balanza de la equidad (Virey.)

MUJER VARIABLE.

Todos hemos podido conocer mujeres de distinguido talento que han profesado seria y dogmáticamente una doctrina religiosa ó filosófica, ó abrazado con delirio una causa política, por la exclusiva razón de que un teórico ó un jefe de partido, elegante hablador y amable convidado, tuvo la ocurrencia de ocuparse con admiración, en un exceso de galantería, de la linda mano ó diminuto pié de aquellas heroínas. Pero luego se convierte la admiración en el frio é indiferente olvido si el teórico ó el jefe de partido interrumpen sus amables elogios.... ¡Ah! la secta corre peligro de perder uno de sus apóstoles mas ardientes, y la causa política el mas resuelto y elocuente abogado. (Cérisse.)

SOLTERA Y CASADA.

El amante que después de imponerse el sagrado yugo matrimonial, siente decaer poco á poco la fogosa pasión que antes le inspirara la que ahora es su *mujer*, no es tan reprehensible, por semejante cambio, como á primera vista parece; porque bien mirado, la mayor parte de las mujeres, cuando alcanzan el título de esposas, alteran y confunden de tal modo las relaciones y deberes que pudieran identificarlas con sus maridos, que no nos es ya dado conocerlas sino por lo negligentes, respondonas,

impertinentes, coquetas en infinidad de cosas, y celosas sin fundamento, ó sin mas fundamento que su capricho. No es cosa, pues, que deba sorprendernos, si encontrándolas tan diversas de lo que eran antes del matrimonio, vemos que se operan modificaciones mas ó menos profundas en los afectos de sus esposos. (Señorita de Scudéry.)

FLORES DE LA HUMANIDAD, DIVINIDADES MORTALES.

Son las mujeres flores brillantes de la humanidad, criaturas angelicales, frágiles y delicadas, cuya debilidad implora nuestro apoyo y cuya ternura las eleva á merecer el mas puro y desinteresado amor. A la dulzura de su carácter debe la natural aspereza del nuestro las correcciones que mas eficazmente le preparan para corresponder á todas las exigencias de la sociabilidad; su bondad nos inspira la virtud, y su gracia, en fin, es uno de los profundos misterios de la naturaleza y el mas poderoso encanto de la vida. Como divinidades mortales, con sus mágicas miradas, con su fascinadora sonrisa y palabras de la mas dulce benevolencia, producen el efecto de un bálsamo saludable aplicado á las irritadas heridas del alma. (Julien.)

LA MARIPOSA Y LA JOVEN.

Tal como se ve en las verdes praderas de Cachemira á la reina de las mariposas del Oriente perseguida por el afanoso niño que jamás logra alcanzarla; que cada vez que la ve posarse sobre una flor cree llegado el feliz momento de cogerla, y que con el corazón abrumado de palpitaciones aproxima lentamente una mano temblorosa al insecto de azuladas alas, que frustra de nuevo las halagüeñas esperanzas del tierno cazador, dejándole abismado en su desconsuelo y en sus lágrimas.... Así, brillante de hermosura y voluble como la mariposa, se burla la belleza de los esfuerzos y aspiraciones del niño convertido ya en hombre. ¡La inexperiencia produce ya el primer impulso que nos precipita en esa apasionada persecución, mezclada de esperanzas y temores, y las lágrimas mas amargas vienen á ponerle fin! Pero si tiene la debilidad de dejarse sorprender, la misma desgracia formará el triste patrimonio del volador insecto y de la casta joven: una vida de dolor ó

de zozobra les aguarda, huyendo de ellos para siempre la paz y la felicidad que se dejaron arrebatar: aquel vendrá á parar en juguete del bullicioso niño, mientras que gemirá esta sin remedio bajo los despóticos caprichos del hombre. Este objeto encantador, buscado con tal afán en otro tiempo, pierde todo su valor una vez conseguido; la mano misma que le prodiga caricias marchita sus mas bellos colores, y desaparece todo su brillo para que jamás vuelva á iluminar la fresca hermosura de dias que pasaron. ¿Dónde hallarán ahora estas dos víctimas un asilo? Con las alas rasgadas de la una y todavía destilando sangre el corazón de la otra, ¿podrá saltar la mariposa, con caprichoso vuelo, de la rosa al tulipán? y ¿quién restituirá á la joven los inefables placeres de la inocencia? ¡Ah! Nunca otro insecto, sensible á los padecimientos que un individuo de su especie experimenta, vendrá á proteger con sus alas al que con las suyas rotas está próximo á espirar. La belleza puede ser también indulgente con todas las faltas, menos con aquellas que terminan por empeñarla; y si cualquier desgracia de otro género llega á enternecerla, siempre rechaza inexorable las lágrimas que la vergüenza hace derramar á alguna de sus hermanas, víctima de la seducción.... (Byron.)

UNA MUJER SEGUN BALZAC.

Es la *mujer* una variedad prodigiosa en el género humano, cuyos principales caracteres fisiológicos son los siguientes:

Es en primer lugar debida esta especialidad á los cuidados particulares que los hombres han puesto en cultivarla, á beneficio de la poderosa influencia del oro y del calor moral de la civilización.

Se la conoce generalmente por la blancura, delicadeza y suavidad de su cutis.

Una inclinación que no es posible separar de su naturaleza, la conduce irresistiblemente á la mas exquisita pulcritud.

Sus dedos no se acostumbran jamás á tocar aquellos objetos que no presentan una superficie dulce, suave y perfumada. A imitación del armiño, experimenta un desagrado profundo cuando su blanca piel ha sufrido la mas tenue mancha.

Ama con delirio sus cabellos, y nunca le parecen extemporáneos los auxilios del tocador para

alisarlos con un esmero incomparable y hacer que exhale un aroma embriagador: limá con minucioso cuidado sus rosadas uñas, hasta haberlas redondeado con una perfeccion verdaderamente artística, y baña con frecuencia sus delicados miembros en aguas perfumadas.

La postura horizontal es la que adopta con mas gusto, y la ostenta con toda la seducción de sus gracias, ora por la noche descansando blandamente sobre asiático almohadon, ora reclinada durante el dia en muelle divan de crin.

Su voz es de una dulzura penetrante, y llenos de gracia todos sus movimientos. Expresa sus ideas con una maravillosa facilidad.

Todo trabajo penoso le repugna....

Huye de los ardientes rayos del sol, y ha logrado inventar los medios mas ingeniosos de precaverse contra su dañoso influjo.

El andar mucho la fatiga.

¿Por ventura come? He aquí un misterio.

¿Participa de las necesidades de las demás especies? He aquí un problema.

Curiosa hasta el extremo, es subyugada fácilmente por el que sabe ocultarle la cosa mas insignificante; porque su genio particular la impele siempre á la investigacion de lo desconocido

Su religion es amar, y todo lo que hace, como todo lo que piensa, no lleva otro fin que agradar al objeto de su cariño.

La tendencia de todos sus actos queda satisfecha cuando logra ser amada, y todos sus gestos carecieran de explicacion, si los aisláramos del propósito de excitar el deseo en quien pueda observarlos.

Todo su estudio se limita á los medios de brillar, y toda su actividad se desenvuelve en el seno de una atmósfera de gracia y elegancia. Para ella hila la jóven indiana el pelo sutil de las cabras del Tibet, y con idéntico objeto teje Tarara sus velos de oro. Para ello pone tambien en movimiento Bruselas sus infinitos telares, y Visapur disputa á las entrañas de la tierra sus piedras preciosas, y dora por último Sevres su blanca arcilla.

La invencion de nuevos adornos ocupa su mente noche y dia, y pasa la vida almidonando sus trapos, desluciéndolos á fuerza de manosearlos.

Siempre se muestra fresca y radiante á los desconocidos, cuyos homenajes la lisonjean y cuyos

deseos la complacen, por mas que en el fondo le sean bien indiferentes.

Las horas que roba al cuidado de sí misma y al deleite, no pasan desapercibidas para el rico repertorio de sus mas dulces canciones; en obsequio suyo ha producido el genio musical de la Francia y de la Italia sus deliciosos conciertos, y Nápoles ha conseguido dotar á las cuerdas de una alma armoniosa. Esta especie es, en fin, la reina del mundo, al paso que la esclava de un deseo.

Teme al matrimonio porque la atormenta el presentimiento de ver un dia desfigurado su esbelto talle, y se entrega no obstante á él por la felicidad que le promete. (De Balzac.)

LA MUJER ES INDEFINIBLE.

¿Qué mano temeraria se atrevió jamás á dibujar el retrato de la *mujer*? ¿Dónde está la lengua insensata que pretendiera descifrarnos tan difícil enigma? Misterio viviente del que nace el hombre y por el que vive y muere, no puede comprenderse dentro del estrecho círculo de una definicion, cualquiera que esta sea. Se la podrá conocer parcialmente como amante, como esposa, como madre ó como hermana; pero ninguno ha dicho todavía, y es probable que no haya jamás quien diga lo que la *mujer* significa bajo todos sus aspectos. Porque.... ¿quién es, qué posicion ocupa, qué relaciones ligan con la sociedad á ese hombre que intenta darnos la definicion cumplida del mas misterioso de los seres? Si examinais con detenimiento, llegareis á convenir en que no es posible, sin violentar la verdad, desprenderle de alguna de estas circunstancias: ó es amante ó esposo, padre ó hijo, hermano ó amigo de alguna de esas criaturas cuyo tipo se propone definir, ó es, por último, en sus costumbres y por la calidad de sus estudios, un austero filósofo. Y bien; en ninguna de estas condiciones se encuentra bastante desembarazado para comprender y explicar lo que es la *mujer*, objeto de sus investigaciones. Si una combinacion de circunstancias mas ó menos casual, mas ó menos voluntaria, le obliga á desempeñar en este caso el papel de amante, vereis cómo la mira á través del prisma de su exaltada imaginacion y á la luz que despide la llama de su encendido pecho; si es esposo, obedecerá ciegamente á los impulsos

del cariño que no ha dejado de merecerle su amable compañera, ó bien dictará sus palabras el genio de la discordia y del odio, que tantas veces ha logrado erigir su fatal imperio en el recinto del hogar doméstico, y entonces aparecerá la *mujer*, no como es en sí misma y como la naturaleza ha determinado, sino como quiera representarla el sentimiento dominante del que la describe; si padre, no tendrá ojos para ver las faltas de que pueda adolecer su hija; si hijo, hay para él una ley sagrada que no le permite mirar con fria imparcialidad todo aquello que tiene relacion con la que le dió el ser, y esta ley se traduce en el respeto, veneracion y cariño que le profesa; si amigo, no podrá menos de ser indulgente con la amiga; y si por último, filósofo, vivirá para sus especulaciones y sistemas; no tendrá ojos en el corazon y nunca llegará á ver á la *mujer*, porque la *mujer* no se ha hecho para filósofos. Es evidente, pues, que corresponde al destino del hombre gozar y sufrir por la *mujer*, mas no el juzgar á ese ser multiforme, verdadero Proteo, que muda de aspecto á nuestra vista segun las diversas pasiones que nos animan: bella imágen del cielo ahora, bien pronto la veremos convertida en fiel espejo de todas las furias del averno; ya un ángel de consuelo que mitiga los sinsabores de una vida azarosa, ya un demonio que nos persigue y atormenta; casi simultáneamente luz y tinieblas, paz y guerra, amor y odio, belleza y fealdad; tan pronto una Gracia como una Furia; y siempre *ella*, siempre la misma, siempre una y siempre múltiple: una con relacion á sí misma; múltiple relativamente á nosotros, cuyas pasiones son múltiples tambien. Y como no ha sido formada tanto para la razon cuanto para las pasiones, si nos despojamos de esta para juzgarla, huye y desaparece.

¡Extraña verdad! Si hemos de conocer bien á la *mujer*, será preciso que sigamos una marcha contraria á la indicada por las leyes de la inteligencia, es decir, que se necesita ignorar aquello de que aspiramos á tener conocimiento: para estudiarla con fruto será necesario que nos alejemos de ella; para definirla con acierto, será menester, en fin, que sigamos una senda tortuosa y extraviada, y que no expresemos nuestro pensamiento sino de un modo indirecto. Sirva de testimonio la siguiente respuesta de un virtuoso sacerdote, dada á consecuen-

cia de haberle pedido que hiciese una definicion de la *mujer*.

Pourquoi me demander ce que c'est qu'une FEMME,
A moi dont le destin est d'ignorer l'amour?
Ah! d'un aveugle-né vous déchiriez l'âme
Si vous lui demandez ce que c'est qu'un beau jour!

“¿Por qué me exigís que os diga lo que es una *mujer*, cuando mi destino me reduce á ignorar el amor? ¡Ah! Si pidiéseis á un ciego de nacimiento que os describiera un hermoso dia, desgarraríais su alma.”

Nada dicen de la *mujer* tan lastimeras palabras; pero despiden bastante luz para representárnosla como en purísimo espejo. (Benjamin Barbé.)

¿Qué es la *mujer*?

¡La *mujer* es imperiosa en medio de su debilidad;

Sencilla.... y astuta;

Tímida y audaz!

Ha logrado subyugar la fuerza con su habilidad; herir á uno con el mismo golpe que ha demostrado su adoracion á otro; buscar al que huye de ella; huir del que la busca; fluctuar mil veces al dia entre el amor y el deber, inclinándose tan pronto al uno como al otro extremo, amalgamar con inimitable destreza las obras de Dios con las pompas de Satanás; en una palabra, conciliar los términos mas opuestos, como si se hubiera otorgado á su naturaleza el raro don de neutralizar todas las deducciones de la lógica y del sentido comun.

A la pregunta, pues, de: ¿Qué es la *mujer*? me siento inclinado á contestar como Esopo, á propósito de un fragmento muy apreciado de las damas: “Es lo mejor y peor del mundo.... Angeles para aquellos á quienes aman, son verdaderos demonios para los que detestan.” (Etienne de Neufville.)

¿Quién podrá definir á las mujeres? Todo, á la verdad, es revelador en ellas, pero empleando un lenguaje equívoco. Por eso la que parece mas indiferente suele ser la mas sensible, así como la mas indiscreta pasa muchas veces por la mas falsa: siempre prevenidos en contra ó en favor de ellas, jamás serán imparciales nuestros juicios, ora sugeridos por el amor, ora dictados por el despecho; y aun pudiera decirse sin temor, que el espíritu mas recto y que mejor las haya estudiado, cuando crea estar mas próximo á la resolucion del problema, no

habrá hecho otra cosa, quizá, que proponer otros nuevos. (***)

Para formular una buena definición de la *mujer*, habrá que considerarla como una mezcla de ligereza y circunspección, de amor al placer y de respeto á la virtud; que la miremos, en fin, como un conjunto de bondad y de venganza, de ambición y de generosidad....

La mala educación de las mujeres imprime generalmente en sus costumbres un carácter de semejanza y uniformidad que no puede ser mas contrario á la susceptible naturaleza del bello sexo. Siempre que en una ciudad cualquiera nos permitan nuestras relaciones adquirir un conocimiento perfecto del carácter y condiciones de algunas, podemos estar seguros de que con ligeras excepciones, las conocemos á todas.

Habiéndolas hecho débiles, sin duda no ha querido la naturaleza que distingamos á las mujeres por su arrojo y sí por sus encantos. Una misma es susceptible de cien retratos diferentes, sin que dejen por eso de ser verdaderos. En la corte se os presentará altiva y fastuosa, mientras que en la humilde vida del campo la reconocéis por su sencillez y su modestia; hoy es la buena esposa unida por el lazo mas estrecho á su marido y al cumplimiento de sus deberes, para entregarse mañana á los mas irreflexivos y caprichosos devaneos. Y ahora os llenará de enternecimiento la viva expresión de sus amargas quejas, cuando la contempleis en ese desorden á que el dolor la arrastra, destrenzado el cabello y con las manos y los ojos levantados hácia el cielo en la actitud mas suplicante, para verla un momento después cómo ostenta en su fisonomía los rasgos mas característicos de una apacible tranquilidad, realzando sus naturales atractivos con los aderezos y las gracias. Porque, es preciso confesarlo, lo mismo es obra de su imaginación el dolor que la oprime, que la exaltada alegría que la enajena. La *mujer*, en una palabra, es incomprensible, y por la facilidad de sus mudanzas bien podría comparársela con el camaleón.

Siendo tan accesibles á todo género de impresiones, jamás llegarán á ser las mujeres lo que nosotros queremos que sean: capaces de las virtudes mas eminentes como de los mas detestables vicios, se entregan con la misma prontitud y abrazan con igual exageración cualquiera de estos extremos; y

si alguna vez pretendemos desentrañar las causas que han podido determinarlas á ejecutar el mas costoso de los sacrificios, consultemos el espíritu de la época, el tono de la sociedad en que viven y las opiniones del momento.

Las mil contradicciones que en el bello sexo se observan, no son en realidad mas que aparentes contrastes, que bien pronto se disiparian si cesara por nuestra parte esa especie de empeño en colocarla siempre fuera de las condiciones inequívocas de su naturaleza.

Tan necesaria es la *mujer* al hombre, como es el aire á la vida; y tal vez se podrán comprender los dulces consuelos de que el segundo es deudor á la primera, comparando á esta con la saludable fuente que depara la Providencia al fatigado viajero en medio de los secos arenales por donde verifica sus excursiones: la *mujer* lleva la calma á nuestro combatido espíritu cuando el nublado de la desgracia se condensa sobre nuestras cabezas, ó cuando la edad de la muerte ha venido á surcar nuestra encorvada frente.

LA MUJER ES UN MEDIO ENTRE EL

HOMBRE Y LOS ANGELES.

¡La *mujer*! nombre simpático que halaga mi oído. ¡Las *mujeres*! preciosa maravilla que entrevé mi alma, pero que no ha tenido todavía la dicha de conocer.... Hacedme, pues, hacedme el retrato de las mujeres.—Sus atractivos, hijo mío, son muy superiores á toda ponderación. Figuraos, sin embargo, á un ser que constituye el centro entre los ángeles y el hombre; belleza fatal, cuyas mortíferas miradas se abren paso por todos los senderos de nuestro débil corazón. Los trinos del ruiseñor son menos agradables que la melodía de su voz; es amable, insinuante y festiva su conversación, y no menos encantador su trato. Las mujeres, en una palabra, son un completo hechizo: ningún hombre las provocó jamás sin sucumbir, y desde el instante mismo en que las mira se hace su esclavo. (Destouches.)

SEXO ADORABLE A PESAR DE TODO.

¡Oh sexo inconcebible! ¡Confusa mezcla de con-

trastes sin fin! Al ocuparse el cielo en tu creación, se puso en contradicción consigo mismo.

(A las MUJERES)

La fuerza surge en vosotras del seno de la debilidad, y allí se levanta la grandeza donde las transacciones tan propias de vuestro carácter parece que mas os humillan. Cuanto mayor es el amor que nos impele hacia vosotras, mas os complacéis en atormentarnos, y esos tormentos, sin embargo, sirven para poner de relieve á nuestra vista los encantos que atesorais. Jamás consigue la sátira cebarse en los defectos que no pocas veces soleis revelar, porque bien pronto salen á su encuentro virtudes que la desarmen. Es inútil tambien que se os quite la máscara para mejor conocer lo que sois, pues á pesar de todo es inevitable concluir siempre por adoraros. (Demoustier.)

V.

Definición burlesca de la mujer.

Habiéndose pedido al filósofo Simónides una definición acerca de la *mujer*, asegura José Bassi que contestó formulando la que sigue:

Es la verdadera confusión del hombre; es un animal maravillosamente caprichoso, una inquietud perenne, una guerra sin tregua, un tormento que no cesa, un inconveniente grave para la vida retirada, un naufragio de la continencia, un vaso de adulterio, un combate pernicioso, una carga insostenible, un áspid venenoso y una esclavitud humana y natural.

Es tan difícil conocer á la *mujer*, que el talento mas despejado del mundo no podría definirla con exactitud; porque se ocultan en su organización tan complicados y misteriosos resortes, que siempre buscará sin provecho la mano del hombre aquel que mejor respondería á los fines de su exploración. Y si no, observad cómo una misma cosa y en brevísimos instantes, ora le excita la risa, ora la obliga á verter copiosas lágrimas; no quiere en este momento lo que en el anterior la preocupaba seriamente; ahora se la ve triste, luego rebosando de alegría; ya, en fin, se os ofrece cual inocente y manso cordero, ya cual furioso y descompuesto sátiro. Es indudable que no ha nacido todavía el desconocedor de la inestabilidad, de

la ligereza, de la inconstancia é infidelidad de lo que se llama bello sexo. Pero den mas fuerza á nuestras palabras los siguientes versos de cierto poeta:

L'on ne trouva jamais une FEMME constante,
Et s'il y en a une, il y en a cinquante
Qui mille fois le jour changent volagement.
Il y a plus au vent qu'aux FEMMES d'assurance;
Les FEMMES de tout temps adorent l'inconstance,
Malheureux est celui qui aime constamment.

"Jamás fué la constancia patrimonio de la *mujer*, y para una que posea tan recomendable circunstancia, hay cincuenta que varían á cada paso. Puede tenerse mayor seguridad en la constancia del viento que en la de las mujeres, que dispuestas siempre á tributar sus homenajes al ídolo de la inconstancia, hacen infaliblemente la desgracia de quien las ama con firmeza."

Mas dejando aparte al poeta y sus poesías, debo decir que nada se encuentra en la tierra tan voluble y fementido como el sexo femenino. Y para conocer mas á fondo el carácter é intensidad de su perfidia, observemos á cualquiera de sus individuos siempre que trata de llevar á cabo algun designio que le preocupa. ¡Oh! no esperéis que entonces queden libres de sufrir las consecuencias de un ardid diabólico ni las pesonas que mas caras deban serle. Ni el padre, ni la madre, ni el mas leal de sus amigos y ni aun aquel de quien ha dado á luz el primer fruto de sus amores, pueden estar seguros de que no les alcanza alguna parte de los amañes que emplea.

Y al expresarme de este modo me atengo á la letra del Génesis, que dice hablando de la primera *mujer*, que no supo ni quiso guardar fidelidad á Dios por espacio de seis horas, fidelidad que le hubiera valido su propia dicha y la de toda su descendencia. Y si advertimos que Eva, dotada de la mayor nobleza y perfección, tuvo que ser infiel á los preceptos del Criador, ninguna extrañeza deberá causarnos si vemos á las demás, menos nobles y perfectas que ella, faltar con tanta frecuencia á los hombres mas dignos de respeto por sus virtudes. (Jacobo Olivier)

Aunque descubramos por una parte en la *mujer* al mas tímido de los seres animados, necesario es que reconozcamos por otra su capacidad para hacerse temer. Verdad es que lucha siempre para su-

frir la suerte del vencido; pero sabe conquistar la rara ventaja de que se le pide cuartel en el acto mismo de habersé inutilizado por completo para la defensa.

¿Quereis tener una idea perfecta de la *mujer*? Pues bien, figuraos un lindo y pequeño monstruo, sobradamente hábil para encantar la vista, pero que por su deformidad choca y repugna á la razon; capaz, bajo cierto punto de vista, de producir sensaciones agradables, aunque no menos á propósito para llenar de disgusto y desabrimiento al que cuidadosamente lo contempla; ángel bello en lo exterior, pero infernal harpía en lo íntimo de su naturaleza.... Mas claro todavía: formad un todo á cuya composicion concurran la cabeza de un chorlito, la lengua de una serpiente, los ojos de un basilisco, el genio y temperamento de un gato, la habilidad de una mona, las nocturnas inclinaciones de un buho, la brillantez del sol y la variable luz de la luna; y envuelto todo ello en una blanca y delicada piel, ponedle brazos, piernas, *et cetera*, y tendreis una *mujer* que nada os dejará que desear. (Gherardi.)

¡Rara y misteriosa cosa es el hombre!.... Pero.... ¡cuánto mayores son en la *mujer* el misterio y la rareza! ¡Ni el torbellino mas desencadenado es comparable á su volcánica cabeza, ni el abismo mas salpicado de peligrosos escollos puede representar la pálida imágen del resto de su persona! Ora casada, ora viuda, hija ó madre, es susceptible su imaginacion de cambios mas frecuentes que los sufridos por el viento: poco ó nada significa cuanto ha dicho ó hecho al lado de lo que hará y dirá en lo sucesivo; y siendo como es el mas antiguo de los seres, ninguna la iguala en ofrecer cosas nuevas á cada instante. (Byron.)

Las mujeres en el bosque de Boulogne y en las Tullerías.—Sorpresa de un habitante de Siam.—Curiosa definicion de la MUJER.—La parisiense es indefinible.—Las francesas divididas en cien naciones diferentes.—Viaje al país de los sonámbulos.—Aviso á los maridos y á los padres.

Dos clases de paseos se encuentran en Paris: se concurre á los unos para ver y ser visto, y á los otros para no ver ni ser visto de nadie.

Las mujeres que son propensas á la soledad bus-

can con placer los retirados parajes del bosque de Boulogne, donde se prestan mutuos auxilios para extraviarse.

Y son tan intrincadas y engañosas las vueltas y revueltas de este bosque, que las madres mas experimentadas suelen perderse á su vez, mientras procuran hallar de nuevo á sus hijas.

A poca distancia de este sitio se encuentran las Tullerías, adonde solo se concurre á respirar un aire sofocante á través de una densa nube de polvo, que sirve además para que vean defraudado su propósito los que pretenden lucir sus personas.

Una multitud de insectos hace insoportable la molestia que en estos paseos se experimenta; moscas en verano, mosquitos en otoño, y en todo tiempo noticieros impertinentes agotan la paciencia de cuantos frecuentan aquellos sitios.

Al llegar al término de la gran calle de las Tullerías, el siamés, á quien yo acompañaba, quedó como encantado ante el espectáculo mas agradable que puede ofrecerse á la vista: todo el paseo estaba ocupado por mujeres este dia.

—No he visto en mi vida, me dijo sonriéndose, una bandada tan numerosa de esta encantadora especie de pájaros.

—Son, repliqué yo en el mismo tono, aves festivas que mudan de plumaje dos ó tres veces al dia.

No presentan un carácter de fijeza sus inclinaciones, y son débiles por temperamento; pero los dulces gorjeos de su canto les proporcionan un poder irresistible.

Solo ven el sol cuando está próximo á su ocaso; se elevan poco de la tierra al andar, y sin embargo, tocan á las nubes con sus soberbios moños; en una palabra, las mujeres en su mayor parte son pavos reales en los paseos; algunas parecen verdaderas harpías en el gobierno interior de su casa; y cuando los deberes de la sociabilidad lo exigen, no carecen de la necesaria destreza para apropiarse la sencillez de la cariñosa paloma.

—Atrevida es por cierto la descripcion, dijo el siamés; mas ¿es exacto, por ventura, el retrato? ¿Es la *mujer* tal como acabais de pintarla?—Sí, á no dudarlo, le respondí, aunque no me son desconocidas algunas mujeres que han sabido elevarse sobre la *mujer*, y quizá tambien sobre el hombre. Y relativamente á estas, no me cumple señalar los ca-

racteres que sirven para distinguirlas de las demás, porque ninguno podría desempeñar ese trabajo con mayor exactitud y verdad que ellas mismas.

Confieso, por otra parte, que nada es tan difícil como definir á las mujeres; y las que hacen subir de punto la dificultad, son, sin disputa, las parisienses.

Las españolas son exclusivamente españolas, las italianas enteramente italianas, y las alemanas nada más que alemanas; pero en las parisienses se nota algo de las españolas, italianas y alemanas.

¿Qué nacion, qué tipo deja de estar representado en nuestras francesas?

La nacion culta de las mujeres de mundo;

La menos civilizada de las provinciales;

La nacion libre de las coquetas;

La indomable de las esposas fieles;

La nacion dócil de las que engañan á sus maridos;

La aguerrida de las intrigantes;

La nacion de las loretas, nuevamente descubierta;

La típica de las grisetas, donde se reclutan aquellas;

La nacion de las pusilánimes.... aunque de estas existen bien pocas.

La inhumana de las madrastras y suegras;

La nacion altiva y vanidosa de la clase media mas calificada;

La errante de las visitadoras incansables.

Y muchas otras, sin contar la nacion supersticiosa de las que andan en busca de quien les diga su horóscopo, á las que seria conveniente encerrar, haciendo desaparecer á las adivinas que las engañan, y que bajo pretexto de predecir la suerte de las personas, las obligan á hacer aquello en que jamás habrian pensado sin la alucinacion que estos mentirosos anuncios les causan.

Podriamos enumerar tambien la nacion de las sonámbulas, recientemente descubierta por el célebre viajero que se llama Magnetismo. Esta es la mas curiosa, en el sentido de que se le arrancan sus secretos sin que oponga la menor resistencia. Por medio de las operaciones que pone la práctica, el magnetizador consigue dormir á la mujer, y en tal estado pueden dirigirle las mas indiscretas preguntas, seguro de que ha de contestar á ellas. Yo, que tengo la felicidad de ser soltero, me

he atrevido á hacer un viaje al país milagroso de las mujeres francas, y para edificacion de los maridos, citaré en este lugar el siguiente diálogo: “¿Habeis amado alguno antes de vuestro matrimonio?—Sí, he amado á un bello jóven que me amaba á su vez; pero nunca quisieron sus padres consentir en nuestro matrimonio.—¿Y después que os habeis casado?—Amo á un amigo de mi marido; mas todavía no he adquirido la certeza de que abrigue hacia mí los mismos sentimientos.—¿Sois aficionada al baile y á los espectáculos?—Tambien; pero siempre he dejado suponer lo contrario á mi marido.—¿Es amable vuestro esposo?—Está persuadido de que lo es, y sin embargo, aun no ha podido lograr que participe de su opinion.—¿Sois, por ventura, celosa?—Sí; el amor propio me conduce á ese extremo.—¿Estais segura de la fidelidad de vuestro marido?—Sí, á falta de ocasion....”

Hemos dicho que esta es la mas curiosa de todas las naciones examinadas en el cuadro que antecede; y no obstante, no tenemos valor para aconsejar á los casados que se resuelvan á viajar por ella, porque tememos que podrian hacer descubrimientos funestísimos para su tranquilidad, y sobre todo, molestos para su orgullo. Aconsejamos tambien á los padres que tengan hijas en edad de contraer matrimonio, que se abstengan de penetrar en ese nuevo mundo, porque las paredes oyen, como dice el adagio vulgar, y bien pudieran aquellas verse condenadas á permanecer solteras toda su vida.

¡Mujeres! ¡mujeres! ¡Sois objetos caros y á la vez funestos, embellecidos por la naturaleza para nuestro suplicio: castigais al que os provoca y perseguís al que os teme! ¡Vuestro odio y vuestro cariño son igualmente dañosos, y ninguno los rehusa impunemente! ¡Belleza, encanto, atraccion, simpatía! ¡ser ó quimera inconcebible, sois siempre un abismo de dolores y de deleites! ¡Vuestra belleza es mas terrible para los mortales que el elemento de donde se le ha supuesto nacida! (1) y ¡ay del que se entregue á tu engañadora calma! ¡Belleza, tú produces esas tempestades que abrumen al género humano! (J. J. Rousseau.)

Hay mujeres á quienes por honor del sexo, debieran matar las demás á todo trance: la perfidia,

(1) Sabido es que Vénus, símbolo de la belleza, nació del mar segun los poetas. N. d. l. T.

la traición, la insolencia, el descaro, son las cualidades que ponen en ejercicio con más frecuencia, y la infame deshonestidad puede mirarse como el menor de sus vicios. Por lo demás, ni el mas pequeño sentimiento, no diré ya de amor, para el que de ninguna manera se hallan dispuestas, sino de la mas sencilla amistad, de la caridad natural, de humanidad, en fin, se descubre en ellas; son verdaderos monstruos, pero monstruos que hablan, que tienen un talento desvergonzado, capaz de sobrepónerlas á todos los reproches; que se complacen en triunfar y abusar de la debilidad humana y que extienden su tiranía á todos los estados. (Madama de Sévigné.)

Los anatemas de la conciencia no son bastantes á impedir que tal *mujer* crea que le son permitidos ciertos placeres, siempre que para contrarestar á aquellos tenga en su apoyo el consuelo de haber pasado aquel mismo dia algunas horas en la iglesia y murmurando varias oraciones, en las que sus labios y su lengua han tomado más parte que el espíritu y el corazon. Otras sacan de la iglesia tan mal humor, que vuelven á sus casas regañando á diestro y siniestro, á las criadas, hijos y marido, y pareciendo en todo el resto del dia, mas que criaturas humanas, furias del infierno. Tal es, muy de ordinario, el fruto de los prolongadas rezos de esas santurronas que de todo tienen menos de cristianas.

PENSAMIENTOS BURLESCOS SOBRE

LA MUJER.

San Juan Crisóstomo dice: Si quereis saber lo que es una *mujer*, yo digo que es el enemigo jurado de la amistad, una pena lamentable, un mal necesario, una tentacion natural, una calamidad deseable, un peligro doméstico y un daño que deleita.

Tertuliano afirma que no es tan temible el odio del diablo como el de una *mujer*; porque si el diablo hace mal, lo hace por sí solo, mientras que la *mujer*, ayudada del espíritu maligno, ejerce su venganza contra el que ha tenido la desgracia de irritarla.

En fin, la *mujer* es una santa en la iglesia, un ángel en la calle, un demonio en la casa, una urraca en la puerta, un cabritillo en un huerto, etc.

Se observa que cuando la *mujer* ha ido á confesarse, vuelve á su casa mas dispuesta que nunca á meter ruido, echando venablos por la boca y alarmando con su lengua serpentina á la criada por no haber barrido, ni hecho la cama, ni espumado el puchero, ni otras cosas parecidas.

La *mujer* es un diablo familiar de su casa, el entretenimiento de los insensatos y la perdicion de los espíritus rectos.

Marcial ha tenido, en efecto, razon para decir en sus epigramas, que no habia cosa peor que la *mujer*, y que si en alguna vez se ha encontrado una que pueda llamarse buena, no sabe por qué medio lo que es malo ha llegado á ser bueno. (J. Olivier.)

La *mujer* es mas amarga que la muerte; es el lazo de los cazadores, su corazon una red y sus manos una cadena. El que quiera agradar á Dios deberá huir de ella, así como el pecador no podrá menos de ser su esclavo. (Salomon.)

Entre mil hombres se hallará uno bueno; pero entre todas las mujeres no hay una que merezca el calificativo de buena. (Id.)

Las mujeres hacen apostatar á los ángeles. (Id.)

Orígenes las llama jefes del pecado, armas del demonio, destierro del paraíso, y la corrupcion de la primera ley que el cielo impuso á los hombres.

Las mujeres son los obreros y artesanos mas expertos de todas las maldades que pueden inventarse

La sabiduría y la razon son incompatibles con el talento de una *mujer*, en cuya cabeza solo tiene entrada la ambicion. (Caton.)

Habiéndose preguntado á Pitágoras por qué daba su hija en matrimonio al mayor enemigo que tenia en el mundo, contestó: De ninguna manera podia proporcionarme mejor ocasion de venganza, que cuando me permite asociar su suerte á la de una *mujer*, porque sabido es que la malicia de esta no tiene igual en la tierra.

San Gerónimo cree que es tan rara como el fénix una *mujer* buena.

Tambien San Bernardo la llama instrumento del diablo.

La *mujer* tiene el veneno de un áspid y la malignidad de un dragón. (San Gregorio.)

A ella se debe el aumento y propagacion del pecado, segun san Agustin.

Toda la malicia del mundo es pequeña é insignificante comparada con la que el sexo femenino atesora. (El Eclesiástico.)

Shakspeare dice de la *mujer* que es un manjar digno de los dioses cuando no interviene el diablo para sazonzarlo.

Es indispensable considerar atentamente á la *mujer* desde los zapatos hasta el peinado *inclusi-ve*, á la manera que se mide y examina un pescado de la cola á la cabeza. (La Bruyère.)

Existen pocas mujeres tan perfectas que no pongan á sus maridos en el caso de arrepentirse, una vez cuando menos al día, de haber hecho tal elección, ó de tener por dichoso al que supo abstenerse de verificarla para vivir en la paz del celibato. (Id.)

La *mujer* es el paraíso de los ojos, el infierno del alma, el purgatorio del bolsillo y el limbo del pensamiento.

Una *mujer* es una máquina parlante, que pone en movimiento al universo entero y que se muéve á su vez por los resortes del cariño.

Es la *mujer* un pequeño animal suave y maligno, y en el que se equilibran la razón y el capricho. Es un compuesto armónico, del que proceden, sin embargo, bastantes disonancias.

La *mujer* es un animal que se aburre. (***)

Casi todas las mujeres tienen el diablo en el cuerpo, y los maridos deben saber por experiencia que no es fácil lanzar al diablo cuando se aloja en alguna parte.

¡Mujer! ¡mujer! ¡mujer! ¡Débil y engañosa criatura!..... Ninguno de los animales criados puede faltar á la ley de sus instintos. ¿Se cifra el tuyo por ventura en engañar?.... (Beaumarchais.)

Son las mujeres muy semejantes á los niños: presentadles un terroncito de azúcar y habreis hecho lo bastante para verlas danzar con el mismo primor que un niño goloso; pero es menester que no deis de mostrarles el cartuchito de grajea, ni.... que deis lugar á que se les pase la afición á los confites. (De Balzac.)

¡Oh, vosotros, los que decís con cierta frecuencia:—No sé lo que tiene mi *mujer*!.... ¡Vosotros besareis esta página de filosofía trascendental, porque vais á encontrar en ella la *clave del carácter de todas las MUJERES*!.... ¡Pero no es co-

nocerlas demasiado, si alcanzais el mismo conocimiento que yo poseo en el particular; y en verdad que nada debe extrañarnos, porque ni ellas mismas son bastantes para conocerse! En fin, ya sabeis que el mismo Dios se equivocó respecto de la única que se propuso dirigir y de cuya creación se ocupara con tanto cuidado. (Id.)

Son muy conformes con el gusto de las mujeres todas aquellas escenas en que juega la intriga y maniobran los intrigantes: la vida uniforme excita siempre su aversion. Son mas capaces de crear una borrasca que de ver constantemente un tiempo sereno; y como les sea dado presidir al huracán ó tengan el poder de dirigirlo, nada falta ya para que su satisfacción sea completa.

Por punto general carecen las mujeres de cualidades reales y permanentes, y antes bien dependen sus virtudes de los accidentes de su figura. Suele, por ejemplo, la que carece de hermosura dedicarse al recato por capricho, mientras otra que se encuentra dotada de belleza forma el designio de hacerse galante.

Jamás se ha visto á las mujeres hacer peregrinaciones ni votos para lograr que un santo les conceda dulzura de espíritu, genio perseverante, que las libre del orgullo y de la vanidad, que las haga menos murmuradoras, capaces de costumbres rectas, etc., etc., etc.

Una *mujer* que cuenta con el favor y ayuda de su criada, es mas que suficiente para aturdir y engañar á una docena de demonios. (***)

¡Cuántas mujeres hay, sobre todo en Francia, que solo saben beber, comer, dormir, retozar, dar hijos al mundo para viciarlos luego con sus mimos; engañar á sus amantes, á sus maridos, á sus maestros y hablar mal de sus compañeras!

La *mujer* es un mar donde se naufraga fatalmente; ni los mayores esfuerzos serian bastantes para equilibrar los contrastes de su temperamento, y no parece que se apodera de ella hoy la mas frenética exaltación sino para convertirse mañana en la fria calma de la insensibilidad. (Malherbe.)

.....

Y en cuanto á mí, confieso que no puedo subordinar mi suerte á la molesta compañía de la *mujer*, abrigando por consiguiente la convicción de que nunca obrareis con mayor cordura que cuando á imitación mia, renunciéis á todas ellas. Por-

que debeis tener por incontestable la razon del que ha dicho que la *mujer* es un animal incomprendible, pero inclinado fuertemente al mal por las propiedades de su organizacion. Y á la manera que un animal no dejará de serlo aunque cohcedais á su existencia cien mil años de duracion, del mismo modo la *mujer* será tal *mujer* mientras que el mundo sea mundo. ¿Como se explica el dicho de cierto sabio de la Grecia que compara la cabeza de una *mujer* á un movedizo arenal? Deteneos un poco en este juicio, y tendreis que elevarlo al rango de esos pensamientos profundos que honran al cerebro que los concibiera; pues siendo la cabeza el jefe del cuerpo, y no correspondiendo á este mejor condicion que á las bestias cuando se halla privado de aquella fuerza reguladora, así tambien cuando no existe la armonía y acuerdo necesario en la parte destinada á dirigir la máquina humana, sus movimientos vendrán á ser desarreglados y difíciles: la parte brutal querrá entonces influir sobre la sensitiva, y del choque forzoso de estos elementos vereis seguir las direcciones mas opuestas; todo será desacuerdo, entorpecimiento y contradiccion, y semejante estado, muy á propósito para darnos una idea de la *mujer*, nos demuestra que la cabeza de esta es como la giraldilla colocada en lo mas alto de un edificio, que se vuelve á impulsos del mas ligero viento. Por esta razon la compara Aristóteles con frecuencia al mar, y cualquiera comprende la estabilidad de las dudas. Ahora bien, por comparacion (porque las comparaciones ponen mas en claro una razon, y nosotros, como hombres de estudio, apreciamos mas una comparacion que una semejanza); por comparacion, pues, así como observamos en el mar cuando arrecia la tempestad que las olas se embravecen, sopla el viento devastador, las encontradas corrientes producen una agitacion horrible, y á pesar del náutico fluctúa el buque de arriba abajo y en todas direcciones, así tambien, cuando contemplamos á una *mujer* ligera de cascos, se ofrece á nuestra vista una borrascosa tempestad preñada de discursos incoherentes, de propósitos dislocados y de un hacinamiento tal de contradicciones y volubilidad, que nos hace comprender la inconstancia de la *mujer* y su poco valor. (Molière.)

.....

Todo el mundo conoce su imperfeccion, descubriendo solamente en ella indiscrecion y extravagancia; su genio es tan indócil como frágil su alma; nada es comparable á su debilidad y escasez de talento, como nada puede igualar su infidelidad; pero á pesar de esto, todo se hace en el mundo por esos *animalitos*. (Id.)

VI.

De la belleza.

Platon llama á la belleza el privilegio de la naturaleza.

Se preguntó en cierta ocasion á Aristóteles dónde procede la impresion que lo bello causa en nuestros sentidos, y respondió: Semejante cuestion es digna de un ciego.

El sabio recomienda á todos los que encuentran una *mujer* hermosa, que vuelvan la vista á otro lado, temiendo que á través del encanto que se experimenta al verla, no se deslice el veneno de la seduccion hasta el fondo del alma.

No habiendo cosa en el mundo mas fascinadora que un bello rostro, nada por lo mismo debe mirarse con mayor desconfianza. Es un traidor, dice Plutarco, que nos infunde miedo y al que no obstante se ve con deleite. (El P. Joly, capuchino.)

Los antiguos tenian acerca de la belleza gustos muy diferentes de los nuestros. Eran para ellos preciosos adornos en la cara de una *mujer* una frente pequeña y unas cejas juntas ó muy poco separadas, y aun hoy en Persia se dispensan los favores de una estimacion distinguida á aquellas fisonomías cortadas por dos grandes cejas que se prolongan sin intermision. En algunos países de la India se requiere para merecer el halagüeño título de bella, tener los dientes negros y blanco el cabello, y una de las principales ocupaciones de las mujeres en las islas Marianas consiste en dar á su dentadura un tinte negro por medio de ciertas yerbas, y en blanquear sus cabellos á fuerza de lavarlos con aguas preparadas al efecto. En la China y en el Japon es requisito de la belleza poseer una cara ancha, ojos pequeños y hundidos, nariz roma y prolongada, piés extremadamente chicos, vientre abultado, etc. Tambien se conocen

pueblos en América y Asia que siguen la bárbara costumbre de comprimir por medio de unas tablas la frente y parte posterior de la cabeza de los niños recién nacidos, á fin de hacer su cara mucho mas ancha de lo que seria naturalmente: otros verifican la compresion por las partes laterales con el objeto de aumentar la longitud de la cara: algunos la deprimen por la parte superior, y otros, por último, recurren á mil medios para darle la forma mas redonda posible. Cada nacion, pues, tiene preocupaciones diferentes sobre la belleza, y aun pudiera decirse que cada hombre profesa en este punto ideas especiales y un gusto que en nada se parece al de los demás: este gusto es desde luego relativo á las primeras impresiones agradables que nos han producido los objetos en los dias de la infancia, y tal vez depende mas del hábito y de la casualidad que de la disposicion de nuestros órganos. (Buffon.)

La belleza es una, universal, y cuanto se aleje para representarla como arbitraria, no pasará de ser muy *arbitrario* y absurdo.

Si el salvaje cubre de cicatrices su cara, no es porque aspire á embellecerla, sino á hacerla mas terrible;

Si el chino disfigura sus piés, tampoco puede atribuirse este hecho á una idea falsa de la belleza, puesto que se sabe haber introducido esta moda los hombres por razones de pura etiqueta.

Si los habitantes de los Alpes parece que estiman las protuberaciones del cuello, debemos creer que esto proceda de lo comun que es entre ellos la aficion que las causa; por lo cual han querido hacer un atributo de belleza de aquel mismo defecto que en otro caso solo serviria para avergonzar al que lo padece.

Del mismo modo, si nuestras señoras se acicalan, no es porque crean que los cosméticos con que se embadurnan el rostro produzcan una belleza real; no, ellas no lo creen así; pero se parecen en esto á los habitantes de los Alpes, puesto que convencidas de lo rara que es la verdadera belleza, han hecho de moda otra facticia que pueda generalizarse.

La verdadera belleza consiste en una estatura regular y bien proporcionada; en facciones armónicas, nobles y delicadas, y en un cutis dulce y trasparente. Pues como dice Vandermonde, es el

cutis una tela formada por la naturaleza para que se fundan en ella todas las variedades del mas bello colorido: tan pronto hace aparecer en ella los matices del lirio y de la rosa, como el oscuro de la violeta ó el negro fruto del mirto. (Retif de la Bretonne.)

La especie humana es la única en que por excepcion se llama bello el sexo femenino; porque en las especies de los demás seres animados la naturaleza ha dotado al macho de los caracteres propios de la belleza.

INFLUENCIA DE LA BELLEZA.—TODAS

LAS MUJERES SON BELLAS EN SU PRIMAVERA.

A pesar de tantas ilusiones como se han formado los hombres cuando han querido conocer el principio de esa inclinacion tan poderosa que siente un sexo hácia el otro, no es ya dudoso que ese principio es y no puede menos de ser la percepcion de cierta conformidad entre una necesidad apremiante de los medios de satisfacerla. El hombre ve en la *mujer*, como la *mujer* en el hombre, la única cosa del mundo que puede cambiar sus inquietudes en placeres. No debe, pues, sorprendernos que un interés tan vivo y tan tierno impela á los sexos á unirse, y que obedeciendo á una pasion que los lleva por grados á concederse mutuamente una importancia exclusiva, terminen por no ver en la naturaleza sino á sí mismos. En este estado, que forma el último período del amor, el hombre ha dejado de ser un simple mortal para convertirse en un dios, y la *mujer* se eleva del mismo modo al rango de una divinidad. La impetuosa imaginacion del primero acumula por do quier en favor de la segunda todas las perfecciones posibles, y se extravía deliciosamente en las ideas quiméricas y misteriosas de lo bello, para mejor ensalzar al objeto de sus delirios. Mas cuando después de haber recorrido un inmenso camino en el país de las abstracciones, toca por fin la realidad, se apodera de él la sorpresa, encontrándose al lado del estúpido salvaje ó del animal que solo vive de sensaciones.

La *belleza*, ese móvil poderoso, cuyo nombre no ha podido pronunciar todavía sin emocion ningun mortal sensible, es á los ojos del filósofo que

puede escapar por un momento á sus prestigios (1) y contemplar con sangre fria los trastornos y borrascas que levanta en el universo, una simple relacion de medios apropiados á un efecto natural; pero relacion que teniendo por objeto una necesidad imperiosa, debe su principal fuerza á la passion, y á la imaginacion humana los rasgos seductores que la embellecen. Esto prueba que la belleza no es absoluta, sino relativa, de manera que si alguno de los términos que la componen cambia, lo bello ha desaparecido.

Es inconcebible la belleza independiente de la frescura, y sabido es que cuando falta esta cualidad, interesan bien poco las demás gracias; porque el juicio mas pronto y rápido, sugerido por el instinto, nos advierte que una *mujer* cuyo individuo no presenta todos los caracteres de una salud perfecta, se encuentra en la disposicion menos favorable á los planes de la naturaleza relativamente á la conservacion de la especie.

Como nunca están mejor dispuestas para este objeto que en los primeros años de la juventud y en la época de la pubertad, no hay *mujer* que no pueda agradar en ella, y por eso ha dicho con tanta oportunidad la Chaussee:

.... *No hay quince años feos.*

Consiste entonces su belleza en ser *mujer*, y todas nuestras prevenciones, como todas las ideas convencionales que acerca de lo bello tengamos, no serán bastantes á impedir que brille en su período la tierna doncella, siquiera deba amortiguarse bien pronto el resplandor que tan preciosos instantes la circunda. Y si es tan sincero su reinado, depende esto de que los objetos de comparacion que no tienen mas mérito que el que les suministran las preocupaciones admitidas, consiguen eclipsarlo luego que ha perdido la ventaja natural y pasajera que contra ellos la sostenia.

Las mismas cualidades que constituyen la belleza de un sexo, harian la fealdad del otro, por que ese aire varonil y facciones pronunciadas que

hermosean al hombre, solo podrán dar á la *mujer* un aspecto desagradable, confundiendo la verdadera índole y el carácter de las relaciones que entre uno y otro sexo ha establecido la naturaleza. Por la misma razon, una excesiva y afeminada delicadeza en los rasgos característicos del hombre cambiaria de todo punto el papel que le está destinado. Todo lo que lleva en sí el sello de la fuerza, seduce naturalmente á las *mujeres*, y es fácil convencerse de ello luego que se observa á las personas en quienes por lo general recae su eleccion. Y no debe admirarnos que la debilidad busque un apoyo contra las necesidades que le asedian ó contra los peligros que el miedo despierta en su imaginacion.

No solo varía la belleza con relacion á los sexos, sino que es tambien diferente segun los individuos de uno mismo. Los objetos que pueden excitar fuertemente la fibra del uno, tal vez entibian al otro, y no es raro encontrar hombres que reconociendo la hermosura de una *mujer*, por reunir en sí todo lo que constituye el género de belleza mas universalmente aceptado, se deciden sin embargo en favor de otra cuyas facciones distan mucho de las que pasan como modelos de regularidad. (Roussel)

¿Qué circunstancias producen la hermosura de las mujeres? Discordes andan los pareceres sobre este punto, y para que nuestros lectores puedan formar idea de lo que se debe entender por verdadera belleza, vamos á considerarla detalladamente y bajo todos sus aspectos.

LA BELLEZA PERFECTA.

Cuatro cosas concurren á la perfeccion de la belleza: colorido, proporcion en las formas, expresion y gracia.

Una mezcla feliz de rojo y blanco, combinados de tal suerte en la persona, que domine el segundo, da á las carnes el color mas exquisito, habiendo de prestarle la inocencia y el pudor su verdadero tono.

La belleza es, por otra parte, inseparable de la salud y de la edad juvenil; y así como las frescas y buenas carnes que nos revelan la excelente constitucion del cuerpo, son sin disputa las mas agradables, así tambien la menor enfermedad marchita y descompone la tez mas sonrosada.

(1) Sabido es que la filosofía no siempre estuvo á cubierto de sus flechas. Se cuenta que Demócrito tiranizado por las miradas del bello sexo y no pudiendo resistir á la fuerte impresion que le causaban, tomó el partido de sacarse los ojos. Yo desearia en honor de las señoras, y por otras razones, que el hecho fuese cierto. La víctima no seria indigna de un martirologio.

Lejos de ser igual por todas partes el colorido, debe tener sus matices y degradaciones. El color bermejo de las mejillas deberá emblanquecerse hacia la parte inferior de la cara; la blancura de la frente, mas pronunciada que en todo lo demás, es preciso que adquiera un ligero tinte azulado conforme se aproxime á las sienes, y el brillo de las mejillas ha de ser mas rico que deslumbrador, pues no se conoce cosa mas repugnante que un color encendido, aunque sea natural. El encarnado de los labios habrá de parecerse al de la rosa cuando empieza á abrirse, y competir el contorno de la boca con el alabastro, por ser este el único punto del rostro donde el color se presenta recortado.

Suponiendo igualdad en todo lo demás, un cutis fino, delicado y trasparente es preferible á cualquiera otro. Una rubia no es tan bella de cerca como una morena, pero con frecuencia es mas bonita. Un color moreno claro y animado tiene tambien la ventaja de ser mas á propósito para armonizarse con los otros colores, mientras que el encarnado parece siempre un plaston colocado sobre un rostro cuya blancura es deslumbradora.

Por último, la gran belleza del colorido consiste en ser dulce, suave como el terciopelo, y de una frescura sostenida.

Nadie ignora cuánto desfigura á una *mujer* la boca grande, la nariz aplastada y una frente estrecha; pero sin querer ocuparnos de los defectos mas ostensibles, existen otros que no estando tan á la vista, se apoderan de ellos, sin embargo, los ojos inteligentes.

Desde luego todas las inflexiones ó curvaturas deben ser extremadamente suaves y gradualmente formadas. En este caso se encuentra la union de los lados de la nariz con las mejillas, la del labio inferior con la barba, y la redondez de la frente, que no deberá ser ni muy elevada ni demasiado deprimida. La línea ondulante que atravesando por las mejillas y la nariz va de una oreja á otra, comprende todos los diferentes grados de inflexion de que se acaba de hablar; pero realmente no tiene mas que una inflexion cuando es exacta y bella. Nada importa para esto la magnitud de la cara, puesto que en los círculos de desigual grandor, todas las proporciones ó arcos semejantes presentan la misma curvatura. Toda línea que se aleja de la justa precision es mas ó menos bella

segun la mayor ó menor distancia que de ella la separa.

Otro tanto sucede con las demás líneas que circundan el cuerpo, ó cualquiera de los miembros que le componen, como los hombros, los brazos, las manos, las rodillas, etc.; porque no es la cara el único asiento de la belleza, sino que el cuerpo es susceptible de ella.

La cabeza debe ser de una forma casi redonda, teniendo mas las apariencias que la realidad de un óvalo.

Es tambien requisito indispensable que la frente sea grande, despejada, tersa y perfectamente redondeada; de modo que sus curvaturas sean iguales en los puntos que se corresponden. Una frente poco elevada y estrecha ofende á las demás gracias.

Los cabellos largos, espesos, alisados con esmero y de un bello color de azabache ó de ébano, son los mas preciosos que puede apetecer una hermosa; bien que las niñas se encuentran mas favorecidas cuando las ha dotado la naturaleza de una rubia cabellera.

Unos ojos bien rasgados, negros, pardos ó de un azul claro, pueden en sus casos respectivos adornar primorosamente una fisonomía; siendo mucho mas hermosos los grandes, pero mas vivos y picarescos los pequeños.

Suavemente arqueadas las cejas en forma de semicírculo, terminarán por un lado en el ángulo exterior del ojo, y en el nacimiento de la nariz por el otro. Las negras son las mas bellas; pero es menester que tengan el mismo color de los cabellos, pues son insoportables los contrastes en este punto.

Conviene que las mejillas gocen de cierta consistencia, y que el color sonrosado de su cutis despidan un brillo suave y moderado que sirva para denotar la frescura que lo sostiene. Nunca llenarán las condiciones de lo bello ofreciéndose muy hundidas ó demasiado prominentes, porque si las primeras son un anuncio infalible de la vejez, las segundas á su vez constituyen uno de los atributos de la infancia.

Las orejas han de ser cortas y ligeramente encarnadas.

La nariz recta y afilada es sin disputa la que mejor corresponde á las exigencias de lo bello:

las romas disfiguran menos que las largas y aguilénas.

La boca deberá ser pequeña y bien cortada, de tal modo que al sonreirse forme en cada una de las mejillas el hoyito que se forma de las gracias.

Los labios ni muy gruesos ni muy delgados con extremo, y teñidos de un carmin húmedo, como antes hemos dicho.

Los dientes blancos, pequeños, iguales y bien colocados; pero sin que su blancura sea demasiado brillante, pudiendo asegurarse que para merecer el nombre de hermosos les basta el tono del marfil.

La barba redonda y hendida.

El cuello un poco largo, bien torneado, y que el cutis sea blanco, delicado y gracioso.

Los hombros mas estrechos que las caderas.

Los brazos torneados, duros y blancos.

La mano un poco larga y delgada.

Los dedos redondos, encarnados hacia las uñas y delgados por esta misma parte.

Los pechos igual y muellemente divididos en dos semi-globos duros, blancos y redondos; cuando son muy abultados disfiguran y dan un aire bastante ordinario; pero los demasiado pequeños quitan toda la gracia.

El talle habrá de ostentarse fino y desembarazado.

Los muslos blancos y gruesos, disminuyendo su gordura por la parte que se une á la rodilla, que deberá ser tambien redonda y bien torneada.

Las piernas finas y sueltas; pero con las proporciones de que depende necesariamente toda su gracia y hermosura.

Por último, el pié debe ser pequeño, y estarán colocados sus dedos de tal modo que terminen casi en punta.

Tal es la obra maestra de la naturaleza, de que la inocencia está llamada á formar el mas delicioso encanto.

LA EXPRESION.

Los afectos del alma, los pensamientos y la diversidad de deseos prestan mil encantos á la belleza. Ellos animan las miradas, los gestos y los movimientos; pero las partes de la cara que reciben mas expresion, son seguramente los ojos, las cejas y la boca. Los ojos son el espejo del alma,

y nada es mas seductor que una mirada llena de sentimiento y de dulzura, de esperanza y de deseo, de candor y de ingenuidad. Los tiernos afectos dan un lustre indefinible á las gracias naturales, por la tranquilidad que esparcen en la fisonomía; pero la union mas perfecta y de la que la belleza obtiene su gran mérito, es la de la modestia y la sensibilidad, la de la dulzura y la inocencia. Cada una de estas cualidades es suficiente para agrandar; pero su conjunto las eleva al apogeo de la expresion.

Se suele preguntar ¿por qué dos amantes son mas hermosos y amables de lo que aparecen á los ojos de los demás y de lo que son realmente? Esto consiste en que el amor embellece los objetos. Regularmente se ven los amantes cuando solo tienen por testigo al amor, y los tiernos afectos á que se entrega sin reserva el corazon, dan á la belleza un brillo, una expresion de que no puede hacer gala en otros momentos. Por la misma razon la cólera, la envidia, los celos y otras pasiones semejantes alteran las gracias de la hermosura y hacen que pierda todos sus atractivos. Las mujeres debieran adorar la virtud y la inocencia, siquiera por el interés de sus encantos, los cuales no podrán inspirar un amor verdadero sino cuando hayan adquirido derecho á nuestra estimacion.

Hay mujeres que son bonitas teniendo los ojos torcidos, remangada la nariz, los labios gruesos y poco pobladas las cejas.—¿Qué se encuentra, pues, en ellas?—Expresion y gracia, que son mas hermosas todavía que la belleza misma. (Estévan de Neuffville.)

LAS GRACIAS.

Las gracias suplen á la belleza, y son de esas cosas que se sienten mejor que se expresan: son indudablemente un secreto maravilloso y una especie de misterio en la naturaleza. Una mujer agrada; se observan detalladamente todas sus facciones, y ni una sola posee de las que caracterizan la belleza; no obstante, sigue agrandando y merece favores que no se dispensan á la que realmente es hermosa. Pretendiendo explicar este fenómeno, solo nos queda el recurso de decir: es un don natural, un no sé qué; en una palabra, tiene gracia. Tal

vez consiste esta en ciertos movimientos honestos, fáciles, sencillos y naturales, que sabe imprimir á todo lo que dice y ejecuta. La boca es el mejor asiento de las gracias y la sonrisa su mas bella produccion.

La gracia es siempre producto de la naturaleza, aunque por medio del arte sea posible adquirir la facilidad de agradar. Los ejercicios de la juventud, tales como el baile entre otros, dan flexibilidad al cuerpo y hacen que los movimientos sean mas fáciles y desembarazados, y por consiguiente mas graciosos. El trato del mundo contribuye tambien á formar á las jóvenes, y basta muchas veces para dotarlas de gracia, esto es, para hacerlas capaces de agradar, puesto que como hemos dicho, las gracias no se adquieren propiamente, sino que son obra de la naturaleza. Muchos, sin embargo, confunden las ideas en esa parte, y sin advertir la gran distancia que separa á lo absoluto de lo relativo, emplean como sinónimas palabras que corresponden á conceptos bien distintos. Las gracias aparecen sobre todo en los modales, y estos nacen á cada instante y pueden sorprendernos á cada momento. Una *mujer* hermosa no puede ser mas que de una manera, pero graciosa de cien mil.

Las gracias naturales en las mujeres tienen el don de embellecerlo todo; pero esos encantos son poco comunes.

La *mujer* que ha recibido como patrimonio las gracias, es tanto mas seductora cuanto que el instinto, el cálculo ó el hábito suelen embellecer todas sus acciones con los poderosos auxilios del arte.

LOS TREINTA SIMPLES QUE DEBE REUNIR UNA MUJER PARA SER PERFECTA EN

HERMOSURA.

Tres cosas blancas: el cutis, los dientes y las manos;

Tres negras: los ojos, las pestañas y las cejas;

Tres encarnadas: los labios, las mejillas y las uñas;

Tres largas: el cuerpo, los cabellos y las manos;

Tres cortas: los dientes, las orejas y los pies;

Tres anchas: el pecho, la frente y el entrecejo;

Tres angostas: la boca, la cintura y la parte inferior de la pierna;

Tres gruesas: el brazo, el muslo y la pantorrilla;

Tres delgadas: los dedos, los cabellos y los labios;

Tres pequeñas: la cabeza, la barba y la nariz.

LA BELLEZA DE LA MUJER ES LA

BELLEZA POR EXCELENCIA.

Estando dotada la *mujer* de atractivos tan poderosos, de encantos tan irresistibles, no podrá parecer ocioso que nos detengamos á hacer una descripción minuciosa de ellos. Este lindo cuerpo, cuya vista produce en nosotros tan tierno placer y al que no podríamos tocar sin sentir las mas gratas emociones; esas carnes tan suaves y delicadas, ese color claro y fresco, y la blanca y sonrosada tez, el cutis brillante, la hermosa cabeza, la cabellera que os encanta por su dulzura por su brillo y longitud, y ese rostro majestuoso, cuya franqueza y jovialidad le imprimen todo el realce de la mas graciosa y bella fisonomía; y ese cuello de redondas formas, que puede disputar á la leche su blancura, y la frente despejada, espaciosa y resplandeciente; todo esto forma el admirable conjunto de una *mujer* hermosa, y no es posible inventar atributos mas dignos de un todo que haya de llevar el calificativo de bello. ¿Quién podría pintar cosa mas penetrante, mas expresiva, al propio tiempo que dulcificada por la alegría y gracia mas amables, que los ojos de una hermosa? Sobre esos cristales finos y resplandecientes, sobre esas ventanas luminosas se encuentran las cejas, formando dos pequeños arcos, tan preciosos y separados á una distancia tan conveniente, que no es fácil imaginar disposiciones mas análogas á su objeto. De entre estos dos semicírculos vemos descender la nariz, tan proporcionada y bien concluida, como que solo llena el espacio preciso que pudiera señalarle la concepcion mas artística.

Por bajo de la nariz se ve aparecer inmediatamente esa boca brillante como el oro, y á la que dos labios de coral, que son como las hojas de esta bonita puerta, dan una gracia indescriptible. Si la abre una sonrisa, dos hileras de dientes igual y rectamente ordenados se ofrecen á nuestra vista, y entonces nos convencemos de que su blancura es capaz de oscurecer la del marfil.... A los lados de la boca se elevan las mejillas; ¡pero qué mejillas! tan tiernas, delicadas y brillantes como el rocío, y

por otra parte tan candorosas, que bien podría llamárselas el asiento y el trono del pudor. Semejante cara, que ni el escultor mas hábil podría mejorar, termina en una barba redonda, que deleita la vista por la gracia del hoyito que tiene en su centro.

A continuacion de la cara se presenta un cuello elegante, que se eleva de los hombros perfectamente torneados; la garganta es delicada, blanca y provista de una gordura regular; la voz es dulce, y agradable la palabra; el pecho ancho, cubierto de una carne compacta y tersa, que se desarrolla hasta formar dos prominencias de la mas exquisita blancura, y de una dureza proporcionada á la conservación de sus formas esféricas. Son tambien circunstancias precisas de la belleza de la *mujer*, que la espalda sea recta, los brazos largos, la mano nacarada, los dedos prolongados por coyunturas pulidas y graciosas, las caderas y los muslos gruesos, la pierna carnosa, las extremidades de las manos y de los piés terminando en forma orbicular; en fin.... todos los miembros de la *mujer* son bellos....

Además, ¡cuánta modestia se nota en su modo de andar! ¡cuánta gracia en sus movimientos! ¡qué dignidad en todas sus acciones!.... Es preciso confesarlo; nuestra hembra, por el orden, por la simetría, por la forma y disposicion de su cuerpo, es bellísima en todo. Reasumamos, pues, nuestra pintura en un solo rasgo: sí, lo he dicho y lo sostengo; en todo el encadenamiento de ese vasto universo no hay un objeto digno de admiracion, ni que merezca ser observado, contemplado, examinado y escudriñado tan detenidamente como la *mujer*; porque ella es en verdad el milagro del Creador. A no ser ciegos, será imposible no ver que Dios reunió en la *mujer*, como complemento de la creacion, toda la belleza de que el universo era susceptible. Y bien; el Todopoderoso, que sin duda obra siempre con razon, hizo esto con un objeto determinado. ¿Qué motivo pudo tener para obrar de este modo? Yo os ruego que mediteis bien lo que voy á deciros: Dios ha criado en la *mujer* el extracto, la quinta esencia de todas las maravillas, para que no haya un solo mortal que no se conmueva, lleno de asombro, de amor y veneracion, á la vista de esa obra incomparable.... (Agrippa.)

INFLUENCIA DEL CLIMA EN LA BELLEZA DE LAS MUJERES.

La belleza sublime no consiste solo en la suave dulzura de un cutis satinado, en el color fresco de una tez blanca y sonrosada, en la languidez seductora de los ojos húmedos, en la vivacidad picante y apasionada de los mas picarescos, sino tambien en la justa proporcion de las facciones y en el mas tierno y armonioso conjunto. Esta belleza se encuentra con mas frecuencia en los países fértiles y benignos que gozan de un cielo puro. En Italia hay mas mujeres hermosas que en Francia; en Sicilia, y sobre todo en Malta, existen muchas mas que en Italia; y en la Jonia abundan mas que en todo lo restante de Grecia, porque el clima es mas dulce: allí se disfruta de una primavera perpetua, la temperatura es mas constante que en todas las demás islas, y como sus habitantes están libres de muchas enfermedades, su rostro no se altera y desfigura tanto como en otros países.

En general, lo que contribuye especialmente á la belleza del sexo femenino, es un género de vida agradable, exento de inquietud y de pasiones arrebatadas, el uso además de alimentos sanos y atemperantes, y un clima templado y fértil.

Los indios dicen que no se encuentran mujeres hermosas en los países de malas aguas, ni en los que la tierra es avara de sus tesoros y de su opulencia; y debe creerse así, porque lo contrario no se ha demostrado todavía. En fin, el amor sobre todo, ese sentimiento encantador, es el que produce la belleza y la perpetúa en las especies. ¡Cuántas veces la atonía de la indiferencia, el estupor del miedo, la antipatía de la aversion engendran individuos feos y contrahechos? La naturaleza nos hace buscar lo bello, porque propende sin cesar á la perfeccion de las especies, de que la belleza es el signo infalible. (Virey.)

A mi modo de ver, en la Vizcaya española, en el condado de Avignon y en Grecia se encuentran las mujeres mas hermosas de Europa, y entre todas parece que las vizcainas deben obtener la preferencia. Son estas altas y bien formadas, blancas como el alabastro; tienen el cutis mas delicado del mundo, un color admirable, una frescura encantadora y una vivacidad picante. Añadid á esto unos ojos grandes y rasgados, cejas negras y po-

bladas y unas carnes regulares, y completareis el exacto y fiel retrato de una hermosa vizcaina....

Las gracias, el aire y el buen tono de las francesas, y sobre todo de las parisienses, pueden servir, como sus modas, de modelo á toda la tierra.

Las inglesas son generalmente muy blancas, lo que las hace parecer insulsas; pero son tan sentimentales, que hacen olvidar lo que podria serles desfavorable.

Las suecas, á pesar de su blancura y graciosa cara, se presentan con demasiada altanería, lo que no puede menos de serles perjudicial.

Las alemanas pecan por demasiado gruesas, pero tienen mucha sinceridad y dulzura, y acaso algunas veces excesiva ingenuidad. Su frescura la conservan largo tiempo.

Las italianas son muy sentimentales, y cuando están bien educadas son infinitamente amables, aunque morenas; se ajan muy pronto.

Las españolas son tiernas, sinceras y apasionadas; no son gruesas en general, pero sí bien formadas, y se ajan tan pronto como las italianas. De presumir es que si fuesen menos precoces, se conservarían mucho mas tiempo.

Las griegas son excesivamente ardientes, por cuya razon nadie se aficiona tanto á ellas como las gracias de su persona merecen.

Las rusas, que son amables, no saben serlo á medias.

Las polacas tienen mas vivacidad que las alemanas, bastantes encantos para agradar, y mérito para hacer que las amen; pero como se parecen mas á Diana que á Venus, su éxito corresponde á sus inclinaciones.

Las húngaras se parecen á las polacas, las dehesas á las suecas, las holandesas y las suizas á las alemanas, y las portuguesas á las españolas. (***)

Las mujeres turcas son bonitas en general, y aun entre la clase menesterosa, todas tienen una tez fresca como las rosas, y un cutis blanco, terso y suave como el terciopelo, sin duda á causa del uso frecuente de los baños. (Belon.)

De todas las mujeres de nuestro globo, las georgianas, las circasianas, las mingrelianas, y en general todas las del Gurgistan, de la Imérica (1) y de

las inmediaciones del monte Cáucaso, pasan como las mas arrebatadoras por la perfeccion de sus formas, el brillo de su tez, la delicadeza de sus contornos y las gracias y voluptuosidad que parecen exhalar de toda su persona. (Chardin.)

Los albaneses (hablo de los habitantes de las montañas, no de los que cultivan la tierra en las provincias) tienen en general muy buena presencia. Las mujeres mas hermosas que hemos visto, tanto por la esbeltez de su talle como por la gracia de su fisonomía, se encuentran entre Delvinachi y Libochabo. Estaban ocupadas en reparar un camino deteriorado por los torrentes....

....Las albanesas son mucho mas lindas que las griegas, y su traje mas pintoresco; tambien conservan mucho mas tiempo su belleza, porque disfrutan con frecuencia del aire libre. (Byron.)

Hay en Cádiz muchachas tan dulces, quiero decir, damas tan graciosas, que solo su modo de andar hace palpar el corazon. Imposible seria hacer la descripcion de ellas, cualquiera que sea la impresion que hayan podido causarme; y además, ¿con qué las he de comparar, si nada he visto que se las asemeje? Un caballo árabe, otro de Berbería recientemente adiestrado, un ciervo ligero, un camaleopardo, una gacela.... no, nada de eso todavía.... ¡y su traje! su velo.... su vestido!.... ¡Ay de mí! si quisiera haceros una ligera pintura de todo ello, seria necesario que consagrara un canto.... ¡y sus piés y sus tobillos!.... A fe mia que podeis dar gracias al cielo porque no tengo metáforas á mano. Vamos, prudente musa mia, vamos, marchemos con paso seguro. ¡Casta musa!... vamos, es necesario! ¡Qué de encanto hay en esa accion elegante, cuando una mano aparta un momento el velo, para dirigir una mirada irresistible que hace palidecer y penetra hasta el fondo del corazon! ¡Oh país querido del sol, país del amor! Si os olvido alguna vez, que me olvide tambien de.... rezar mis oraciones! (Id.)

Cuando Pafos (1) cayó destruida por el tiempo ¡viejo maldito, la reina que somete el universo debe sucumbir ante tí! huyeron los placeres para buscar otro clima tan dulce, y Venus, fiel al mar, que fué su única cuna, la inconstante Venus se dignó escoger á Cádiz para su residencia, y fija

(1) Provincia rusa en Asia.

(N. d. l. T.)

(1) Ciudad de la isla de Chipre.

(N. d. l. T.)

su culto en la ciudad de las blancas murallas: allí sus misterios han sido celebrados en mil templos, consagrándole mil altares en que el fuego divino arde continuamente. (Id.)

Todas las mujeres meridionales son morenas, mas ó menos agradables, tienen ojos muy brillantes y vivos, y una tez muy animada, excepto en los países demasiado cálidos. Los ojos de las griegas son grandes y muy abiertos. En el Norte las mujeres son mas rubias que los hombres, y su blancura es tan brillante, que degenera algunas veces en insulsez. El bello sexo mas encantador de toda la tierra habita en las regiones templadas de la Europa y del Oriente. El pincel de Apeles, el toque delicado de Corregio y de Albano, ¿podrán expresar el colorido de rosa, los tortuosos contornos, el dibujo suave y puro y la fácil ligereza de sus formas? ¿Quién podrá copiar ese tallo esbelto, esa delicada elegancia en el modo de andar, esas actitudes que respiran voluptuosidad? ¿Quién el pudor, ese ingenuo compañero de las gracias, la dulce sonrisa y la llama penetrante de una mirada de amor de una georgiana, de una española, de una italiana, de una francesa, de una inglesa, de una griega, etc., etc? ¿Cómo traer á nuestra vista esos tesoros divinos que la mano de la naturaleza quiso adornar con todos sus atractivos y que plugo al amor coronar con sus dones y su magnificencia? ¿Levantaremos el velo de la inocencia y del pudor que los cubre? ¿Podrá pintarse el delicioso encanto que excitán en todos los corazones? ¿Corresponde á los míseros mortales descubrir ese vapor que embriaga al salir del oprimido pecho de una *mujer* enamorada? ¿Qué expresion nos representará ese fuego devorador que la abrasa, ese sentimiento inpetuoso, ese delirio que la vivifica y la atormenta? ¡Tiernos capullos que el aquilon respeta, de este modo vais abriendo con seguridad vuestro casto y tímido seno á los rayos seductores del astro del dia!.... (Virey.)

BELLEZA DE LAS SEÑORAS ROMANAS.

¿Por qué no os hablaré de esa flor de Roma que tiene tanto precio en todos los países del mundo, ante quien el corazon de la adolescencia siente sus primeras palpitaciones, y la imaginacion del hombre se inflama todavía cuando nada puede excitar-

la, y cuyo recuerdo entenece ó hace sonreír hasta á los ancianos? Allí, como en todas partes, la belleza se encuentra con dificultad; y la naturaleza olvidó, al formar á las romanas, la encantadora combinacion de colores y de formas que busca con ansia el hombre en el momento de percibir á una *mujer*.

Pero si la naturaleza solo bosqueja el tallo; si deja imperfecto el seno; si el pié carece de delicadeza, consigue la mas perfecta belleza en el dibujo de la cara y de la mano. Debemos, pues, considerar que en todos los países del mundo no nacen del mismo modo todas las especies de flores.

Se cree generalmente que esta negligencia ó defecto de industria respecto de las romanas, se compensa con la perfeccion de los hombros: á mí se me figura que si sus hombros parecen mas hermosos, es porque los enseñan con frecuencia, y tambien es posible que la gordura que tienen desde muy jóvenes las embellezca realmente.

De cualquier modo que sea, la naturaleza no podria colocar ni armonizar la frente, los ojos, la nariz, la boca, la barba, las orejas ni la garganta; no podria emplear tampoco formas mas puras, mas dulces ni mas correctas: todos los detalles, en fin están bien concluidos y el conjunto perfecto. ¡Qué tez! parece que está formada con una masa de lirios y de rosas. ¡Qué color! creeriase que la hermosa se ruboriza continuamente.

La hermosa cabeza de una romana sorprende siempre y conmueve el corazon: la primera mirada que se le dirige la fija en nuestra memoria, y el menor recuerdo representa de nuevo toda su belleza.

Pero todo tiene compensacion en el mundo, y si la romana recibe de la naturaleza esa hermosura que sorprende y admira, no llega jamás á obtener la gracia que entenece y que sabe inspirar el mas delicado amor. Si posee los encantos constantes que hacen de una *mujer* hermosa una beladad, le faltan las fugitivas gracias, que equivalen á veinte bellezas, y que se reunen en una que es amable. Por mas que contempleis un dia entero su cara, sus hermosos ojos siempre os dirigirán la misma mirada, la sonrisa de su boca será siempre la misma; nunca reconocereis en su pura frente la menor señal que indique placer ó pena, ni hallareis huella alguna en sus perfectas facciones que

anuncie sentimientos de ternura ó pensamientos delicados.

Es difícil, por lo demás, que una *mujer* muy sensible sea perfectamente bella, pues la sensibilidad descompone por sus movimientos las proporciones de la hermosura, sustituyendo en su lugar una fisonomía muy expresiva.

Nada es mas raro que encontrar en Roma una figura que seduzca é interese el alma.

Pero en cambio, ¡qué hermosísimas manos! ¡Son tan raras las manos hermosas!

La hermosura de las romanas se desarrolla rápidamente y de una vez, como una rosa que naciera sin precederla el capullo. A la edad de quince años reúnen ya una helleza completa; mas como no la cultivan por medio de ejercicio alguno y la abruman con tanto sueño; como no la sostienen con ninguna sujecion, todas sus facciones se abultan al poco tiempo y se desproporcionan sus formas. Y no obstante, deben las hermosas espaldas que con tal orgullo ostentan y prodigan á todas las miradas, á esa misma molicie que en tan breve tiempo marchita toda la delicadeza de su figura.

Hay tambien otra razon que explica la rapidez con que aparece y desaparece la hermosura en Roma, y es que constantemente permanece encerrada y á la sombra, olvidando que cual las demás flores, necesita los rayos del sol.

No concluiré sin hablar de la voz de las romanas, porque la voz es una de las grandes perfecciones del sexo. ¡La voz de una *mujer*! La de las romanas se asemeja á su figura: bella, pero sin alma; hace sentir las explosiones de la pasion, pero jamás sus acentos. Oidla, y observareis que la voz no sale de su corazon ni muere en el vuestro.

Hay, sin embargo, excepciones respecto á cuanto acabo de decir de las romanas, y yo conozco tres por lo menos: *Teresa, Rosalinda y Palmira* P.

Verdad es que pasando su vida entre extranjeros en la casa paterna, la coquetería de su sexo y la suya propia se hallan de continuo en movimiento.

Teresa es Armida en miniatura, y Palmira se hubiese parecido á Herminia en su tiempo. Rosalinda tiene ese *no sé qué* de las mujeres que agradan

en todos los países del mundo; si pestañea es una gracia y si mueve los labios lo es tambien. Las tres hermanas poseen todos los talentos, y bailan con tal molicie, cantan con tal expresion!...

Pero terminemos, que ya he dicho bastante acerca de las bellezas romanas, y es menester guardarse de pasar el dedo por la borrrilla de las flores, así como de aspirar largo tiempo su perfume. (Dupaty).

DE LA HERMOSURA DE LAS

FRANCESAS.

¿Son hermosas las francesas? Quizá se crea que no, pero es imposible comprenderlo. Quien no las haya visto, podrá pintar la belleza, mas de seguro no tendrá idea de las gracias.

HERMOSURA DE LAS PARISIENSES.

¿Es hermosa la *mujer* de Paris? ¿De qué modo lo es? ¿Lo es mucho tiempo?

Un dia descendió la hada Azul á la tierra, con la delicada intencion de distribuir entre todas sus hijas, habitantes de diversos países, los tesoros de favor que consigo llevaba.

Sonó el cuerno su enano Amarantho y en el instante se presentó una jóven de cada nacion á los piés del trono de la hada, formando todas aquellas unidades una multitud bastante considerable. Succedia esto mucho tiempo antes de la revolucion de julio de 1830.

La excelente hada Azul dijo á todas sus amigas: "Deseo que ninguna se queje del don que voy á concederos, no alcanzando mi poder á otorgar á todas la misma cosa, cuya uniformidad, por otra parte, privaria á mi libertad de todo su mérito." Como el tiempo es tan precioso para las hadas, la Azul terminó aquí su discurso, y principió la distribucion de sus presentes. Ninguna se manifestó disgustada.

Dió tan negros y largos cabellos á la *mujer* representante de España, que pudiera servirse de ellos como de una mantilla.

A la italiana, ojos tan vivos y ardientes como una erupcion del Vesubio á media noche.

A la inglesa, una aurora boreal para teñir sus mejillas, sus labios y sus hombros.

A la turca, unas formas redondas como la luna y tan suaves como la pluma del éder.

A la alemana, dientes como los suyos, y lo que si no vale tanto, tiene tambien su precio, un corazon sensible y profundamente dispuesto para amar.

A la rusa, el aire distinguido de una reina.

Pasando luego á los detalles, colocó la alegría en los labios de una napolitana, el talento en la cabeza de una irlandesa, el buen sentido en el corazon de una flamenca; y como ya no le restase nada que conceder, se levantó para alzar el vuelo.

—¿Y yo? le dijo la parisiense reteniéndola por la fimbria de su flotante y azulada túnica.

—¿Os habia olvidado?

—Ciertamente, señora.

—Estais demasiado cerca de mí y no os he visto; pero nada puedo hacer en vuestro favor, puesto que se halla vacío el saco de mis liberalidades.

Reflexionó un momento la hada, y llamando á todas sus encantadoras favorecidas, les dijo: "Siendo hermosas, no dudo que sois buenas, y por lo mismo me dirijo á vosotras para que repareis una gravísima falta de mi parte: he olvidado en mi distribucion á vuestra hermana de Paris, y os suplico que se desprenda cada una de una parte del presente que le he otorgado, y que adorne con ella á nuestra parisiense. Así perdereis poco y reparareis mucho."

¿Cómo rehusar las exigencias de una hada, y sobre todo, de la hada Azul?

Con la gracia natural de las personas venturosas, todas aquellas señoras se aproximaron una á una á la parisiense, y le dejaron al pasar esta una parte de sus negros cabellos, la otra un poco del rosado color de su cutis, aquella algunos rayos de su alegría, no faltando tampoco quien le regalase cuanto pudo de su sensibilidad. De esta manera, la parisiense tan pobre, tan oscura y tan olvidada, se halló en un instante por el acto de semejante recoleccion, mucho mas rica y mejor dotada que ninguna de sus compañeras. (Leon Gozlan.)

Puede decirse por qué parece una *mujer* generalmente bella; pero seria imposible hallar la razon que la hace mas agradable á una persona que á otra. ¿Cómo explicar esa relacion desconocida entre nuestros órganos y el objeto que perciben? Lo mismo seria si quisiéramos descubrir por

qué se prefiere lo encarnado á lo negro. Pudiera decirse, no obstante, que es hermosa una *mujer*, siempre que el conjunto de sus facciones expresa la dulzura, el candor y la honestidad. (Madama Necker.)

La hermosura no tiene otro objeto en el sistema de la naturaleza que despertar el amor en los seres animados, y por él obtener la reproduccion de las especies.

Entre las naciones civilizadas, la *mujer* con la corona de la hermosura sobre su frente, tiene en la mano el cetro del poder absoluto. Que aparezca y todos la cercan; que mande, y al instante es obedida; que hable, y todos callan, escuchan y admiran. Nacida entre el fango ó bajo la púrpura, la edad de los amores la encumbra á la cima de los honores y del poder. A un gesto suyo salen del polvo sus amigos é invaden las dignidades, del mismo modo que un signo de ella basta para lanzar á la nada á sus enemigos. Que un amante temerario, seducido por sus encantos, ose robarla, y al saberlo se ligan los príncipes de la tierra para recuperarla, devastan las provincias, incendian las ciudades, arruinan los Estados, y después de diez años de infortunios sin cuento, la retiran del seno mismo de las llamas que abrasan á la soberbia Ilion.

Considerando con frecuencia la historia de la humanidad, he creido ver en el influjo de la belleza femenina el origen de los crímenes mas numerosos y mas atroces, como el de actos eminentemente heróicos, habiéndome parecido que ocasiona mayores desórdenes entre las naciones llamadas civilizadas, donde apenas inspira una buena accion.

Con tales ideas hubiera casi blasfemado de Dios y maldecido á la hermosura, si no hubiese querido conocerla antes de lanzar el anatema contra ella.

Dios, que no habia criado nada en balde, me he dicho, no puede menos de haber señalado un gran objeto al fenómeno mas brillante del destino humano, y este objeto debe ser el bien del hombre.

La fisiología, esa ciencia eterna recientemente aparecida sobre la tierra, y que debe concluir por volver del desierto á la moral y la religion, ha resuelto para mí estas cuestiones. La belleza es un don celestial que solo propende al bien, pero del cual se sirven los vicios del hombre para perpetrar

el mal; es una copa divina que en las manos de la virtud derrama néctar y vida, y que en la de los malvados esparce á grandes torrentes el veneno y la muerte. En nombre de la moral y de la religion puedo decir ya á la *mujer*: ¡Desgraciada de tí si ignoras por qué te ha hecho Dios hermosa, pues con tu corona de belleza solo tendrás una corte de vicios, considerarás el amor y sus placeres como tu único fin, y Dios te condenará á la esterilidad en esta vida, y ninguno, después de tu muerte, rogará sobre tu tumba para que seas bienaventurada en la otra!....

La hermosura es la armonía, como esta es el conjunto de los fenómenos físicos ó morales que concurren á la formacion de un ser perfecto. Y si es así, el espíritu de armonía que ha extendido el velo de los cielos, haciendo que giren eternamente los planetas al rededor del sol; que deposita la vida y la luz en ese padre del día; que agita, aglomera y concierta las moléculas de la materia bruta para formar una flor brillante; que da á esa reina de los campos la sencillez por adorno, el llanto de la mañana por diamantes, y por amantes el risueño y ligero cortejo de las mariposas y los céfiros; ese espíritu de armonía que amolda en el seno de la *mujer* un ser pequeño, le hace nacer y crecer, imprime con cariñosa mano sobre su cara cuanto puede encantar la mirada del hombre, hace descender de su frente blondos y negros cabellos serpenteando en graciosas ondas sobre un cuello de alabastro, redondea los contornos de sus pechos y ondula dulcemente sus miembros flexibles y delicados; ese espíritu, esa armonía á quien todo debe el ser y la vida, es Dios. Luego si la hermosura es la armonía, la hermosura es Dios.

¡Ah! si los hombres estuviesen bien penetrados de esta verdad, no tendrían otro culto que el de la belleza. Lejos de abusar de ese favor divino y de hacer de él un instrumento de perdición, temblarían de ver una mancha en el casto é inmaculado ropaje de que Dios reviste á la materia, y no la usarían sino para glorificar á su autor. Cada uno procuraría no hacer nada que pudiese producir desórden en ese armonioso conjunto de cualidades que forman lo bello; cada uno conservaría su alma pura como su cuerpo, y la virtud, esa belleza del alma, realzaría á la hermosura, que es la virtud del cuerpo. ¡La salud, la alegría y la feli-

cidad reinarian así en el mundo! Pero la hermosura es la luz de que habla el Evangelio; brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden: se halla en el mundo, se ha hecho este para ella, y no la conoce.

Y esta cuestion interesa sobre todo á la *mujer*, pues teniendo en depósito el precioso tesoro de la belleza, debe inquirir por qué se lo ha puesto Dios entre las manos, estando así dispuesta á darle cuentas del uso que de él haya hecho.

El ser hermoso por excelencia es el mas completo y perfecto. Un ser en manos de la naturaleza, como en las del arte, es perfecto cuando el conjunto de todas las cualidades que lo componen está en armonía entre sí y con el mundo exterior, hallándose apto en sumo grado para llenar el fin de su creacion. Y como toda desviacion de esta ley es una imperfeccion, una mancha, esta regla se aplica á todos los seres del orden moral y del físico, ya sencillos, ya complexos, á los individuos como á las masas cuya organizacion forma un todo completo. Segun esta regla, que es infalible, la mas perfecta de las mujeres será tambien la mas bella, y la mas bella de todas será la que no carezca de ninguna de las cualidades exigidas por su naturaleza; la que las posea todas en el estado de armonía necesario para que corresponda soberanamente á las miras del Criador, llenando su mision sobre la tierra.

Pero ¿cuál es esta mision? ¿Cuál es el papel mas importante de su destino? ¿Qué se propone Dios en todo lo que hace por ella? ¡Sencilla cuanto grande cuestion, pero cuya solucion deberia conocer toda *mujer*! ¡Cuestion que resonará aterradora y terrible para mas de una al llegar á los piés del tribunal de Dios!

A cuantas mujeres del mundo civilizado vayan desfilando ante mi vista y les pregunte por qué las ha criado Dios, ni una sola me dará en el acto una solucion categórica. Puede que alguna cristiana acordándose de las palabras del Catecismo, conteste sin comprender lo que dice: Dios me ha criado para conocerlo, amarlo y servirlo, y por este medio adquirir la vida eterna. Estas palabras son verdaderas, ¡oh *mujer*! pero para conocer á Dios es preciso conocerse tambien á sí mismo, y tú te ignoras completamente; para amar á Dios es preciso apreciar toda la extension de sus benefi-

cios, y tú no piensas en ellos; para servirlo, en fin, es preciso saber lo que exige de sus servidores, y me parece que tú no lo sabes. He aquí tu respuesta en otros términos mas directos y comprensibles: Dios ha criado á la *mujer* para ser amada del hombre, para tener hijos de él y adquirir por este medio la vida eterna. Amar á Dios es lo mismo para una *mujer* que ser buena madre.

Si, la mision noble y santa de una *mujer* es perpetuar la obra de Dios, dando vida al hombre, rey de la naturaleza é hijo querido de la Divinidad. Cuando nace dice Dios: He aquí una madre, y cuando muere se dirige á los cielos para que reciban á la madre, porque la *mujer* no tiene otro nombre que el lenguaje del cielo.

Si, pues, la naturaleza se ha propuesto hacer de la *mujer* una madre, claro es y absolutamente verdadero que la mas hermosa de todas será aquella que reuna las condiciones naturales de la madre por excelencia, y recíprocamente, que la mas hermosa de las mujeres en el sentido absoluto de la belleza, reunirá todas las condiciones que la naturaleza exige para una madre perfecta.

Para penetrarnos mejor de esta verdad, examinemos el trabajo de la naturaleza respecto á la *mujer*, y confesaremos que cuantos fenómenos se desarrollan en ella cuando siguen una marcha normal, propenden con maravillosa constancia á la perfeccion de su hermosura, que es el medio poderoso de amor y fecundidad.

Que si la niña nace de padres hermosos y felices, si crece en medio de las circunstancias mas propias para el desarrollo de sus facultades físicas y morales, si todas las potencias de su alma se desenvuelven á la vez, sin que una se extienda á expensas de las demás; si la gimnástica convenientemente dirigida por el instinto natural, conduce segun el mismo método todas las partes de su organismo, cuidando de que una no se fortifique en perjuicio de las otras; y si todos los fenómenos del desenvolvimiento se suceden con felicidad alcanzando por fin su último término dichosamente, con arreglo á las leyes de la naturaleza, yo sostengo que tal *mujer* debe haber adquirido toda la belleza á que hayan llegado los individuos de su raza.

Su estatura será alta ó baja, su cutis blanco ó moreno, segun la especie á que pertenezca. Bajo

los climas del Norte, su estatura será elevada y su cutis blanco, de color de rosa, dulce y delicado hasta el infinito; sus facciones serán regulares y finas, y sus ojos azules como el cielo; sus blondos cabellos se desprenderán en bucles de oro de su cabeza, y nada será comparable á la suavidad de sus carnes ni á la gracia de su contorneado cuerpo; por último, de sus labios de rosa ó de carmin brotarán palabras suaves y dulcísimas como su perfumado aliento, cubriendo este divino exterior una alma tranquila y pura.

Si nace bajo la influencia del sol meridional, su estatura será menos elevada, pero su talle mas delgado y flexible; sus movimientos tendrán mas viveza y gracia; negros ó castaños cabellos coronarán su cabeza; sus facciones serán mas pronunciadas, y caso tambien mas simétricas; sus grandes y negros ojos reflejarán en miradas mas vivas una alma mas fogosa y apasionada, sin ser por eso menos feliz é inocente; su voz será mas fuerte y expresiva; y si canta, las lágrimas correrán de los ojos de cuantos la escuchen.

Y sobre todo, nacida bajo este ó el otro clima, lo repito, si pertenece á alguna de las razas humanas privilegiadas, que tienen el sentimiento de la verdadera belleza de la *mujer*, será llamada hermosa por todos.

Cuando la *mujer* se halla en la edad de quince á veinte años, parece que ya la naturaleza ha concluido su obra respecto á ella. Entonces que la madre inteligentemente buena ha agotado todos sus tesoros de ternura y prudencia para hacerla del todo perfecta, ¿qué va á ser de ella? Esa jóven tan hermosa y completa se presenta á las miradas del hombre, á quien la misma naturaleza que de tal suerte la ha cuidado, ha prodigado idéntica solícitud é inteligencia, destinándolo para ser su esposo. Sorprendido y fascinado este de tantos atractivos, siente al verla arder su corazon, traduce sus sentimientos en palabras de ternura y amor, y con el fuego de sus ojos la cubre de un encanto magnético. Subyugada la hermosa por un impulso invencible y por un placer inefable, que domina toda la energía de su ser, se abandona á su vencedor y llega á ser madre. Mientras dura para ella el tiempo de la reproduccion, la naturaleza le deja su hermosura, que va desalojándose á medida que la edad de los amores desaparece; y bien pronto, ¡ay!

cesando la fecundidad, como la belleza no tiene objeto, desaparece en la misma proporcion, y deja su lugar á las arrugas y á las canas, digno objeto del amor filial y del respeto de los hombres y de los ángeles.

¿No es, pues, evidente que el cielo da á la *mujer* su corona de hermosura para conferirle el glorioso título de madre? Si penetramos más en ese misterio de amor con los ojos de la fisiología, aun descubriremos mejor esta verdad: ser hermosa es lo mismo que tener una naturaleza perfectamente armonizada con la del hombre y con las leyes de su propio destino. Es tan exacta tal observacion, que la privacion de un elemento de belleza es en muchas circunstancias la causa de su esterilidad. Para ser fecunda la *mujer* por los placeres del amor, debe recibir las impresiones de la voluptuosidad por todos sus poros. La piel fina, delicada y desprovista de aspereza, y los miembros de blandos contornos que dejan penetrar hasta el alma las mayores sensaciones, son grandes elementos de belleza. Los labios, que son el divino santuario donde el púdico amor quema su incienso y enciende su antorcha, deben ser de exquisita sensibilidad, para que oprimidos por una boca ardiente, comuniquen la llama á todo el sistema amoroso; pues tambien los labios de carmin ó rosados por una sangre pura, contenida apenas por una piel fina y delicada, dientes blancos y regulares y un aliento suave y dulce, atraen mágicamente los besos del hombre: por lo mismo son otros grandes elementos de belleza femenina, labios de coral, dientes de marfil, y el embalsamado aliento que se desprende de su boca.

Para que el fruto del amor pueda vivir y crecer sin estorbo en el seno materno, era necesario que las caderas de la *mujer* fuesen bien anchas, y que su pelvis tuviese grande desarrollo; y á los ojos del hombre no es dudoso que la anchura de las caderas, graciosamente onduladas y redondas, son un nuevo encanto. La salud del ser que lleva en sus entrañas advierte á la madre que evite penosos contactos con el mundo exterior, y le impone trabajos ligeros y sedentarios. Al efecto, esas ocupaciones de las mujeres estaban determinadas de antemano por la anchura de su pelvis, que separando sus caderas y echando sus rodillas hácia adentro, la hacen impropia para marchar; y por la delicadeza de su constitucion, que accesible á todas las impresio-

nes exteriores, le impone como ley abstenerse de todo combate con el mundo material y de todo trabajo penoso. Por consecuencia, la debilidad, que seria un vicio en el hombre, es un encanto y una belleza mas en la *mujer*. Me admira extraordinariamente que poetas de buen gusto hayan hablado en sus obras de mujeres guerreras con el fin de interesar al lector, y sobre todo, que hayan procurado conseguirlo refiriendo la pasion de algun héroe hácia esos viragos. A mí me interesa infinitamente mas Alejandro mezclando sus lágrimas á las de la *mujer* y las hijas del infortunado Darío, que Tancredo llorando de amor á los piés de una guerrera que lo amenaza con su espada y lo incita á defenderse. Tales ficciones pueden sorprender la imaginacion; pero no llegar al alma, para quien solo es interesante y bella la verdad. Diré mas: si la idea de fuerza y audacia en los actos físicos imprime una mancha en la hermosura femenina, y despierta en el hombre un sentimiento que mata al amor, lo mismo acontece en los actos intelectuales ó morales. Los esfuerzos del genio, las sublimes concesiones del entendimiento, una fuerza moral excesiva, todo lo que puede parecer, en fin, que por su poder tiene algo de varonil y superior á las fuerzas ordinarias de la *mujer*, perjudica á la belleza del sexo, espanta á las gracias y ahuyenta á los amores. El nombre de María Estuard despierta en el corazon de todo jóven sentimientos de amor, al paso que el de Isabel produce frio y repugna. Toda *mujer* que se ha creado un nombre en la historia de la humanidad por medios que parecen pertenecer exclusivamente al hombre, ha perdido los dulces privilegios de su sexo: solo el amor ha hecho que se perdona á Safo y á Eloisa su talento y su inmortalidad.

Por esta razon puede decirse que la debilidad es una belleza de la *mujer*, un encanto del cual no puede prescindir, si ha de agradar al hombre, así como la fuerza es el mas noble elemento de la hermosura de este á los ojos de aquella. El lazo mas sólido entre ambos sexos lo forman esas dos cualidades opuestas, que son á la vez el móvil mas poderoso del amor. Al elegir esposo la *mujer* que comprenda los designios del Criador, no la *mujer* depravada por la incompleta civilizacion que rige á las sociedades modernas, escogerá al mas fuerte guiada por el natural instinto que la advierte de su

debilidad, y le dice que de la fuerza emana la fecundidad, como la salud de la familia. Del propio modo, en la eleccion de esposa, si consulta el hombre el instinto de su naturaleza, escogerá una *mujer* mas débil que él física y moralmente, por lo mismo que experimentará un placer legítimo haciéndole sentir que puede protegerla y preservarla de peligros; y es seguro que su mutuo afecto acrecerá á medida que el uno sienta su fuerza y la otra su debilidad. ¡Cuántos jóvenes perdidos por el libertinaje de nuestras grandes ciudades, se han morado y tomado á fuego la cólera y las amenazas de las mujeres á quienes habian engañado, al paso que se veian subyugados y enternecidos por la santa resignacion y las lágrimas sinceras de alguna desventurada víctima de su perfidia, que no tenia para conmoverlos otra cosa que su amor, su desesperacion y su debilidad! Del sentimiento de su debilidad, por lo demás, es de donde emana otra porcion de cualidades que encantan al hombre y le inspiran amor, tales como la temidez, el pudor, la mirada baja, los velos que ocultan secretos atractivos, la confianza que en los peligros las hace recurrir al poderoso brazo del hombre, y esa fidelidad de esposa, prenda de la felicidad para la union conyugal y dulce garantía del amor materno. La fidelidad de las mujeres es en efecto la expresion de la necesidad que tienen de un protector, y procede además de la idea inherente á su naturaleza, de que ninguno se interesará jamás por ellas en tanto grado como aquel que el primero les enseñó el amor y el primero que las hizo madres.

Si la asercion de que la inferioridad de fuerzas físicas y morales es un elemento de belleza en las mujeres, suscitase alguna duda, un ejemplo famoso tomado de toda la antigüedad me ayudará á destruirla. La Vénus antigua, la diosa de la hermosura, aquella risueña hija de la imaginacion siempre sublime y verídica de los griegos, no es otra cosa que la mujer divinizada y perfecta, y cuanto dicen de ella los poetas se adapta admirablemente al carácter general, tal como la quiso formar la naturaleza. Cuando obtuvo el precio de la hermosura en el juicio que decidió París, príncipe y pastor, ¿cuál fué la razon de preferencia que se le concedió sobre la reina de los cielos y la hija del señor del rayo? Físicamente, las tres eran de igual hermosura; pero Juno y Palas poseian dos

cualidades que faltaban á Vénus; Juno ensalzó su poder y la majestad de reina, Palas alabó su prudencia y su valor, Vénus habló de su debilidad para los placeres del amor y recibió la manzana de oro.

Ved aun á las tres deidades en Homero y en los poetas cíclicos (1). Vénus, que cautiva todos los corazones, prefiere no obstar en la eleccion de esposo al Dios de la fuerza, despreciando al de la hermosura. La altanera y orgullosa Juno no puede hallar la paz en su matrimonio. Minerva, la celestial sabiduría, excusa el consorcio, permanece virgen y si cree ofendida su dignidad, su carácter varonil la lanza al combate con el mismo furor que Marte, mientras que Vénus solo acude á él para salvar á su hijo, llorando todavía al llevárselo, porque corre la sangre de su mano herida.

Y no creais que esta fábula se ha inventado caprichosamente. Los poetas mitólogos que la enseñaron, conocian el corazon y el espíritu humano y sabian que la sencillez, la sumision y la debilidad son los mas bellos florones de la corona de la hermosura que Dios ha colocado en la frente de la *mujer*.

No podremos menos de confesar que la *mujer* fué hermosa para hacerse madre, si todos esos elementos de belleza que le han servido para llevar en su seno al que llamará hijo, imágen de su padre y futuro regenerador de su raza, se hallan en armonía con las necesidades del tierno ser que ha de dar á luz. No cabe en esto duda alguna. Nace el niño, y desde luego aquellos brazos cuya delicada sensacion habia inflamado al padre de amor, reciben tiernamente al hijo, formándole muelle lecho proporcionado á su extrema fragilidad; aquellos pechos que oprimian con embriaguez los besos del padre, se convierten en fuentes inagotables de donde extrae el niño la vida; la boca que recibiera los besos del esposo con invencible voluptuosidad, se pasea ahora acariciadora y ligera sobre el cuerpo infantil, como inspirándole su alma, su calor y su vida; los largos cabellos, que flotantes sobre los hombros de su amada, se complacia

(1) Nombre que se ha dado á una serie de poetas anteriores á Homero, versificadores, pero no escritores, de toda la mitología y de la historia de la guerra de Troya, quienes figuraron durante los *ciclos épico ó mítico y troiano*.

el padre en trenzar, cubrirán si es necesario todo el cuerpo del niño, pendiente del cuello maternal; la delicada voz que encantaba las horas ociosas del hombre fatigado por un excesivo trabajo, adormece con su dulce melodía á la interesante criatura que se desprende del pecho, y la sonrisa que henchía de felicidad al padre, regocija al hijo cuando se despierta; aquellos ojos, en fin, cuya dulzura no podía sostener la penetrante mirada del hombre, y que la *mujer* cerraba amorosamente á la presión de ardientes caricias; aquellos ojos reflejan su purísima luz en los ojos débiles aun de su hijo. Esa ineptitud para el trabajo que reservaba al hombre una *mujer* poco habituada al contacto de la materia y mas sensible por consiguiente á sus caricias; esa ineptitud es proporcionada á la debilidad del niño y fija á la madre junto á la cuna de su hijo. Cuando el pensamiento, emanación del cielo, venga á habilitar el alma del niño, procurando abrirse paso por la palabra, esa volubilidad de expresión, esa propensión á hablar, inexplicable en la *mujer* sin la cuna, ensayará la lengua del rapaz inhábil aun, y le hará balbucear el nombre paternal y la plegaria divina.

Así pues, la hermosura es el conjunto de cualidades que hacen á la *mujer* mas apta para la maternidad; siendo esta proposición tanto mas verdadera, cuanto se aplica del mismo modo á todos los seres organizados que se producen por la fecundación. Y en efecto, la época señalada por la naturaleza para los amores es el apogeo de la hermosura en todo lo criado. A la misma ley obedecen las flores en los campos, la mariposa en el aire, el pájaro en los bosques y la joven en nuestras ciudades ó en el campo, y para demostrarlo tomemos un ejemplo del reino vegetal, que sin duda los ofrece mas graciosos. Ved la flor, imperfecta ayer mismo, cómo se abre esta mañana con la primavera y el primer canto del pajarillo. ¡Cuán hermosa es, Dios mío, y con qué reserva abre sus pétalos! Diríase que la anima el pudor y que teme mostrar su seno, donde tiemblan aun algunas ligeras sombras, como velándola. Al caer sobre ella los rayos del sol, llenos de amor, ¡con qué embriaguez se dilata bajo su vivificante calor! ¡Qué delicadeza en sus colores! Algunas gotas de rocío se balancean y brillan sobre su pura frente, y pudiera tomársela por una novia que espera á su esposo. He aquí el desposado: la brillante mariposa que viene balan-

ceándose sobre un rayo del sol, ha recogido en sus pies, sin saberlo, un polvo fecundante. Se coloca sobre la flor, que se estremece y se dobla bajo la amorosa carga.... y se ha consumado el misterio: la flor es madre; se ha cumplido su destino, y mañana cuando vuelva el sol, no quedará de ella sino el recuerdo de su hermosura.

Tal es el destino de una flor efímera. ¡Y no es el mismo el tuyo, pobre *mujer*? La vida de una flor no dura mas que un sol, y la tuya ve aparecer muchos; pero como la de aquella, tiene su mañana, su mediodía y su ocaso. Cual la juventud de la flor, es risueña y bella la tuya: los jóvenes giran al rededor de tí, y esperan que tu corazón se abra al amor, como las mariposas revolotean al rededor de la flor, aguardando con ansia verla abrir el seno á sus caricias. Como el mediodía de la flor, tu edad de *mujer* se ve rodeada de homenajes y placeres; pero si ves que las hojas de tu belleza se desprenden una á una, como las de la flor por la noche, de tu frente maternal, mas feliz que ella las ves tambien caer en la de tus hijos. ¡Cuando la flor ha dejado de ser, ignoran sus vástagos que ha existido, mientras que tú vives aun para los tuyos, y vives siempre, como tu madre en tí, como tus hijos vivirán en los suyos, que tal es la inmensa cadena de amor, cuyas dos extremidades se ocultan en el seno de Dios! Si alguna vez, ¡oh *mujer*! te ves segada en la alborada de tus días, acuérdate de las flores que cogiste húmedas aun de juventud para adornar tu seno infantil. ¡Las jóvenes vírgenes son las flores que recoge Dios para que adornen su paraíso!...

Un pensamiento entristece ahora mi alma. El extremo cuidado de la Divinidad al adornar á la *mujer* con todas las gracias que podían hacerla querida de su esposo, el invencible incentivo de los placeres del amor que le presenta después de su completo desarrollo, ¿no son una declaración ostensible de que su voluntad es que sea madre? ¿Qué fatal error ha penetrado, pues, en el alma de tantas infortunadas, que en todo tiempo, y desde el origen del cristianismo sobre todo, han creído cumplir una obra meritoria, complacer á Dios y abrirse las puertas del cielo, consagrándose á la virginidad? ¡Qué extraña contradicción! ¿Puede desear Dios, tan justo y soberanamente bueno, que se haga lo contrario de lo que ordena de un modo tan

manifiesto? ¿Puede recompensar la infracción de sus eternas leyes? ¡Imposible! Y si no castiga con severidad á las víctimas de un deplorable error, ciertamente no las colocará en el cielo en el rango de las virtuosas madres de familia que han poblado la tierra y los cielos.

Y por otra parte, ¡cuán pequeño es el número, gran Dios, de las mujeres que merecen á tus ojos el glorioso título de madres! ¡En nuestro siglo de civilización la mayor parte lo son con pena, por casualidad y buscando solo los goces del amor; y ya en el mundo el fruto de sus entrañas, confían inhumanamente á manos extrañas su cuidado, considerando indignos de ellas las santas dulzuras de la maternidad! Han creído que el placer y la hermosura era el complemento de su destino, é imbuidas fatalmente de esta idea, han buscado ambos objetos con todo el ardor de su alma. Han inventado placeres ignorados de la naturaleza y se han creado también placeres ficticios. En lugar de las flores campestres que deberían adornar su frente, realzar el brillo de sus hermosos ojos y destacarse como una espléndida corona en torno de su cabellera suelta y ondulante, ó aprisionada en una red de seda; en lugar de sencillos vestidos que vuelen la naturaleza sin disfrazarla, ni hacerla deforme sobre todo, han adoptado trajes sin gracia, bajo los cuales apenas se reconoce á las hijas de Eva, hija del cielo. No podía ser de otra suerte. Una diosa nacida de la enferma y caduca imaginación de siglos envejecidos, diosa fantástica, rara, caprichosa y absurda, que hace un siglo ridículo á otro siglo, los padres á los hijos, la *mujer* de ayer á la *mujer* de hoy; la moda, por último, puesto que es preciso decir su nombre, la única reina del mundo. Frívolas naturalmente las mujeres, no podían dejar de ofrecer el incienso de la idolatría á esta diosa, y lo que es peor, de someterle el mundo. La moda es la *Magna Dea*, la gran divinidad de nuestra época. Para los mas afectos á su culto no es nada la naturaleza, y para los menos fervientes es una deidad accesoría. Por lo mismo, nos ha abandonado Dios en cuerpo y alma á ese monstruo que devora la flor de las generaciones. Con frecuencia, con mucha frecuencia se ven mujeres que arruinan sus familias y venden su honor por sacrificar á la moda; y todas, olvidando la santidad de su misión, han desfigurado por ella sus sagrados cuerpos, y han

estrechado, aplastado y destrozado bajo un corsé de hierro el santuario donde el hombre se forma. ¡Ah! ¿qué esperar de semejante furor?

En las naciones donde la moda reina tiránicamente, la mayor parte de las mujeres carecen de moral pública y privada. Tened el atrevimiento de consultar la verdad. Ellas abren los brazos al primero que llega, no hacen caso de la virginidad; se burlan de la castidad y de la fe conyugal; sin amor maternal, se horrorizan de criar á su niño, porque esto destruye la belleza del cútis, y desdeñan los cuidados domésticos como viles, dignos cuando mas del último criado.

¡Oh calamidad pública! La *mujer*, esa hija del cielo, ese cielo sobre la tierra, ese vaso de elección escogido por Dios para llevar en su seno la mas perfecta de sus criaturas y hacerle su viaje hácia el cielo dulce y dichoso, la *mujer*... ha llegado á ser el azote de la especie humana. ¡Cuántos hombres salen de su vientre lastimados por la mano de la moda! Unos raquícos y escrofulosos, otros débiles y pusilánimes. Su estatura se eleva poco, su débil mano no podría sostener la espada de sus antepasados; su corazón no se abre á nada bello ni grande, y si su frente comprimida se vuelve hácia los cielos, es en vano, pues no encuentra en ellos á Dios ni al genio. La multitud insensata guiada por sórdidas pasiones se detiene ante el siglo bajo el látigo de los tiranos, como un vil rebaño bajo el cayado del pastor.

¡Oh! no era esta idea la que tenían los antiguos de la hermosura. Aquellos galos terribles que hacían temblar al mundo y no temían mas que la caída del cielo; aquellos trescientos héroes que detuvieron en las Termópilas el torrente del Asia corriendo impetuosamente sobre Europa, ¿habían sido concebidos bajo el corsé de una elegante?

Hubo un pueblo cuyo nombre recuerda todo cuanto poético y bello ha ocurrido. Su país, situado bajo el cielo del Mediodía, gozaba de todos los favores de un clima templado; los dioses habitaban sus montañas y sus valles; su lengua era una armonía, y su canto un eco del cielo. Las formas que nos han transmitido las artes de la hermosura que distinguía á los hijos de este pueblo, atestiguan que jamás ha existido sobre la tierra una raza mas bella. El genio era proporcionado á su naturaleza física, y así debía ser.

Este pueblo había divinizado la hermosura.

—Un día, decía, que las olas que bañan la tierra de Francia estaban tranquilas, y el cielo de la Jonia reflejaba su azul en sus límpidas aguas á los primeros rayos del magnífico sol de Asia, comenzó á balancearse graciosamente el mar; no lejos de Chipre se cubrió después de blanquísima espuma, y pareció como que mecía en sus brazos una infinidad de blancos cisnes. Del medio de esta espuma salió de pronto y como por encanto una *mujer* alta más bien que baja, y fuerte aunque delicada en apariencia. Estaba desnuda, y llevaba un ceñidor de coral y lapizlázuli, que daba más gracia y encanto á lo que ocultaba. Su blancura borraba la de los cisnes que nadaban á su lado; sus cabellos, á través de los que jugueteaban los céfiros, estaban negligentemente atados, desprendiéndose en ligeros bucles; los amores, volando en torno suyo, adornaban de rosas su frente, ó se ocultaban bajo su flotante ceñidor, y las risas y las gracias retocaban en su boca y en sus ojos. Admirada, indecisa, no comprendió su nueva existencia; hasta que arrebatado su carro de nácar por ligeras palomas, se halló trasportada á los cielos, sorprendidos y dominados por su belleza.

Sin duda habeis reconocido á Vénus. Yo he reconocido el tipo de la hermosura, de la forma y de la moda eterna, propuesta por la religion, la moral y la poesía á las hijas de la Grecia y de la Jonia....

Mientras fué respetado el culto de la hermosa por los pueblos, reinó sobre la tierra la virtud, no se vió manchado por la corrupcion el tálamo nupcial, la flor de la juventud no fué recogida antes de abrirse, y sobre la frente de todo hombre, como en la de toda *mujer*, brillaban los rayos de la divina belleza. El genio del hombre comprendía su destino; en todas partes veía á la Divinidad á su lado. Pero desde que el hombre olvidó al cielo para formarse un dios de sus placeres, nada fué ya respetado, y el recuerdo de Dios se borró de nuestros corazones á medida que la huella de la belleza se borraba en nuestras fisonomías. Experimento un dolor profundo con bastante frecuencia, siempre que en el camino de las ciudades veo esos hombres pálidos y enflaquecidos, marchitados por una intemperancia prematura, é impotentes para reproducirse en sus hijos; esas mujeres apenas entradas

en la pubertad y manchadas por el aliento de la corrupcion, fatigosas y ahogándose bajo la presion mortal del corsé, con los pechos vacíos de amor y vida; cuando veo á la jóven apartar sus pasos de la iglesia y correr al espectáculo, y á la madre que olvida su hijo, volar al placer; cuando, en fin, veo morir al jóven antes del día sin alzar la mirada al cielo, siento oprimido mi corazon y exclamo: ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Por qué nos has abandonado! ¿Qué se ha hecho del tiempo en que Rafael encontraba sus vírgenes y sus santos en las calles y las plazas de Roma? ¿Qué de aquel en que Fidias sonreía á las Vénus en las fiestas de Atenas? Para disipar entonces mi dolor, me voy al campo, lejos, muy lejos de la ciudad. Vuelvo á encontrar á la naturaleza y á Dios, y con él la belleza en la flor que brilla, en el pájaro que canta y el arroyo que murmura; y alguna vez, también una jóven paisana que vuelve indiferente á la aldea, con la mano en las caderas, con flores en el pecho, un canasto sobre la cabeza, y la sonrisa ó alguna cancion de amor en los labios, me hace pensar en las canéforas atenienses y no desespero ya tanto ni de Dios ni de la belleza. Esto me consuela, sobre todo si la dulce madre que da el pecho á su hijo risueña y graciosa á la sombra del árbol secular, viene á recordarme la madre de Dios, la casta *mujer* cuya virginal belleza destronó á la Vénus antigua, sentándose en su lugar en el cielo. (Benjamin Barbé.)

FUNESTA INFLUENCIA DE LA HERMOSURA.

Pudiera decirse que las mujeres se asemejan á las flores, formadas solo para agradar. Como las primeras palabras que perciben són elogios de su hermosura, y se les habla de adornos, de gracias y de encantos, no se ocupan de otra cosa que de conservar la frescura de su cutis y de cultivar ó embellecer sus atractivos. Se les repite sin cesar que el imperio del universo pertenece á la belleza; que una cara hermosa es el mas hermoso de todos los espectáculos, y las mas modestas creen que es contrario á la naturaleza descuidar sus dones: toman maneras brillantes ó el aire de ellas, y todas sus ocupaciones se reducen á novelas ó arambeles. Educadas así en la molicie y en la mas tonta va-

nidad, se entregan al mundo y á sus falsas opiniones.

LA HERMOSURA DE LA MUJER

ES INEXPLICABLE.

Milton pretende que el hombre es el aprendizaje del Criador y como un ensayo, y la *mujer* su obra maestra. El autor de la naturaleza contempla complacido las infinitas gracias que ha esparcido en toda su persona y las perfecciones con que ha enriquecido su alma, y no dice que lo que ha hecho es bueno: admira su obra, como si careciese de términos para expresar su hermosura.

HERMOSURA NATURAL Y HERMOSURA

ARTÍSTICA.

Si las costumbres se conservan mejor en el campo, del mismo modo la hermosura halla en él mas ventajoso desarrollo. Aunque el espejo ocupa la mayor parte de la vida de las hermosas, y por mas que á cada momento lo consulten, el arte no alcanzará jamás á expresar los atractivos de la naturaleza. Si hemos de decir la verdad, no es esta quien forma aquí la hermosura, sino su imitador: la hermosura solo es una apariencia, una agradable ilusion que no engaña menos la vista que la recrea; y que no es menos falsa que agradable. Aquí, en efecto, toda la gracia la deben las mujeres á su zapatero y á su modista, y las hay que toman todas las mañanas del tocador el blanco y el encarnado que brillan en su cutis y en sus labios; otras que recogen en él sus dientes y cabellos, que deben al hierro y al fuego los bucles de su peinado, y que pudieran llamar á los polvos, las pastas, las pomadas y las esencias creadoras de su postiza belleza. Los lunares con que se cubren la cara pudieran pretender que su color negro les presta toda la blancura, que hacen resaltar además los pendientes, los brazaletes, las sortijas y todas esas bagatelas que llevan para encubrir bien el artificio, pero que no entran con esas feas beldades en la cama. Tales mujeres estudian todas las mañanas ante su espejo la manera de mirar; ensayan sus sonrisas, el aire de su fisonomía, la situacion de su boca, el arte de lucir sus hermosas manos y el de ostentar hábilmente la limpieza de su cal-

zado; calculan el tono de su voz, componen el aire, y la gracia de sus posiciones y de su paso, y hasta la manera de toser con armonía: todo lo estudian, ensayan y aprenden en él, como se aprende la música. Esta, que tiene blanquísimos dientes, se rie á menudo para descubrirlos aun cuando tuviese motivos para llorar; esa otra que los tiene feos, se rie menos que su retrato, y no se reiria por el mayor gozo del mundo. El arte, en fin, lo hace todo en la corte, y casi nada deja que hacer á la naturaleza, que ejerce en cambio todo su poder en el campo. Las hermosuras que en él nos admiran no deben al artificio la blancura ni el terso cutis que tanto brilla; y la elegancia de su cuerpo no necesita aparato alguno para manifestarse, ni los recursos de la modista para ocultar defectos que no tiene. Como la gracia les es innata, el espejo nada puede aconsejarles, y como la blancura de sus dientes y la suavidad de su aliento provienen de la regularidad de su vida, de la bondad de su temperamento, les son de todo punto inútiles las drogas y los perfumes. Ni el hierro, ni el fuego, ni la pomada rizan los bucles de su cabellera; y los abundantes anillos que se apiñan indolentemente en su peinado, no siendo obra del arte, nada le deben. La animada nieve de su garganta nada solicita del afeite ni de la impostura de los trajes, del mismo modo que tampoco la sirven para adornarse las sortijas, los brazaletes, los pendientes, los lunares, ni esas demás invenciones del lujo y la voluptuosidad, que tanta parte tienen en el tocador de ciertas mujeres. La naturalidad de sus acciones repugna la violencia empleada por las otras, y por ello, así como las mujeres del gran tono distinguido cuando crean agrandar, estas agrandan sin saberlo. Nada estudiar ni afectan. La sonrisa y las miradas, el encantador sonido de la voz, la majestad de su apostura y la gracia de su paso, todo es sencillo y no el fruto del cuidado y de la coquetería. Así las vemos amables y amadas sin que piensen hacerse amar. (Señorita de Scudéry.)

DE LA HERMOSURA AL GUSTO DE LOS

INGLESES.

No se hallan conformes todos los pueblos respecto á los condiciones de la hermosura. Para que una *mujer* sea del gusto de los ingleses, ha de po-

seer todas estas gracias reunidas: cútis fino y muy blanco; color suave y ligero; las carnes necesarias para indicar salud; rostro mas ovalado que redondo; nariz algo larga, pero de bellas formas, á estilo de la antigüedad; grandes ojos, mas seductores que volubles; la boca agraciada, seria, y hasta mustia, en cuanto quepa, con un aire á la vez digno y voluptuoso; los cabellos tersos y sin empolvar; estatura elevada y recta; cuello largo y desenvuelto; los hombros redondos y lisos; la garganta saliente, y manos que sean bastantes delgadas, y de tal forma, que á lo que creo, no pasan por bellas mas que en Inglaterra. (Rouquet.)

MANERA DE CONSERVAR FIELES A

LAS MUJERES HERMOSAS.

Pudiera decirse que la hermosura de las mujeres es el escollo mas peligroso que los maridos deban temer, porque les atrae mayor número de adoradores, y como las pasiones que inspiran son violentas, las exponen tambien á mas recias pruebas y á mayores peligros por consiguiente. Es cierto, sin embargo, que la belleza es la garantía mas bien que el enemigo del sexo femenino, porque si es verdad que el brillo y los encantos de las señoras son llamas que abrasan nuestros corazones, no lo es menos que producen el efecto de volverlas frias y reservadas, observándose, que como el desden es casi inseparable de aquella cualidad, en vez de ser ellos las esclavas esclavizan á los hombres; que reciben siempre con mas frialdad ó indiferencia á sus amantes, cuya concurrencia hasta suele favorecer al marido, y quienes en razon al respeto que la beldad impone, se mantienen muy contenidos, quedando frecuentemente satisfecha su aspiracion con una sola mirada graciosa. En fin, si una *mujer* hermosa se abandona alguna vez, no lo será sino seducida por las atenciones, la perseverancia, los obsequios, que un marido tiene siempre tiempo de apercibir y estorbar, con tal que no se vuelva importuno por los celos ni odioso por la sujecion. Todo lo teme y sospecha un celoso: si la casualidad hace que encuentre su esposa á un hombre de su conocimiento, juzga concertado el encuentro. No examina ni profundiza nada: condena por las menores apariencias, é inquieto siempre, triste y regañon, es el personaje mas á propósito para ins-

pirar aversion á la *mujer* y hacerla buscar por desesperacion y despecho, aquello de quien justamente se la habia creido capaz. Convengo en que no debeis abandonar vuestra esposa á la libertad de correr sin cesar, y de mezclarse indiferentemente con toda clase de personas; pero al fin ella no ha nacido esclava, y aun cuando sea la parte subalterna de la union conyugal, no es vil ni despreciable. Nada la estimula tanto á evadirse como el aspecto de una prision; y sabemos bien que este rigor no proporciona felicidad á las naciones que lo emplean, así por la desconfianza que tienen los hombres de la virtud de sus esposas, como por la que mantienen de su propio mérito. Piensan con fundamento las mujeres que al atribuirse los maridos el derecho de encerrarlas, les dejan tambien el de escaparse cuando puedan; y por ello aceptan casi todas las ocasiones que se presentan de burlarlos, facilitándoles la sujecion, que aviva su ingenio, medios continuos de conseguirlo con frecuencia. Mas nosotros que conocemos la cualidad de las mujeres, que sabemos que se deshonoran las primeras si manchan nuestro honor, y que el mundo les pertenece como á los hombres, les dejamos libertad para que gocen de él honestamente, y nos creemos mas seguros confiándoles el cuidado de un tesoro que tan precioso debe serles, que lo estaríamos sometiendo á la vigilancia de ojos extraños ó á la guardia de puertas y cerrojos.

Tambien es muy acertado de parte de los maridos lisonjear alguna vez á su esposa acerca de su hermosura, demostrándole verdaderos sentimientos de amor, no ya cual ciego amante ni con la baja de la servidumbre, sino como quien conoce el precio del bien que posee. Ni es la idolatría mas á propósito que el desprecio para conservar el afecto de la *mujer*, pues su corazon desea en un marido sentimientos de grandeza y de amor. Los dones y las caricias que de él recibe le son caros, y le inspiran infaliblemente estimacion, amistad y reconocimiento.

Cuando alabeis sus encantos, no olvideis su virtud, haced de ella gran caso; elevadla mucho mas que la belleza; dadla por generalmente reconocida y estimada; que estas primeras flores esparcidas sobre ella os realzarán á su vista, y la buena opinion que tengais y tengan todos de su virtud, la comprometerá á ser siempre merecedora de ella, pues

tal es el carácter de las mujeres, mas aun que el de los hombres: concede á la vanidad lo que la virtud no puede obtener.

Luego que háyais prevenido favorablemente el ánimo de vuestra beldad por medio de prudentes y varoniles atenciones, hacedle agradable vuestra casa; que no eche en ella de menos un mueble necesario; conceded á su persona todos los adornos que vuestras facultades y condicion le permitan pretender, á fin de que no la tiente el atractivo de los regalos, que absolutamente debeis prohibirle, para inutilizar las mas peligrosas armas con que atacan los amantes: procuradle amigas virtuosas, cuya virtud nada tenga, sin embargo, de arisca, y que estas hallen á su lado ciertas ventajas, con el objeto de que se esmeren en complacerla: todas estas circunstancias formarán una guardia, que igualmente contribuirá á vuestra seguridad y al bienestar de aquella. Aplicad todo vuestro conato en hacer que contraiga relaciones de amistad con parientas vuestras; cimentad su union inspirándoles los proyectos en que puede ser necesario su concurso, y ahogad siempre por vuestra prudencia, en su nacimiento, los motivos de discordia que entre ellas pudieran aparecer. Mientras que tenga vuestra *mujer* tales testigos en sus acciones, no temais que se extravíe; ni cómo osaria empeñarse en amorosas intrigas en presencia de personas á quienes alcanzaria la injuria? Vosotros mismos debeis cultivar con especial atención la amistad de las parientas de vuestra *mujer*, pues como ellas conocerán perfectamente sus inclinaciones y relaciones. De esta suerte, ilustrados por ellas acerca de la conducta de vuestra esposa, podeis esperar que no falte á su deber en tanto que se vea rodeada de censores tan bien informados, legítimos y severos. Si á pesar de todas estas precauciones notáseis que vuestra *mujer* contrae amorosos compromisos, disimulad hábilmente vuestro resentimiento; solicitud sin afectacion la amistad del amante, que ambos se adormecerán en la esperanza de mayor libertad; quitádsela, no obstante, del todo, hallándoos siempre á su lado, ya por el placer de acompañar á vuestra esposa, ya por el gusto de estar con el amigo; alegrad tambien la conversacion cuanto la honestidad lo consienta; procurad, por vuestro amor y respeto, ostentar en toda ocasion que os admira la hermosura de aquella tanto como esti-

mais su virtud; recordad por tales medios la atencion que debe á su marido, y creed que desprovisto de mejores armas y sin libertad para emplearlas, abandonará bien pronto el sitio vuestro rival. Cuidad asimismo de ridiculizarlo á propósito de cuanto haya dicho ó hecho digno de ello; señalad confidencialmente á vuestra esposa los defectos de su cuerpo, de su corazon y de su alma; si fuese necesario, presentadlo sospechoso de libertinaje y desenfreno, y expresad vuestro pesar por haberos engañado de tal suerte en la eleccion de amigo. Una beldad que se estima es muy susceptible de semejantes impresiones; todas las ilusiones de su amor se desvanecen al recibirlas, y destruyendo su frialdad la corta esperanza que vuestra asidua presencia y vuestra nueva indiferencia le dejaban, se produce la negligencia de una y otra parte y os libran pronto de la inquietud.

Si ocurriese, no obstante, que la prudencia no obtuviese un éxito tan feliz como era de esperar; si vuestra esposa continuase mostrando inclinacion hácia su amante, y él mismo tratase de vencer vuestra frialdad por sus caricias, buscad en el acto un pretexto ó una ocasion de romper abiertamente con él, quitándole toda esperanza de reconciliacion. Alejándoos así de él, lo alejais del mismo modo de vuestra *mujer*, que no podrá recibirlo en vuestra casa, adonde por otra parte no osaria él presentarse. Mas si descubriéseis alguna inteligencia entre ellos todavía y á pesar de vuestra declarada enemistad, entonces tendreis ya el derecho de quejaros altamente de vuestra *mujer*, pudiendo exigir como amo lo que no habíais podido obtener como marido reservado y complaciente.

LA CIRCUNSPECION DA HERMOSURA.

Las mujeres no son, ni con mucho, tan fuertes como los hombres; y el mayor uso ó el mayor abuso que estos hayan hecho de su fuerza, es sin disputa el haber esclavizado y tratado frecuentemente de una manera tiránica á esa mitad del género humano, formada para compartir con él los placeres y las penas de la vida. Los salvajes obligan á sus mujeres á trabajar de continuo, siendo ellas quienes cultivan la tierra y desempeñan las mas penosas tareas, mientras goza el marido, indolentemente tendido en su hamaca, de la que no sa-

le como no sea para ir á cazar ó á pescar, ó bien para permanecer en pié y en la misma actitud durante horas enteras.... Todos los hombres propenden á la pereza; pero los salvajes de los países cálidos son los mas indolentes de entre todos los humanos, y los mas tiránicos respecto á sus mujeres, por la clase de servicios que les exigen con una dureza verdaderamente bárbara. En los pueblos cultos los hombres, como mas fuertes, han dictado las leyes, y en estas siempre ha sido perjudicada la *mujer* á proporcion del atraso de las costumbres. Solo en las naciones civilizadas hasta la cortesía ha obtenido el sexo femenino esa igualdad de condicion, que es sin embargo tan natural y necesaria á la dulzura de la sociedad. A él debemos la civilidad de las costumbres, á él que ha opuesto á la fuerza armas victoriosas, cuando por su modestia nos ha enseñado á reconocer el imperio de la hermosura, cuyas ventajas son mayores que las de la fuerza, pero que consisten en el arte de hacerlas valer. Y tan singulares y opuestas son las ideas que tienen de la belleza los diferentes pueblos, que hay motivo para creer que las mujeres han ganado mas á favor del arte de hacerse desear, que con aquel mismo don de la naturaleza de que juzgan los hombres tan distintamente. Mas de acuerdo se hallan estos acerca del valor de lo que es el objeto de sus deseos, y el precio de la cosa aumenta por la dificultad de poseerla. Las mujeres han sido hermosas desde que han sabido respetarse bastante para rehusarse á cuantos han querido atacarlas por otros medios que por los del sentimiento; y una vez producido este, la civilidad de las costumbres fué una consecuencia necesaria. (Buffon.)

LA HERMOSURA SIN VIRTUD ES UN

DON FUNESTO.

Aristóteles consideraba la hermosura como un don, y el filósofo Bion, mas sensatamente, como un bien para los demás.

Sócrates la miraba, con mas razon aun, como una tiranía de corta duracion: Teofrasto como un engaño mudo: Teócrito como un mal muy bello; y Carnéades como una reina sin guardias.

En efecto, la belleza es el mas peligroso de todos los dones del cielo, si solo ha de servir para

precipitar á quien la posee en la ruina y la corrupcion, y si no pudiendo resistir las viles cuanto cortas adoraciones, no produce el temor de que suceda muy luego á falsos homenajes el mas cierto é infalible desprecio.

Una cara hermosa puede ser el mas bello espectáculo á los ojos de la humanidad en general; pero nunca es mas que un espectáculo, un placer pasajero y momentáneo para aquellos mismos que, contentos de admirar una hermosa frente, una hermosa estatua, se cuidan poco de conocer lo que la anima; para aquellos mismos que, satisfechos de una poca materia, de la corteza, del físico, del exterior que los deslumbra un momento, descuidan buscar los verdaderos encantos, y percibir lo esencial, lo sólido, lo indispensable; el mérito, el objeto y el fin de toda existencia....

Lo verdaderamente hermoso, el mas hermoso de todos los espectáculos, es una alma bella, que es el don mas duradero é interesante: la virtud y la verdad, que son su esencia, tienen un exterior y ciertos signos que no podrian engañar. Un alma verdaderamente bella es tan visible como las facciones que sorprenden nuestra vista: se la percibe, se la ve, se la sigue y se la admira en todo lo que piensa y en todo lo que es; se la imita cuando hay el deseo de ser virtuosos, y bien raramente se tiene este deseo, no obstante lo persuadidos que debemos estar de que aquella es la imagen, la sola imagen sensible de ese Ser Supremo que la crió solo para sí.

Démado, en Stobeo, deplora la suerte de las personas que no tienen otra cosa que hermosura y cuyo particular y principal patrimonio no es la virtud, porque esa esencia indispensable, dice, que demuestra su bastardía ó su legitimidad, su gloria ó su vergüenza; esa única perfeccion y cualidad, que exclusivamente merece nuestros homenajes, con el amor y el respeto de los humanos, debe ser considerada tanto mas preciosa cuanto que puede llamarse la única guardia, tesoro y defensa de la hermosura.

Dice Plutarco, que habiendo visto un buen mozo á Théana, esposa de Pitágoras, descubrir el brazo mientras se vestia y alabado su hermosura, le respondió esta: *No es para el público*. Habiendo sido interrogada la misma Théana acerca del deber de una *mujer* virtuosa y del uso que

podía hacer de la hermosura, contestó que ambas cosas eran muy fáciles, puesto que no se trataba mas que de complacer al marido.

El anónimo que habla en Suidas enseña que Hypatia, hija del filósofo Theon, á quien sucedió en su cátedra en la escuela de Platon fundada por Plotin, tan famosa por su hermosura y la pureza de sus costumbres como por su elocuencia, no pudiéndose librar de ningun modo de las persecuciones de uno de sus discípulos, enamorado de ella, le mostró un lienzo manchado diciéndole: *Jóven, mira lo que amas.*

"La *mujer* hermosa é insensata, dice Salomon, es como un anillo de oro en el hocico de una maraña; y aquel que, añade, ha hallado una buena *mujer*, ha hallado un gran bien y ha recibido de Dios una fuente de alegría."

"¿Qué es una *mujer* hermosa? decia á su marido una de las mas hermosas y virtuosas criaturas del siglo; sabeis que es un ídolo de yeso, un pedazo de barro y de polvo cubierto durante algun tiempo con cierto barniz; un fantasma en su mejor instante y á poco después un esqueleto. Nunca aspiré á enamoraros, ¡oh mi estimable esposo! por esas ventajas tan débiles, pasajeras y deleznables; mi amor y mi fidelidad os fijaron, y como conservamos ambas cosas, sucédanos lo que quiera, nos querremos lo mismo hasta el fin del sueño."

No hay que engañarse, la virtud mas bien que la hermosura enciende las grandes pasiones. Esta puede sorprender, seducir é inflamar algunos instantes; pero no basta por sí sola para sujetar; que le es necesaria, segun la expresion de un antiguo, esa digna compañera que tanta atraccion ejerce, porque ella sola forma y perpetúa toda union honrada y feliz, y es quien forma el verdadero relieve, el verdadero colorido y el marco de toda especie de cuadro.

"Una *mujer* hermosa que tenga las cualidades de un hombre honrado, dice La Bruyére, es lo que puede darse de mas delicioso en el mundo, pues que reúne todo el mérito de ambos sexos."

Verdad es que las gracias domeñaron la fiereza de los primeros hombres y les pusieron el yugo; pero la virtud nada mas pudo retenerlos en la servidumbre y hacerla amable, y á ella sola se deben las grandes reputaciones y los vínculos indisolubles. La belleza fué siempre una flor tierna y de

corta duracion, que no dejó jamás en pos de sí otra cosa que tedio, y con frecuencia arrepentimiento. Siempre tuvo la virtud el cetro, y su imperio, siempre igual, se extendió sobre todos los siglos y sobre todos los hombres: reina aun y reinará siempre sobre ellos.

La duquesa de Valentinois y la hermosa Inés Sorel no fueron las mujeres de su siglo mas respetadas ni las mas honradas, acaso ni por el mismo Carlos VII.

Enrique IV consideró mucho menos á la bella Gabriela de Estrées que á Antonieta de Pons, que le resistió constantemente, y á la que dijo al fin el gran monarca: *Puesto que sois verdaderamente dama de honor, lo sereis de mi señora la reina.*

Catalina de Rohan, después duquesa de Deux-Ponts, mereció su respeto sus constantes homenajes mas que por su belleza por su respuesta, cuando le dijo con altivez: *Soy demasiado pobre para aspirar á ser vuestra esposa, y de muy buena casa para reducirme á ser vuestra querida.*

La señorita de Hautefort no conservó la estimacion de Luis XIII sino conduciéndose de un modo bien diferente del que era comun á la mayor parte de las mujeres de la corte.

Nada tiene de seductor y decisivo la hermosura por sí misma, y creo probarlo. Si apercibimos una *mujer* hermosa, el primer movimiento es detenerse; pero en el acto, y tan prontamente como se ha fijado la mirada, deseamos que sea virtuosa si lo somos nosotros mismos. ¿Qué hay superior á esta cualidad? El homenaje pertenece pues mas á la virtud que á la belleza, porque la vista, que se dirigió inadvertidamente y sin consentimiento del alma sobre el bello exterior, se separa de él muy pronto, y muchas veces con indignacion, si aquella circunstancia tan superior, que todos prefieren por viciosos que puedan ser, no lo adorna y hermosea.

La hermosura sola es ostentacion, orgullo, altanería, volubilidad; atrae menos de lo que generalmente se cree, y repele de seguro lejos de sí á cuantos son verdaderamente sabios y capaces de reflexion. Una *mujer* que es bella nada mas, no tiene nada de agradable ni sólido. Como se considera un ídolo, rehusarle incienso es un crimen mas propio casi siempre de las personas virtuosas;

prodigárselo es un tributo. Pero esta adoracion que espera y exige de cuantos la rodean, la lisonjea poco: imperiosa, inconstante y versátil con aquellos á quienes subyuga y que la contemplan, se ofende por el culto que le niegan; aborrece á quienes la desafían, mirándola con indiferencia; arrastra una vida agitada é infeliz, y la eleccion que la termina es casi siempre detestable.

"Juzgando á tal *mujer*, dice La Bruyére, por su belleza, su juventud, su altanería y sus desdenes, no hay quien dude que sea un héroe el destinado á conquistar su corazon. Llega el momento solemne y su eleccion recae sobre un monstruo desprovisto de ánimo."

Cuando la hermosura va acompañada de la virtud ó la virtud sola sin hermosura (¡ella es tanto y mas hermosa por sí misma!); cuando la hermosura carece del sello particular de que hemos hablado, de sus desdenes y de sus locas pretensiones, tiene derechos que limita, no obstante, y no extiende mas que sobre uno, casi ignorándolos, ó al menos no prevaleiéndose jamás de ellos.

Acontece á la hermosura lo mismo que á las demás perfecciones que no son reales; que no seducen ni dan celebridad alguna sino por el uso, por la amable y la dulce sencillez. (De Boussanelle.)

LA HERMOSURA DE LA MUJER

INFLUYE SOBRE TODA SU VIDA.

Siempre se acuerdan las mujeres de que han sido lindas, por mas edad que tengan; y no es extraño que sea así, puesto que sin cesar se les está recordando. Se advierte fácilmente por la manera de recibir y por el aire de quienes las visitan, que si les ha arrebatado el tiempo las gracias de la juventud y la delicadeza de las facciones, no les ha hecho perder todas las ventajas. Parece que la belleza es en las mujeres como un carácter indeleble. Se le agradecen los placeres que proporcionara, aun cuando ya no se gocen, y aquellos mismos que no los han disfrutado jamás, participan tambien de su prestigio, viendo con mejores ojos á una anciana que ha sido bonita, que á otra que no lo haya sido nunca. (Mma. d'Arconville.)

Casi nunca se juzga con equidad á las mujeres

hermosas. Los jóvenes que las aman, á quienes ellas procuran agradar, hallan talento y gracias en todo lo que hacen; aquellos que, por el contrario, han abandonado ya las locuras de la juventud, que no tienen pretensiones de galantería ó que las tendrían en vano, las encuentran generalmente triviales y ridículas, contribuyendo á hacérselas despreciables el ruido y el movimiento de todo lo que las rodea, y el tono de decision unido al aturdimiento de sus discursos. Es, pues, necesario aguardar á que una *mujer* no sea ya linda, para juzgar con acierto sus méritos y sus talentos. (Id.)

LA HERMOSURA NO ES INDISPEN-

SABLE PARA AGRADAR.

Las mayores hermosuras no son las mas seductoras: sorprenden y admiran; pero frecuentemente no producen otro efecto. Lo que enamora es la gracia, esa gracia que resulta de ordinario de ciertos rasgos irregulares que imprimen á la fisonomía un efecto interesante y que excita. Una *mujer*, aun aquella que nada tenga de hermosa, rara vez se propone agradar sin conseguirlo, con tal que posea talento, buen corazon y excelente genio; y sucede que algunas se forman de estas tres cualidades una especie de belleza, que si no produce impresiones tan vivas como los encantos de la cara, las hace mas profundas y duraderas.

LA HERMOSURA ES UN MEDIO MAS

SEGURO DE AGRADAR QUE EL RECATO.

La mayor parte de las mujeres son mas celosas de su reputacion acerca de la belleza que de la de su honor. Tal que tiene necesidad de emplear toda la mañana en perfeccionar sus atractivos, sentiria mas que la sorprendiesen en el tocador que con su querido, lo cual no debe admirarnos, porque la primera virtud, en concepto de las mujeres, es agradar á los hombres, y para ello mas seguro medio es la hermosura que el recato.

NO BASTA A LAS MUJERES SER

HERMOSAS.

Es necesario que las mujeres reunan algo mas que la hermosura para que produzca su trato to-

das las ventajas que de él deben prometerse. Sus encantos no son otra cosa que el anuncio de otras mas interesantes cualidades; y seria degradarlas y casi ponerlas al nivel de sus retratos, reducir las al solo papel de la belleza. Aquellas que únicamente son bellas, pueden figurar agradablemente en un sillón y decorar una sala; pero de seguro concluirán por fastidiar y disgustar.

DEL GENERO DE HERMOSURA QUE

CAUSA MAS PLACER.

El género de perfección que produce mas duraderas pasiones, no es ciertamente ese que deslumbra á primera vista y fascina á todos, dando cierta celebridad á la *mujer*.

Una estatura mediana es mas graciosa, mucho mas seductora que una elevada, porque en la intimidad del corazón, que no se atiende ya á la mayor nobleza del paso, ni al elegante movimiento que esta tiene la felicidad de adoptar; cuando ya no se anda ni se tiene presente el traje airoso, lo que sin duda excita mas los deseos es un cutis terso y fino, ojos expresivos, amable sonrisa, redondos y bien contorneados brazos (1), y si se quiere manos graciosas tanto como bonitas. Mucho mas precio merece una hermosura mediana, pero á la que nada se mezcla desagradable, que una de esas calificadas de extraordinarias y alteradas sin embargo por algun defecto sensible. (***)

INFLUENCIA DE LA MODA SOBRE LA

HERMOSURA DE LAS MUJERES.

La prueba de que la moda ejerce su funesta influencia sobre la hermosura, es que apenas hace un siglo se llamaba bonita á una *mujer* que tenia ojitos pequeños y descarados, nariz remangada, un *palmito de capricho*, aire encogido, ligereza, y que además era delgada. Lo que entonces era *hermosura*, hoy seria donaire todo lo mas, pues en nuestro tiempo para obtener y merecer el título

(1) Ciertamente es un capricho bien simple dar tal importancia á la perfección de la pierna ó del pié, que no lucen tanto como el brazo. Como siempre está á la vista, á sus movimientos se les atribuye maneras, talento y la mayor parte de las gracias.

de *mujer* bonita, es necesario poseer grandes y rasgados ojos que expresen dulzura y honestidad, la nariz mas bien larga que corta, boca graciosa, continente noble y sencillo, estatura proporcionada, fácil y desembarazado paso, y carnes algo abultadas.

LA HERMOSURA SOLO TIENE UN DIA.

Comprendo que me seria preciso el genio del poeta Téos para definir un ser tan admirable como la *mujer*: ¿quién podria pintar sus ojos brillantes de una llama húmeda, sus labios que tienen el colorido de la rosa, el esmalte que embellece su boca, parecido al lirio del valle, y su aliento suave como el de la aurora? Cuando llega la época en que la naturaleza le imprime el carácter que debe aproximarla al hombre para su compañera durante su mansión en la tierra, se ofrece la *mujer* á nuestra deslumbrada vista semejante á las flores que se alzan en medio de las plantas silvestres.... Del mismo modo se enlaza la yedra con la encina del monte. ¡Pero con qué rapidez se disipa esa belleza que tantos corazones embriaga! ¡Cuán corta es su duración!

Así como la flor al despuntar la aurora se alza húmeda en medio del jardín, del propio modo esa belleza, que se abre al asomar la matutina luz del día, brilla un instante y se desvanece al llegar á su ocaso. (A. M. de Lavillemeneuc.)

LA MEDIANIA ES PREFERIBLE A LA

HERMOSURA.

Si anhelaís poseer una compañera amable, buscad la medianía en bienes, talento y belleza, y un corazón inapreciable. Huid, sobre todo, de la celebridad, que la oscuridad y el silencio nada mas hacen duradera la dicha. Es difícil poseer á una *mujer* adorable, porque su dominio pertenece á la sociedad.

Pero como es una cosa rarísima una buena y excelente *mujer*, cuyo sencillo exterior, igual á la modestia de sus prendas, no excita la vanidad, dejadla deslumbrarse con un brillo prestado, que la hermosura se va, la bondad subsiste, y el tiempo asegura el triunfo á la medianía. (Demoustier.)

LAS MUJERES Y LA HERMOSURA.

Disgustadas las *mujeres* de que hubiese sido tan limitado el término de la hermosura obtenida del cielo, que apenas alcanzaban á ejercer su imperio, dirigieron la queja que tenían contra este injusto decreto del Olimpo al soberano de los dioses. Jove, que no podía hacer una ley nueva ni variar el decreto del destino, para consolar al femenino espíritu le otorgó el don de la vanidad.

La fea desde entonces cree ser bellísima, ó al menos, que á costa de asiduos esfuerzos lo parece. La que deja de serlo, se imagina que siempre es hermosa. (Grenus.)

LOS DONES NATURALES.

Había dado la naturaleza á cada ser lo necesario para su defensa: al arrogante toro la frente guarnecida de dos flechas; el pié vengador al corcel; la veloz carrera á la liebre y la astucia al zorro. Rápidas alas recibió la población aérea, y húmedos remos los moradores de las ondas. Fuerza é indomable valor obtuvo el león, y mas dulce el hombre, mereció el patrimonio de la sabiduría. Restaba la *mujer*, y su dote fué la hermosura, con el privilegio de vencer al fuerte y al sabio. (Lebrun)

¿Por qué nos ha de envanecer la hermosura? ¿Qué ilusión nos hace considerarla como un bien? Si se examina detenidamente, nada causa tantos sinsabores como ella. Yo sé que sus derechos son absolutos sobre todos los corazones, y que ínterin se conserva, inspira infinitos deseos, transportes y solícitas prevenciones; pero ¡cuán corta es su duración, cuán largos los años que después de perdida trascurren! (Mina. Deshoulières.)

Cuando quiso pintar Apeles la diosa de la hermosura, reunió en un taller las vírgenes mas bellas que pudo encontrar, tomando de cada una lo que vió en ellas de mas perfecto.

Deja el pintor que sus satisfechas miradas recorran los diversos atractivos de las jóvenes. Ya prefiere el brazo de la una, ya el lindísimo pié de la otra; ora se siente seducido por el fuego de aquellos ojos, ora elige ebrio de entusiasmo la pureza de tal sonrisa. Incierto y extasiado, este cuadro le parece sembrado de mas brillantes lirios, mas

unida esa frente, mejor formado aquel bulto. Poseído de admiración, distingue por último el pecho que se forjara su fantástica idolatría, de magníficos contornos, elevándose en dos globos de alabastro. Dominado Apeles por un entusiasmo creador, reproduciendo todos estos encantos tan distintos y con tanto amor reunidos, no pintó una *mujer* hermosa; concibió la hermosura. (Lemierre)

RUBIA Y MORENA.

El color rubio presta á la belleza un atractivo dulcísimo, encantador, y ha servido de tipo para formar la imagen de la voluptuosidad. Las rubias han sometido constantemente á los vencedores del mundo; han obtenido la preferencia del mismo amor.

Inútil es que la morena tenga talento é ingenio y que seduzca su conversacion: estoy muy precavido contra sus atractivos. Si por un efecto de sus gracias extraordinarias llegase á inspirarme un sentimiento mas favorable, sensual, le diria: Hermosa, en verdad... que merecias ser rubia.

MORENA Y RUBIA.

Si yo tuviese que dirigir á una rubia una expresion galante, le diria con el conde de Virmes:

No eras el adorno de este mundo, como hoy, cuando el amor se hallaba indeciso entre las morenas y las rubias, porque la incertidumbre no cabe después de ver tus encantos. Mientras tú vivas, la morena tiene su causa perdida.

Si, por el contrario, tuviese que dirigirme á una morena, sustituiria la palabra *rubia* á la *morena*, y le cantaria la misma estrofa. (Salletin.)

PENSAMIENTOS ACERCA DE LA
HERMOSURA.

Cuando confiesa una *mujer* delante de su espejo que carece de hermosura, es necesario que se diga á sí misma: "¡Ah! ¿qué seré si carezco de virtud?" Y si es bella: "Mas estimable seré si tengo costumbres puras;" debe decir. (Plutarco.)

...Entre las mujeres la hermosura disimula muchos defectos; pero entre los hombres aumenta las malas cualidades. Una *mujer* hermosa, sin

ningun otro mérito, es el adorno de un baile y del paseo, no necesita mas que callar para ser amable y ser al menos un cuadro magnífico. (Señorita de Scuderi.)

Lo mismo nos acostumbramos á lo bello que á lo feo, y por tanto, quien quiera casarse, debe cuidar poco de elegir una esposa, que no sea bella. (Idem.)

Tal admiracion pueden producir estas bellezas perfectas y de mérito brillante, que no exciten otro deseo que el de verlas y hablarlas. (Idem.)

La belleza sin gracia es un anzueto sin aliciente. (Ninon de Lenclos.)

A la vista de una *mujer* hermosa, con un alma depravada, dijo Diógenes: "He ahí una hermosa habitacion para tan mal huésped." El mismo comparaba á las bellas que son impertinentes y melancólicas, con vasos de alabastro donde se conserva vinagre. (El P. Joly, capuchino.)

Si tuviésemos vista de lince, la *mujer* mas hermosa pareceria un monstruo, pues la belleza que encanta, no tanto está en sí misma, sino en la debilidad del órgano de aquellos que la miran. (Idem.)

El imperio de los corazones es el objeto de la ambicion femenina. Para ello es necesario que la *mujer* parezca bella, y no hay molestias ni tormentos que no sea capaz de sufrir en su tocador si á este precio ha de componerse un peinado de capricho y ha de adquirir mas blancura ó delicadeza su cutis. (Idem.)

Las jóvenes mas bellas son seducidas mucho antes que las demás que no lo son tanto, porque no estando prevenidas contra las seducciones incesantes de la lisonja, tienen la desgracia de excitarlas desde luego. (Id.)

Si la virtud y la modestia realzan los atractivos de una *mujer* hermosa, su belleza es superior á la magnificencia del firmamento; su sonrisa es mas deliciosa que un jardin de rosas; en sus ojos, mas dulces que los de la tórtola, se pinta la inocencia, y el candor de la verdad reside en su corazon. (Grégory.)

Consistiendo la verdadera ciencia de una *mujer* en ser hermosa, el estudio y los libros solo consiguen hacerla insoportable. (P. Commère.)

La hermosura es el primer presente que nos hace la naturaleza y el primero que nos quita. (Meré.)

Suele depender la hermosura de una *mujer* de sus cualidades morales, y es muy raro que estas le deban nada á dicha perfeccion. (Massias.)

Cuando uno es amado de una *mujer* hermosa, fácilmente sale de compromisos. (Voltaire.)

Nada es mas triste que la vida de esas mujeres que no han sabido otra cosa que ser hermosas, porque nada hay mas corto que el reinado de la belleza, y es muy corta la diferencia de años que existe entre una que es hermosa y otra que ya no lo es. (Fontenelle.)

Una *mujer* hermosa encanta la vista, y una *mujer* buena complace al corazon: la una es una alhaja, y la otra un tesoro. (Napoleon.)

Ordinariamente amamos á las mujeres hermosas por inclinacion, á las feas por interés y á las virtuosas por convencimiento. (Amelot.)

Las mujeres hermosas llevan en la frente cartas de recomendacion, escritas por la naturaleza, é inteligibles para todas las naciones de la tierra. (***)

La belleza es una flor, cuyo mas exquisito perfume es la bondad. (***)

Para la mayor parte de los hombres, el mayor mérito de las mujeres es que sean bonitas, y el mayor placer de ellas es oírsele repetir. (Mma. d'Arconville.)

La *mujer* que habiendo reunido el talento á la belleza, ha perdido este último atractivo, es como la flor que habiendo perdido sus colores, conserva aun su perfume. (Beauchêne.)

Una *mujer* hermosa, pero sin pudor, es una rosa inodora. (Id.)

La principal hermosura de las mujeres es el alma. (Drouineau.)

El público se ocupa de las mujeres lindas como de los espectáculos concurridos ó desiertos, dice Duclos, dando á entender acaso, que se ocupa de la belleza exterior y poco ó nada de la del alma.

Los encantos de la belleza deben su brillo y vivacidad á caprichos calculados, siendo lo esencial que se manifiesten en tiempo oportuno.

La hermosura sin pudor es una flor separada de su tallo. (Boiste.)

La verdadera hermosura es siempre casta é inspira involuntario respeto. (Jorge Sand.)

Es posible nacer para ser bella; pero la hermosura no principia sino cuando el corazon es capaz de

mar; siendo fácil observar que tales bellezas hacen una impresion que solo afecta á los sentidos asin interesar al corazon.

A los treinta y cinco años ya no son lindas las mujeres; pero todavía pueden ser hermosas.

El prodigio mas raro de la belleza es inspirar tanto respeto como amor.

Una *mujer* debe usar de su hermosura como de su talento: como si ignorase que posee una y otra cualidad, no debe darle á aquella grande importancia, y sucederá así, que cuando llegue á perderla, ya por cualquier accidente, ya por la rapidez del tiempo, le cuesta poco consolarse. Desgraciadamente será poco seguido este consejo sabio.

Por punto general, la belleza solo prepara recuerdos dolorosos y fastidio para el tiempo de su desaparicion, á causa de haber hecho descuidar todos los demás recursos, y olvidar que no debía haber sido otra cosa que la muestra magnífica de las otras ventajas y atractivos.

La belleza es arbitraria, pues desde que un objeto no nos agrada, ya no lo hallamos bello. Podrá serlo para cualquier otro, pero nunca se nos persuadirá de que lo es para nosotros, aun cuando pudiera demostrarnos que tal persona era efectivamente bella. Y depende esto de que la belleza no lo es si no se la siente, pues ha de conmover al corazon y no á la imaginacion sola.

La *mujer* hermosa ó bonita, pero nada mas, tendrá adoradores, y ningun amigo, produciéndose el fenómeno de que la imaginacion de los hombres se endereza á la vez que su corazon esté helado. Cuanto mas valor dé el aprecio de la hermosura, menos creemos que merece el de la constancia. No inspira mas que deseos que juzga sentimientos, y en tal diferencia se halla el origen de la inconstancia que se reprende á los hombres.

Los peligros de una jóven están siempre en proporcion á su belleza. Entre todas las ventajas del sexo, la belleza es aquella de que este hace mas caso, y la que mas caro le cuesta. Con frecuencia el placer de la víspera es el dolor del dia siguiente.

Parece que las mujeres hermosas solo han sido criadas para atormentarnos, puesto que un hombre no puede ser feliz con ellas ni sin ellas.

Una hermosa inspira deseos á los hombres y odio á las mujeres. La belleza ocupa y seduce de tal modo á la *mujer*, que no ve otra cosa que sus en-

cantos. Tan agradable perspectiva le hace olvidar que es necesario formarse el corazon y adornar su espíritu; se cree perfecta porque es linda, y nos facilita así, sin saberlo, el medio de resistir á las impresiones que pudiera causarnos. Por el contrario, la fealdad mortifica el amor propio, y hace procurar y adquirir cualidades que reemplacen los atractivos rehusados por la naturaleza.

Es curioso observar que todas las mujeres hermosas afectan indolencia, y todas las que presumen de elegantes, suma vanidad.

Sucede muchas veces que la *mujer* hermosa brilla y encanta los ojos, sin pasar de ahí, mientras que la bonita forma vínculos estrechos y siente é inspira verdaderas pasiones. El patrimonio de la primera consiste, en tales casos, en los elogios que se debe á la belleza, y el de la segunda en la inclinacion que se siente hacia lo que produce placer.

En las mujeres la hermosura agrada, la imaginacion divierte, el carácter atrae y la sensibilidad apasiona.

Una *mujer* bella llama la atencion de una manera agradable, y puede ser amada; pero solo estimamos á las que son juiciosas y entendidas. Bien pronto se llevan los años la belleza, y con ella los tiernos y vivos sentimientos que inspiraba. ¿Qué resta entonces á los que no se han atraído sino frívolos y pasajeros homenajes? Inútiles recuerdos, y una soledad desesperante, porque solo la belleza del alma tiene el derecho de fijar para siempre la admiracion y el aprecio.

Las gracias, seductoras en la juventud, se transforman en melindres y gestos en la última época de la vida. Algun talento, igualdad de carácter y dulzura en el trato social, son los únicos recursos para agradar, cuando la belleza ha desaparecido.

Bien sea que la naturaleza se complazca en alternar sus favores, bien que una bella se fie demasiado de sus seducciones para descuidar sus facultades morales, la tontería es comunmente inseparable compañera de la hermosura.

La belleza admira mas que conmueve, y una *mujer* bonita tira á golpe seguro, y sin remedio hiere.

La *mujer* cuya gran hermosura eclipse á las demás, se atrae tantas diferentes miradas, cuantas son las personas que la miran. Las bonitas la mi-

ran con envidia, las feas con despecho, las viejas con pena y las jóvenes con entusiasmo.

La hermosura es el objeto que de ordinario se propone la ambición de las mujeres, sabiendo perfectamente las ventajas que les ha de proporcionar; mas es preciso convenir, no obstante, en que una que sea amable, aunque sea fea, inspira á menudo mayores pasiones que otra hermosura, que á fuerza de ser encarecida llega á causar fastidio.

La hermosura es mas desigual que las armas, y la virtud femenina lo es mucho mas que aquella.

El retratista, si ha de ser feliz con las mujeres, necesita rejuvenecer á las ancianas, embellecer á las jóvenes, dar á las rubias la viveza de las morenas, y á estas el aire de ternura y languidez de las otras. No hay duda en que tal arte es difícil; pero todas quieren parecer lo que no son.

La belleza, sin talento es de peligrosas consecuencias, y por tanto, si una *mujer* no tiene en su favor otra cosa que los encantos de su figura, las pasiones que inspira son de poca duracion.

Para juzgar de la belleza de una *mujer* que no háyamos visto, mas debemos guiarnos por la amarga crítica de los individuos de su sexo, que por las exageradas alabanzas de los hombres.

Las mujeres celebradas como bellas, incurren siempre en la necedad de creer que merecen la consideracion del público, cuando solo excitan su curiosidad.

Extraño á todos los usos del mundo, jamás dirigió Nicole mas que un cumplimento á una *mujer*, y tuvo por objeto alabar sus hermosos y pequeños ojos y su hermosa y desmesurada boca.

Como la belleza ejercia tan inmenso imperio sobre el mariscal de Richelieu, siempre que se le dirigia alguna queja acerca de las faltas cometidas por la señorita Colombe, actriz de la comedia francesa, respecto al público ó á sus compañeras, contestaba: ¿Qué quereis que le reprenda siendo tan linda?

Aristóteles (1) decia de una *mujer* hermosa á quien amaba: cuando está vestida es hermosa; pero cuando está desnuda, es la hermosura misma.

Prisionero en Austria el señor de Maupertuis, fué presentado á la emperatriz-reina, que le dijo: ¿Co-

noceis á la reina de Suecia, hermana del rey de Prusia?—Sí, señora.—Dicen que es la princesa mas hermosa del mundo.—Así lo creí yo hasta hoy, señora.

VII.

De la fealdad.

De todos los libros que heimes leído, ninguno ha consagrado un capítulo especial á la fealdad; y no obstante, creemos que ese vicio ó defecto, ese dolor de la *mujer* debiera haber llamado la atención de los moralistas y de los filósofos.

J. J. Rousseau dice que para el matrimonio una fea amable es preferible á una hermosa altanera, conviniendo tambien todos los hombres sensatos en la opinion de que en punto á belleza la medianía debe obtener la preferencia. El fundamento de tales y tan acordes opiniones es que la hermosa pretende que se la ame y admire por sus cualidades físicas, mientras que la fea se esmera en perfeccionar su moral, y hacerse amable por medio de mil cuidados y atenciones, que si parecen de poca importancia, hacen sin embargo el encanto de la vida conyugal y de la vida social. No pasa una hora del día sin llevarse consigo una parte de los atractivos de aquella, que esta recibe en recompensa. El poder de la una está en razon inversa del que tiene la otra; y así, una *mujer* hermosa quiere que la amen, al paso que la fea procura hacerse amar; una es un tirano que quiere imponer, la otra una amiga que aspira á insinuarse en nuestro corazon á costa de atenciones tan delicadas y de tan desinteresadas caricias, que bien pronto desaparece la fealdad, y solo vemos á nuestro lado la mas tierna, la mas preciosa y la mas sincera de las amigas.

La fealdad produce á primera vista idéntico efecto que la hermosura, pero en sentido contrario, como es natural.

Se necesita mucha gracia y abundantes recursos de imaginacion para que se disimule este defecto, tan débil como es, ó debería ser al menos. Tales son las desventajas de la fealdad; pero cuán útil es por lo demás!

(1) Escritor griego, nacido en Nicea hácia el año 390.

(N. d. l. T.)

Generalmente sabe una *mujer* fea que lo es; pero si por casualidad presumiese lo contrario, haciéndose una ilusión, pronto la sacaría el mundo de su error.

Tal *mujer* sabe, pues, que es fea, y sabe al mismo tiempo á qué la obliga esta circunstancia desgraciada.

Perfeccionar su razón, su carácter y sus demás facultades morales, ha de ser para ella el mejor tocador.

Que aspire á reunir lo sólido y lo agradable; que no descuide ninguna de esas atenciones que gustan en sociedad, y que haga al efecto un estudio, y últimamente se acostumbrará á ello.

Así conseguirá ser una *mujer* extremadamente amable, cuya estimación y amistad solicitará todo el mundo, pues se habrá procurado un valor moral mucho mas efectivo, duradero y verdaderamente halagüeño, que la hermosura que le rehusara la naturaleza.

Si añadís á esto que se debe á sí misma tantas ventajas, que las ha adquirido por su propio mérito, y que no dependen; como la hermosura, de un gusto arbitrario ni de una distribución casual, tal *mujer* haría envidiable la fealdad, si todas cuantas se hallan desgraciadamente en su caso hiciesen de ella tan buen uso.

Todo depende de ellas; que la belleza solo interesa á los sentidos, y su poder á ellos se limita. El imperio del espíritu es el de la alma, y sus encantos, mas positivos, lejos de marchitarse se renuevan sin cesar.

Una alma bien dotada y debiendo su excelencia á la razón, al ingenio y al juicio, es el rico patrimonio de la fealdad, cuando esta sabe conducirse. (Señorita ***.)

Si la naturaleza ha sido desfavorable á una *mujer*, que no pretenda librarse de nuestra observación con el auxilio de los adornos y los djes, ni detener nuestra mirada en el esplendor de su traje, para que no la fijemos en ella misma; porque toda la riqueza y el brillo que la circunden, solo sirven para esparcir un poco de gracia sobre su conjunto, y para que las bellezas que ostenta de la fortuna descubran mejor su fealdad natural. El único medio de cubrir los defectos físicos consiste en la armonía de los generosos sentimientos del alma, con la amabilidad del carácter, la dulzura del trato y

la finura de las maneras. La compostura debe formar un solo todo con la belleza, ayudar á los atractivos, realzar el aire y desarrollar las gracias. (***)

Todo el mundo reconoce que las feas inspiran á veces las pasiones mas fuertes y estables. En efecto, como piensa la Bruyère, si una fea logra ser amada debe serlo frenéticamente, porque es necesario que proceda esto de una debilidad singular de su amante, ó de secretos y mas invencibles encantos que los de la belleza. (Estévan de Neufville.)

Es lo mas ordinario que las mujeres feas sean las mayores coquetas; que no hagan un melindre, dirijan una mirada ó digan una palabra sin intención; que cuiden de ostentar su figura del mismo modo que se afanan otros por encarecer una mala tierra, y que el éxito las favorezca bastantes veces. Las concesiones que hacen lisonjear el amor propio de ciertos hombres, borran por un momento la fealdad de quienes las otorgan.

La verdadera fealdad es la del alma. Hay ancianas decrépitas, con los labios caídos, sin dientes, cuyos ojos, privados de cejas y pestañas, se hallan además ribeteados de encarnado, y á pesar de todo, son tan amables y finas, que á nadie le ocurre que sean feas; lo cual prueba que la amabilidad es un afeite que á todo resiste, mientras que la belleza no resiste siquiera á las horas que vuelan.

Solo puede compensar una *mujer* lo que le falte de atractivo y bellezas exteriores, adornando su talento, si lo siente; pero si carece de él, es forzoso renunciar á toda clase de placeres, que no se han hecho para ella: únicamente Dios puede dar algun consuelo á las mujeres feas y tontas, y así lo comprenden ellas por una especie de instinto que les es propio, pues de ordinario, del mismo modo que las viejas, se hacen devotas. (***)

PENSAMIENTOS ACERCA DE LA

FEALDAD.

Los hombres no se enamoran de una fea, por mas talento que tenga, y si la aman, se equivocan seguramente respecto á los sentimientos que les inspira, pues los encantos de la belleza, nada mas, hacen nacer al amor, el cual no es otra cosa que el ardiente deseo de poseer á la persona amada: claro es que la fealdad no puede excitar tal deseo. (***)

Cuando una fea llega á amar, ama con furor. El temor fundado de no agradar la hace resistir mucho tiempo á su pasión, y es preciso que esta sea mas fuerte que su amor propio para que no pueda triunfar de ella.

El elogio del carácter ó del talento de una *mujer* es casi siempre una gran prueba de que es fea, y parece que el sentimiento y la razón no son en ella otra cosa que el suplemento de la hermosura.

Se nota comunmente que la fealdad es una especie de ventaja que las jóvenes feas adquieren con frecuencia en favor de su imaginación, sus maneras y su carácter, cuanto pierden respecto á la figura. Se observa tambien, aun cuando no es lo regular, que una joven tonta es menos mala que la que tiene talento. (***)

El mayor adorno de una hermosa es la certidumbre de agradar. Las mujeres feas, que no pueden tener la misma certeza, muestran en su rostro tal aire de disgusto y de mal humor, que las hace aun mas insoportables. ¡Triste suerte es, en efecto, la de una *mujer* fea! (***)

La *mujer* fea es una negación, un error de la naturaleza, una flor abortada, un hermoso fruto destrozado por el granizo, un árbol combado en su desarrollo, una anomalía. (Estévan de Neufville.)

Pudiera compararse una *mujer* que solo sea hermosa, á una dalia ú otra flor cualquiera sin perfume; y una fea, pero que sea buena, á esas florecillas que pisamos y embalsaman el aire: la una encanta la vista, la otra seduce al corazón y dilata al alma; esta se insinúa en nosotros, aquella se contenta con que la admiren.

Una *mujer* fea y perversa es el ser mas repugnante, horrible y diabólico que haya podido vomitar el infierno en sus días de cólera. Aconsejamos á las que estén privadas de los beneficios de la belleza, que oculten su defecto bajo los pliegues de un humor igual y de esa dulce amabilidad que sola y sin otro recurso, hace sentir que la bondad es preferible á la hermosura misma.

La fealdad y la belleza dependen del capricho y de la imaginación de los hombres. (Nicole.)

La fealdad es un dolor que conserva la *mujer* toda la vida.

La fealdad es un pecado que solo puede borrar la *mujer* por una bondad suma.

Es difícil que la fealdad agrade; y por eso las mujeres, formadas por la naturaleza para agradar, no sufren que se les llame feas. Dijeron un día al duque de Roquelaure que dos señoras de la corte se habian injuriado cruelmente.—¿Se han llamado feas? dijo el duque.—No.—Pues entonces yo me encargo de reconciliarlas.

Percibiendo una *mujer* su fealdad en un espejo, lo hizo mil pedazos; y sucedió que antes solo se habia visto fea en una luna y luego vió representado su defecto en mil de sus fragmentos.

La que es buena jamás es fea, decia un padre á su hija; y en revancha la maldad afearía la misma Vénus. ¿Qué será una *mujer* fea y perversa á la vez?

Se leyó en la asamblea nacional el día 22 de octubre de 1791 la petición de una joven tan fea, que los habitantes de su país la habian pensionado con la condición de que habia de abandonar su territorio, y que reclamaba se le continuase su pensión, que habian cesado de pagarle.

VIII.

Del amor.

Es tan difícil definir el amor como la felicidad, por lo mismo que cada uno experimenta y expresa de distinto modo ambos sentimientos, que no se hallan sujetos por consiguiente á la exactitud del análisis.

En el sentido mas general puede decirse que el amor es el deseo de poseer ó la necesidad de gozar; una sensación física que la naturaleza ha creado por el interés de su reproducción. No puede negarse, por otra parte, que independientemente de la necesidad de la reproducción, existe un encanto que atrae á un individuo hácia otro, confundiendo vuestra existencia con la suya, y haciendo referir á él todos vuestros pensamientos y deseos; que esta sensación nace y se sostiene sin recurrir á medios extraños; que únicamente la mas perfecta armonía de las almas produce esta celestial voluptuosidad, y que los sentidos participan alguna vez de ese estado delicioso, se hallan siempre en una absoluta dependencia, como que solo sirven

para hacer mas íntima su dulce union, y todo comun entre los que se aman.

Así, á primera vista, se distinguen en el amor dos matices bien diferentes: placeres de los sentidos, deleite del alma, que en el mundo se confunden generalmente.

Los hombres voluptuosos solo reconocen el amor del placer, y las almas sensibles no hablan ni ven otra cosa que dulces sensaciones.

Por lo que á mí hace, creo que el amor es la necesidad de todos y el placer de unos pocos. Existe en el corazon una delicadeza, como existe en el espíritu, que no conoce el mayor número, porque la generalidad de los hombres tiene en los órganos cierta causa que le impide un sentimiento tan exquisito.

El verdadero amor es la parte voluptuosa de la sensibilidad, y no tiene otro enemigo que la muerte.

La diferencia que hay entre el amor y la posesion, consiste en que el uno es un deseo indefinido y la otra un deseo satisfecho.

Hay en el amor, como en casi todos los sentimientos, rarezas que nunca podrán explicarse, porque dependen de relaciones secretas que no pueden percibir nuestras sentidos. (Saint-Prosper.)

¿Conoceis un fuego que tome todas las formas que el aliento le dé, que se irrite y amortigüe segun que la impresion del aire sea mas viva ó moderada? El se separa, se reune, se baja y se eleva; pero el poderoso aliento que lo conduce lo agita para animarlo y nunca para extinguirlo. Este aliento es el amor y ese fuego nuestras almas. (De Bernis.)

Nada es tan comun como hablar de amor, y nada es tan raro como hablar bien de él, por lo mismo que lo define mejor el corazon que lo siente, que la imaginacion que lo concibe. Preguntad á un amante lo que es el amor, y os contestará: sentir y desear; pero sus ojos y toda su fisonomía os explicarán la definicion. Un hombre de talento podrá responderos lo mismo sin ilustraros del mismo modo; porque en una palabra, un amante hablando de amor, os hará experimentar sus sensaciones, al paso que aquel solo os hará entreverlas. (Id.)

Es difícil definir el amor, y todo cuanto de él puede decirse es que para el alma es una pasion de reinar, para el corazon una simpatía, y para el

cuerpo un afan oculto y delicado de poseer el objeto amado, después de muchos misterios. (La Rochefoucauld.)

La antigüedad ignoró hasta el nombre de ese sentimiento que entre nosotros se llama amor, debido al cristianismo, que purificando el corazon, ha conseguido espiritualizar hasta la inclinacion que parecia menos susceptible de ello; le ha hecho adquirir un carácter mas generoso y noble, y lo ha sometido á las leyes que comprimiéndole, le han dado mas energía. En nada se parece el amor de los paladines de la edad media al de los héroes de Homero. (Chateaubriand.)

¿Es un crimen el amor? ¿No es la mas pura como la mas dulce inclinacion de la naturaleza? ¿No se propone buenos y laudables fines? ¿No desdeña á las almas bajas y servilmente indignas? ¿No prefiere las almas grandes y fuertes? ¿No ennoblece todos sus sentimientos? ¿No duplica su ser? ¿No las eleva á una esfera superior á sí mismas? ¡Ah! si para ser honrado y sabio se necesita ser innaccesible á sus flechas, ¿qué resta para la virtud? La escoria de la naturaleza y el mas vil de los mortales. (J. J. Rousseau.)

El verdadero amor es el mas casto de todos los lazos, y él en su fuego divino es el que purifica nuestras inclinaciones naturales, concentrándolas en un solo objeto. Para una *mujer* ordinaria todo hombre es siempre bueno; mas para aquella cuyo corazon ama, no hay mas hombres que su amante. ¿Qué digo? Un amante es mas que un hombre: es un ser mucho mas sublime. No existe el hombre para la que ama, pues su amante es una cosa superior, y todos los demás le parecen de una especie inferior, imaginando que solo pertenecen á la humana ella y su amado. Ellos no desean; aman, y el corazon que los guia, cubre sus delirios con delicioso velo. El verdadero amor, siempre modesto, no arranca con audacia los favores, sino que los obtiene tímidamente, prefiriendo ocultar sus dulces trasportes y su interesante rubor en el misterio y el silencio, que honran y purifican todas sus caricias. Como la decencia y la honestidad lo acompañan hasta en el seno de la misma voluptuosidad, combina la satisfaccion de los deseos con las exigencias del pudor. (Id.)

El amor no es mas que una ilusion, y se forma, por decirlo así, un mundo propio, rodeándose de ob-

jetos que no existen, ó que solo él se ha forjado. Así se concibe que como todos sus sentimientos se revelan por imágenes, sea siempre figurado su lenguaje. (Id.)

Hay síntomas tan seguros de amor, como de una enfermedad. Dos personas simpáticas experimentan calor y frío al mismo tiempo; tienen los mismos sentimientos; convienen en los mismos juegos; aprueban las mismas cosas; estiman á las mismas gentes; conciben el mismo cariño por los lugares en donde principiaron á amarse, y todo ello sin apercibirse de lo que sucede. (El príncipe de Ligne.)

Si, el amor es una claridad del cielo, un relámpago de ese fuego inmortal que compartimos con los ángeles, y que nos dió el Criador para desprender nuestros deseos de la tierra. La piedad eleva el alma del justo hasta el cielo, que desciende sobre ella con el amor; ese sentimiento procedente de la Divinidad para destruir todos nuestros pensamientos groseros, que es un rayo de aquel que todo lo ha criado, y una aureola brillante que ilumina nuestro espíritu. (Byron.)

¡Amor, fuerza suprema del corazón, misterioso entusiasmo que comprende en sí mismo la poesía, el heroísmo y la religión! ¿Qué sucede cuando el destino nos separa de aquel que poseía el secreto de nuestra alma, y nos había dado, con la vida del corazón, la vida celestial? ¿qué cuando la ausencia ó la muerte aíslan á una *mujer* sobre la tierra? Que languidece y sucumbe. (Mma. de Stael.)

El amor es la fiebre del alma, y la pasión su delirio. (P. de Salm.)

En el desigual combate del amor se impone al mas tímido y débil la necesidad de vencer siempre. (Mma. Riccoboni.)

El amor de los sentidos solo quiere agrandar y gozar; no desea lo que ya posee; se extingue su fuego si le falta un alimento nuevo, y vanamente le reprenderíais su inconstancia, pues la agitación sola de sus alas es la que conserva y aviva su antorcha. (Ségur.)

Hay un bello ideal en el amor, que afecta mas al alma que á la materia; y en tales casos, el genio y no el cuerpo es el enamorado; él quien anhela unirse estrechamente á la obra maestra. Excitada el alma, se reconcentra al rededor del objeto amado, y espiritualiza hasta los términos groseros

de que se ve obligada á servirse para expresar su llama. (Chateaubriand.)

No es el amor lo que creéis; no es esa violenta aspiración de todas las facultades hácia un ser creado, sino la aspiración santa de la parte mas etérea de nuestra alma hácia lo desconocido. (Jorge Sand.)

¡Amor! deseo innato, alma de la naturaleza, inagotable principio de existencia, fuerza soberana que todo lo puede y contra la cual nada se puede; por quien todo obra, respira y se renueva! divina llama! germen de perpetuidad que ha esparcido en todo el Eterno con el soplo de la vida! precioso sentimiento, al que únicamente es dado ablandar los corazones feroces y helados, penetrándolos de dulce calor! causa primera de todo bien y de toda sociedad, que reunes sin violencia y por tus solos atractivos las naturalezas salvajes y dispersas! única y fecunda fuente de todo placer y de todo deleite! amor! ¿por qué haces la felicidad de todos los seres y la desgracia del hombre?

Porque no hay nada bueno en esta pasión mas que la parte física, no valiendo la moral cosa alguna, por mas que digan los enamorados. ¿Qué es, en efecto, la parte moral del amor? la vanidad: vanidad en el placer de la conquista, error que procede de que se haya hecho demasiado caso de ella; vanidad en el deseo de conservarla exclusivamente, estado desgraciado á que siempre acompañan los celos, pasión pequeña y tan baja que se quisiera ocultar; vanidad en la manera de gozarlo, que hace que solo se multipliquen los gestos y los esfuerzos sin multiplicar los placeres; vanidad, por último, hasta en el modo de concluir unas relaciones; porque si no es uno el primero, si es abandonado, ¿qué humillación! Esta humillación se convierte en desesperación cuando se llega á reconocer que ha sido uno por mucho tiempo juguete y víctima de un engaño. (Buffon.)

La amistad es un sentimiento bien diferente del amor, puesto que el deseo de este encamina al goce de un objeto, que si se desea con exclusion de otro cualquiera, se llama ya pasión. El primero es siempre un bien; el segundo no es mas que un apetito de placer, y el tercero, como el mas vivo, aumenta el placer y prepara penas. Hay una relación entre la amistad y el amor apasionado, y es que se dirigen igualmente á un objeto fijo aun-

que sea por motivos diferentes. Hay tambien amistades que degeneran en pasiones violentas, y no son por cierto las mas felices ni las mas seguras.

El amor, al contrario, tal como es por lo comun, se dirige vagamente hácia muchos objetos, pudiendo siempre reemplazar uno por otro. Acaso direis que tal amor no es muy delicado, y en verdad no lo es; pero es muy feliz, y la felicidad hace su gloria. (Duclos.)

El amor es un movimiento ciego que no siempre supone mérito en un objeto. Como no le es dado á uno disponer libremente de su corazon, solo es responsable de las amistades que contrae, porque deben ser el resultado de la estimacion, mientras que el amor se hace sentir sin que podamos precavernos de su influjo. (Id.)

El respeto obliga al amor á ocultarse; pero no extinguiéndolo nunca, sucede que casi siempre lo hace mas vivo, á la manera que los licres espirituosos cuanto menos se exhalan, adquieren mayor fuerza. (Id.)

Habiendo preguntado la marquesa de Pompadour al abate de Bernis una definicion del amor, le contestó este con la siguiente cuarteta, que le abrió las puertas de las dignidades y de la fortuna:

*L'amour est un enfant, mon maitre;
Il l'est d'Iris, du berger et du roi.
Il es fait comme vous, il pense comme moi,
Mais il est plus hardi peut-être.*

"El amor, aunque niño, es mi señor, como lo es de Iris, del pastor y del rey: tiene vuestras mismas formas, piensa como yo; pero cuasi es mas atrevido."

Nuestros dolores nos parecen siglos, y nuestros placeres fugitivos como el relámpago. El mayor favor de los dioses fué el amor, y el mayor favor de este un momento de delirio.

El amor se alimenta de disgustos, de altercados, de reconciliaciones, de celos, de dudas y de esperanzas, todo ello sazonado de amabilidad, de gracias, de imaginacion y de viveza. (S.—O....)

DEL EFECTO MORAL Y DEL SENTIMIENTO DEL AMOR.

Quando la vista de lo bello principia á despertar en nosotros el sentimiento de las armonías posi-

bles, nos hallamos en la primavera de la vida; desconocemos aun nuestras miserias; no hemos penetrado los secretos de nuestra nada é ignoramos las vanidades de la alegría y la amargura de las necesidades. Niños todavía, soñamos alguna felicidad; engañados aun creemos que la existencia tiene un fin humano; arrastrados por una luz cuyos largos progresos parece anunciarnoslo todo, y reducidos por los dulces colores de la esperanza, no sabemos en qué tinieblas nos abandonará ese crepúsculo sin aurora. La alucinacion se apodera muy fácilmente de un corazon que no ha gemido; su encanto embellece las horas, cuya duracion futura hasta parece que prolonga, y anima esos deseos que la mezcla de los dolores no ha marchitado, ni extinguido la experiencia. Las conveniencias que percibimos en los seres reales, nos hacen entrever las conveniencias misteriosas de la belleza ideal. Admiran los lugares retirados, y se encuentra cierta cosa sublime en esa sencillez salvaje, que alejándose de lo habitual, parece convenir á la inmensidad de las relaciones desconocidas y deseadas de una situacion nueva. Vense entonces, como no se verán ya, una hermosa hora de marzo, una noche de verano, una rosa en la sombra ó el lirio bajo las hayas, y el agua iluminada por la luna entre los pinos, cuando el movimiento que les imprime el aire hace resonar su flexible follaje. El alma inquiere con avidez de qué esperanza está llena, y aguardando deleites que no discierne, extiende sobre todos los objetos un colorido secreto y gracioso. La esperanza que no ha concebido aun el placer, es como una vírgen bella, cuyas gracias celestiales solo se han presentido; que se ha visto entre sueños cruzando las nubes, y que luego se halla presente en todas partes, porque en todas partes se la busca. Se halla en el soplo del aire, embelleciendo las formas, los colores y las actitudes; se la ve errando por los bosques y por las nubes, y deslizándose con las sombras bajo las agitadas ramas y las tranquilas aguas.

Retirándose á la soledad, poseerá uno mejor las interiores emociones que se promete, y aquellas que principia á recibir de los accidentes naturales. Si se aleja uno de los hombres, no es por evitar su vista, pues todo corazon recto lo estima, y los corazoncillos los aman á la manera de aquel que no los conoce. Rara vez hay egoismo en el alma

que no ha sido destrozada aun por la esterilidad de las demás: (1)

El amor es el gran misterio de la vida, y las bellezas secretas del mundo se pierden para el hombre solo. No hay amor en el alma sin profundidad; pero ¿á qué orden pertenecen, pues, ese misterio y esa especie de infinidad? ¿Hay hombres profundos, así se les llama, y son incapaces de amar!

Percepciones que parecerian infinitas, segun lo móviles que son, dejan ó rehusan independientemente de toda nuestra voluntad, esa clase de emanacion tan pura y suave, que reanima y entusiasma á nuestros corazones, y estremece con dulce sorpresa todas esas fibras de la memoria asopordadas por los dolores.

En los límites del sueño, algunas veces, pero en ese momento próximo ya á despertar y á entrar en la vida diaria, obran sobre nuestros órganos aun adormecidos sonidos de una armonía relativa á nuestra situacion. Las sensaciones que producen y las confusas reminiscencias que suscitan, se alían á las romancescas ideas de un sueño feliz. Fuera todavía de la vida habitual, imaginamos y sentimos algo de una vida mejor: el genio de los corazones puros nos tiende una mano celestial, y durante uno ó dos minutos quizá, nos paseamos por una tierra semejante á la nuestra pero sin sus amarguras, y entre hombres como nosotros, pero sin estar desalentados. Nos despertamos, ¡ay! y la mano voluptuosa no es ya sino la mano fria que nos arrastra rápidamente sobre nuestras horas y nuestras semanas; que nos oprime contra la tierra árida; que nos separa de las bellezas aéreas, y que nos impele hácia esa hora de ruina inevitable en que la vida habrá pasado sin haber estado jamás presente.

La inteligencia aprecia las relaciones que existen entre las cosas y nosotros, siendo por consiguiente los deseos que abraja el corazón el resultado y como el hábito de esas relaciones percibidas. Si el entendimiento es débil, parece que los deseos nacen y viven independientemente de él, pues aunque las pasiones solo tienen por objeto lo que es realmente bueno, ó lo que nosotros juzgamos como

tal, en cuyo caso toda pasion supone relaciones preexistentes entre nosotros y las cosas, no es posible negarles la virtud de producir las nuevas, y que serán justas y útiles conforme á la rectitud del corazón que desea, y á la bondad ó belleza del objeto deseado.

Lo bello es siempre bello, y como no tiene mas que un principio, sus efectos serán iguales en todas partes, haciendo que todo sea elevacion y candor para las almas grandes, ineptitud, brutalidad y artificio para las almas ruines. El sentimiento que experimentemos con mas fuerza y abandono, determinará nuestra aptitud á investigar esa perfeccion que anhelamos, ó la impotencia de obtener en adelante lo que háyamos corrompido.

El principio del amor es el sentimiento del orden, de las proporciones, de la elegancia y de todos los géneros de belleza. Así, el amor que nos inspira una *mujer* y el deseo de lo justo y de lo bueno, no son sino un mismo efecto.

El hombre que es incapaz de los goces y de las necesidades del gusto, no tiene elevacion en el pensamiento ni extension en las sensaciones; y aun cuando tenga sentidos, como carece de alma, no es á propósito para amar. Desea sensualmente, pero no es capaz de amor. ¿Comprenderá jamás lo que es bello en una *mujer*? Le bastará encontrar una de esas imágenes bosquejadas que solo han recibido la materia del sexo á que debieron pertenecer.

Una *mujer* verdaderamente amable es como una armonía perfecta para los afectos del hombre: no es una Diana de esbelto tallo, de elevada frente, intrépida, ligera, fuerte, inaccesible, sino la Vénus de las fiestas que se celebraban en honor de Adonis, de regular estatura, de redondas formas, de voluptuosos movimientos, y de una fisonomía en que jugueteaban las gracias y la delicadeza. No será bastante fuerte su mano por no tener necesidad de apoyo y de servicio; sus brazos ofrecerán las proporciones mas favorables para las caricias, y de su pecho brotará lo que la imaginacion mas feliz hubiera reservado para el encanto de las mas bellas horas de la vida; lo que superará á todas las creaciones de la fantasía; lo que únicamente ha podido producir la sabia é infinita naturaleza; ese dulce concierto de sencillez y belleza, bastante voluptuoso para el exceso del placer, y bastante hermoso-

(1) Aquel cuya alma es naturalmente árida, no siente otro amor que una necesidad torpe y salvaje, y en tales hombres no produce ilusiones, porque no es un afecto moral lo que experimenta, sino un apetito animal.

aun cuando el placer no existe; bastante expresivo, en la agitacion, para los deseos extremados; bastante puro, en su desnudez, para deseos tranquilos; circular y piramidal, y que viviendo de amor y fecundidad, justifica la necesidad de amar, y permite una esperanza sin límites á la par que sentimientos sublimes. ¡Qué miradas, qué sonrisas y qué voz de semejante beldad! ¡Oh *mujer* que yo hubiera amado! Después de tantos años, cuando el dolor te ha herido; cuando el tiempo haya pesado sobre nosotros; cuando el pesar inútil y la larga impaciencia hayan consumado la vida del amor, tu voz y tu boca tendrán aún ese encanto que no se vuelve á hallar. ¡Miserable mortal! la esperanza y la vida son como dos sombras enviadas para errar juntas, que se aproximan, se alejan, se vuelven á encontrar, y de las cuales queda una cuando la otra se disipa. Nuestras días parece que sobreviven; pero marchitos, fatigados, viejos en la repetición de las horas, extinguidos y pasados en el presente mismo; y bajo esas ruinas de la vida, buscamos, en vez de una *mujer* amada, esa tumba, así lo frío como las esperanzas, eterno como las pérdidas, esa tumba que sombrea tan bien el acanalado follaje del ciprés de siniestro fruto.

Dejemos esos tiempos que devora el pasado; que la fuerza de la naturaleza consiste en acabar la destrucción de lo que fué y en principiar la de lo que es, deteniéndose solamente y sin cesar en la pre-

paracion de lo que será. Si escribimos algunas palabras acerca del amor, que sean para los que han de nacer, pues para los que viven, ya han vivido, y en razon á que eran ayer, que sepan en la juventud todavía principiar á olvidar lo que constituye la existencia.

No son todos dignos de amar, ni todos están formados para merecer el amor. Casi todos, sin embargo, aman y son amados; pero ¿de qué manera? ¡Hay tanta distancia de un amor á otro!

El objeto particular de la pasión es quien determina los efectos de ella: afirma al alma ó la enerva, purifica los afectos y los degrada, segun que amamos lo que agrada solamente ó lo que merece ser amado, y segun que buscamos la felicidad de los sentimientos nobles y de los placeres justos, ó que cedemos al capricho de un lazo trivial é ilegítimo, cuyas ventajas será preciso disimular. Si el corazón es íntegro ó perverso, grande ó miserable, el amor es laudable ó vituperable, elevado ó bochornoso.

Muchos sabios han dicho que el amor es vanidad. Convenido; pero es vano, como todos los incidentes de nuestra vida perecedera; como los afectos de un corazón mortal; como lo son el hombre y esta tierra humana que fatiga con su inquietud, y como todas las cosas que pasan, que pueden concluir, que embellecen los deseos, y que no son sino un recuerdo cuando cree uno poseerlas.



UNIVERSITY OF CHICAGO



37 053 002